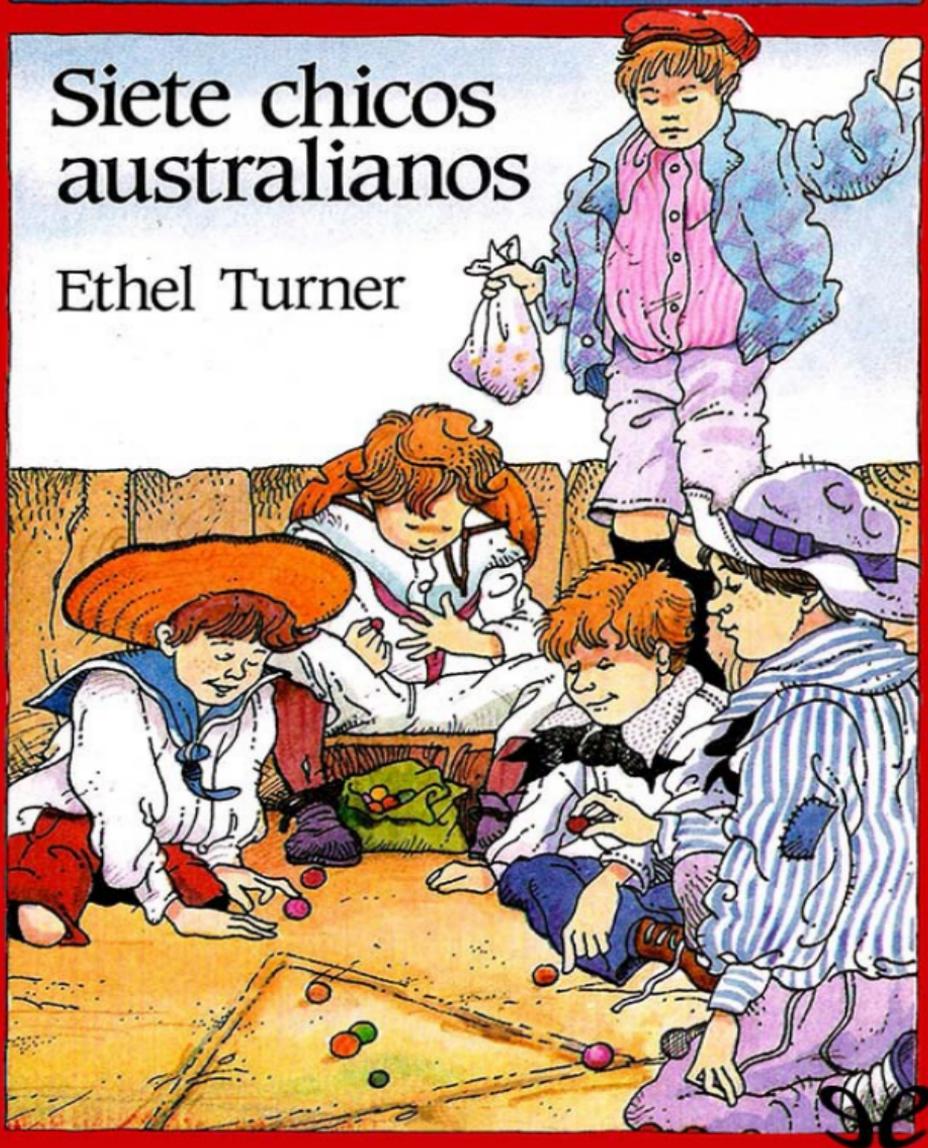




EL BARCO DE VAPOR

Siete chicos australianos

Ethel Turner



¿Qué se puede esperar de una casa a la que llaman «Desorden»? Pues que no sea en absoluto aburrida. Los siete hermanos Woolcot, su padre, el capitán, y la joven esposa de éste, Esther, apenas tienen tiempo para nada. Eso sí, son felices...

A partir de 12 años



Ethel Turner

Siete chicos australianos

**Serie Roja - 38 (El Barco de
Vapor)**

ePub r1.0

nalass 02.11.13

Título original: *Seven little Australians*

Ethel Turner, 1894

Traducción: Ana Moret

Ilustraciones: Sandra Laroche

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



1 A modo de presentación

ANTES de que empieces a leer esta historia, quisiera hacerte una pequeña advertencia.

Si te imaginas que te vas a encontrar con una historia de niños modelo, con una sospechosa inclinación a la moraleja, será mejor que cierres inmediatamente el libro y acudas a

cualquier obra juvenil clásica. Ninguno de los siete protagonistas es realmente bueno, por la sencilla razón de que los niños australianos nunca lo son.

Es posible que en Inglaterra, América, África y Asia los chiquillos sean dechados de virtudes; la verdad es que los conozco muy poco.

Pero en Australia un niño modelo es —y lo digo con alivio— algo desconocido.

Puede ser que los microbios de la travesura se desarrollen mejor bajo la luz resplandeciente de nuestra atmósfera. Puede ser que tanto la tierra como las personas tengan el corazón

joven, y los espíritus infantiles todavía no hayan sido oprimidos ni entristecidos por la sombra de muchos años de penosa historia.

Hay aquí en la naturaleza, y por lo tanto también en los niños, un indefinible destello de júbilo, rebeldía y malicia.

A menudo, la luz languidece y el brillante colorido se va desvaneciendo poco a poco con el polvo y el calor de la jornada. Pero cuando sobrevive a los días de juego y escuela, son las circunstancias las únicas que determinan si el destello se encenderá momentáneamente, como un fuego fatuo,

o, por el contrario, calentará el corazón de las almas ingenuas y leales que sólo pueden hacer avanzar a Australia.

Pero basta ya de charla. Permíteme que te hable de mis siete selectos espíritus. En este momento están tomando el té en el cuarto de los niños, en medio de una mínima comodidad y un barullo máximo. De modo que, si eres capaz de soportar una babel ensordecedora de voces y un entrechocar muy poco melodioso de vasos y platos, te conduciré hasta el interior de la habitación y te los presentaré.

El tomar el té en el cuarto de los

niños es una costumbre más británica que australiana; aquí reina una franca camaradería entre padres e hijos y una absoluta falta de formalidades por parte de estos últimos. Los padres no cenan solos ceremoniosamente mientras sus hijos toman el té en otra habitación, ni en las familias más acomodadas. Por el contrario, se sientan todos juntos alrededor de la misma mesa, y los más pequeños comen lo mismo que los mayores y toman parte en la conversación con toda libertad.

Pero, con un padre muy particular y bastante irritable y con siete niños dotados de buenos pulmones y lenguas

incansables, ¿qué puede hacerse salvo comer en habitaciones separadas?

Además de esta separación, el capitán Woolcot, el padre, había colocado un grueso fieltro en la puerta de vaivén del piso de arriba; pero, a pesar de todas las precauciones tomadas, el ruido solía penetrar alegre y despreocupadamente en el comedor de abajo.

Por otro lado, era un cuarto de niños sin niñera, lo que explicaba, por lo menos en parte, la situación.

Meg, la mayor de los hermanos, sólo tenía dieciséis años y no se podía esperar que fuera demasiado partidaria

de una disciplina rigurosa. Además, se suponía que la descuidada aunque abnegada joven tenía que combinar los deberes de niñera con los de ama de casa. La verdad es que se veía tan desbordada por las obligaciones de este segundo cargo que el primero se resentía considerablemente. Solía servir la comida en el cuarto de los niños cuando no podía encontrar a ninguno de sus hermanos para que le echara una mano, y preparaba la ropa de los dos más pequeños por la mañana. Aparte de eso, los siete tenían que arreglárselas por sí mismos.



La madre, ¿dices?

Sólo tenía veinte años. Era una joven encantadora y sonriente a quien todo el mundo adoraba, pero tan poco juiciosa y buena ama de casa como Meg. Aunque estaba tan orgullosa de los otros seis como si fuera su verdadera madre, solamente el más pequeño era hijo suyo, y lo trataba como si fuera un gatito en vez de un niño de carne y hueso.

La verdad es que en «Desorden» — así se llamó siempre a la casa, aunque creo que en la fachada principal ponía otro nombre— aquel pequeño constituía una formidable diversión para todos. Habitualmente, el capitán, cada vez que

lo veía, se echaba a reír, lo levantaba en volandas y llamaba a alguien para que viniera a llevárselo lo más pronto posible.

Sus hermanos lo arrastraban de acá para allá, se olvidaban de taparlo cuando llovía, lo forraban de ropa cuando hacía calor y le daban para comer las cosas más insospechadas; pero, a pesar de todo, el pequeño era el niño más sano, más hermoso y más risueño que jamás se haya chupado el dedo gordo.

Nunca le llamaban «Baby», porque ése era el nombre de la hermanita que iba delante de él. Cuando le pusieron en

los brazos aquel envoltorio pequeño y colorado que le miraba fijamente, el capitán Woolcot exclamó: «¡Caramba! ¿Es el general?». Y, desde ese momento, todos le llamaron así, aunque creo que, cuando le bautizaron, el sacerdote le impuso: Francis Rupert Burnand Woolcot.

Baby tenía cuatro años. Era una bola gorda y delicada, de ojos grandes y sonrientes, a la que daban ganas de besar y abrazar, salvo cuando tenía los labios llenos de mermelada.

Sin embargo, su mayor debilidad era hacer llorar a General. Si no fuera por este pequeño detalle, habría podido

pasar por una niña modelo. La habían encontrado innumerables veces apretándole el pecho para ver si «sonaba», pellizcándole los brazos o tirándole de la nariz, sólo por el extraño placer de oír los alaridos de desesperación que daba el pobre chiquillo. El capitán Woolcot achacaba esta peculiar manía a que la pequeña había tenido en cierta ocasión una ovejita de lana a la que debía apretar con todas sus fuerzas para conseguir que emitiera un débil quejido. Y decía que era muy natural que, ahora que tenía algo tan dispuesto a sonar, quisiera aprovecharlo.

Bunty tenía seis años, y era gordo y perezoso. Odiaba presenciar un partido de críquet, detestaba hasta la idea de jugar al escondite y, en cuanto a hacer un recado, se escabullía sin dejar rastro antes de que nadie pudiera decirle lo que quería. Era bastante bajito para su edad, y dudo mucho de que alguien le hubiera visto alguna vez con la cara limpia. Incluso en la iglesia, aunque por delante diera bastante buena impresión, la gente de los bancos de al lado podía observar el cerco negro que delimitaba las zonas que habían escapado al aseo diario.

La siguiente en la lista —voy de los

pequeños a los mayores, como habrás podido observar— era «la admiración» de los Woolcot, como solía decir Pip, el mayor de todos. ¿Has visto alguna vez los delicados y angelicales rostros de los niños de las tarjetas navideñas? Creo que el artista, al dibujarlos, debió de soñar con Nell, reproduciendo después su imagen de forma imperfecta. Tenía diez años y parecía un hada; el pelo rubio le caía alrededor de la cara formando bucles y rizos, sus ojos eran de color avellana y su boca como un capullo. No era nada presumida —su familia se encargaba de ello y Pip habría cortado de raíz cualquier

veleidad en este sentido—, pero siempre que había una cinta o un corte de tejido brillante lo suficientemente grande como para hacer un vestido era, naturalmente, para ella.

Judy sólo tenía tres años más, pero el contraste entre ellas era sorprendente. Nell solía moverse con delicadeza y se le podría hacer un retrato en cualquier postura. A Judy creo que nadie la había visto andar correctamente nunca y tenía un aspecto muy peculiar. Si no se lanzaba alocadamente hacia donde quería ir, lo hacía mediante toda una serie de extraños saltos, brincos y otras insólitas cabriolas. Era muy delgada,

como suelen serlo las personas que tienen en las venas mercurio en vez de sangre, y tenía la cara menuda, vivaracha, llena de pecas, unos ojos muy brillantes, la boca pequeña y resuelta y una maraña de pelo oscuro y rizado que constituía el mayor tormento de su vida.

Era sin duda la peor de los siete, probablemente porque también era la más inteligente. Su brillante capacidad de inventiva los metía a todos en incesantes embrollos, y aunque ella asumía con ecuanimidad el peso de la culpa, los demás cambiaban de opinión con frecuencia, echándole en cara que hubiera sugerido la travesura. Al

bautizarla le pusieron «Helen», lo que no aclara por qué todos la llamaban «Judy», pero los apodos son bastante inexplicables la mayoría de las veces. Buntty decía que era porque siempre se mostraba bulliciosa y saltarina como una marioneta que se llamaba así, y algo de verdad había en ello. Su otro apodo, «Fizz», era más fácil de entender; Pip afirmaba que nunca había visto una bebida espumosa que hiciera tanto ruido como ella.

Todavía no te he presentado a Pip, ¿verdad? Se parecía a Judy, aunque era más alto y corpulento. Tenía catorce años y tan buena opinión de sí mismo

como mala suelen tenerla de las niñas los muchachos de su edad.

Meg era la mayor de los siete. Tenía una trenza larga y hermosa, de la que Bunty tiraba con deleite, y una carita dulce y soñadora salpicada de pecas, lo que le causaba una profunda congoja.

La familia estaba convencida de que escribía cuentos y poemas y de que incluso tenía un diario, pero nadie había visto nunca ni rastro de sus papeles, porque los guardaba celosamente en una vieja sombrerera de latón.

Si a todos ellos les hubieras preguntado por su padre, te habrían contestado, llenos de orgullo, que era un

«soldado», muy patriota. No entendía nada de niños y se pasaba el día quejándose del ruido que hacían y de lo caros que le salían. Aun así, yo creo que estaba bastante orgulloso de Pip, y a veces, cuando Nell iba bien arreglada, no le habría importado sacarla a pasear en su carruaje.

Cuando se casó, había pensado llevar internos a los seis niños, pero su mujer no quiso oír hablar del asunto.

Al principio habían intentado vivir en la academia de Barracks, pero después de algún tiempo todos los ocupantes de las viviendas de oficiales se sublevaron ante las travesuras de

aquellos niños, dejados de la mano de Dios. Y al capitán Woolcot no le quedó más remedio que alquilar una casa algo más arriba, junto al río Parramatta, a la que se mudó, acompañado de toda su familia, con gran amargura.

A todos les gustó muchísimo el cambio; la casa estaba rodeada por un enorme terreno sin cultivar, con dos o tres potreros, numerosos cobertizos para jugar al escondite y, lo mejor de todo, el río. El padre se quedó con tres hermosos caballos, uno en Barracks y un caballo de caza y un penco en «Desorden». Los niños andaban con ropa vieja y andrajosa y botas desgastadas. Les daba

clase todos los días, menos a Pip que asistía al colegio, una institutriz de tercera, que vivía mortalmente asustada ante la posibilidad de que sus alumnos descubrieran su ignorancia. En realidad, hacía bastante tiempo que la habían descubierto —los niños son unos lince para captar esas cosas—, pero les venía muy bien que nadie los obligara ni forzara a trabajar, así que guardaron entre ellos el secreto religiosamente.

2 *Pollo para cenar*

ESPERO que no te hayas quedado completamente sordo todavía, porque, aunque ya he terminado de presentarte a mis protagonistas, el té aún no ha acabado, y vamos a quedarnos en el cuarto de los niños un rato más.

Pip no había dejado de quejarse a causa de la falta de manjares apetitosos. La verdad es que la mesa no tenía un

aspecto muy tentador: el mantel estaba colocado sobre ella sin demasiados miramientos; la vajilla, desconchada y desportillada; el té era demasiado claro y para comer no había más que unas gruesas rebanadas de pan con mantequilla. Sin embargo, era lo habitual, y todos parecían muy sorprendidos del estallido de Pip.

—Papá y Esther —los niños siempre llamaban por su nombre de pila a la joven madrastra— tienen pollo asado, verduras de tres clases y cuatro tipos de pudín —comentó enfadado—. ¡No es justo!

—Nosotros hemos comido a la una,

Pip, y tú te has zampado tu parte como siempre —digo Meg sirviendo el té con una profusa cantidad de agua y azúcar.

—Cordero hervido, zanahorias y pudín de arroz —contestó su hermano mordazmente—. ¿Por qué no nos dan también a nosotros pollo asado, natillas y esas cosas?

—Eso, ¿por qué no? —repitió como un eco Bunty con ojillos glotones.

—¡Haría falta mucho para todos nosotros! —dijo Meg, atacando alegremente una rebanada de pan.

—No somos más que niños. Alegrémonos de tener estas estupendas rebanadas de pan y toda esta mantequilla

fundida —dijo Judy en tono conciliador.

Pip retiró su silla de la mesa.

—Voy a bajar a pedir un poco de pollo asado —dijo con una mirada de determinación en los ojos—. No puedo olvidar lo bien que huele; y tienen un montón, lo he visto desde la puerta.

Cogió su plato y se encaminó con él escaleras abajo. Ante la sorpresa de todos, volvió enseguida con un trozo de pollo bastante grande.

—No podía negarse —dijo con una risita—. Está con ellos el coronel Bryant; pero se enfadó un poco. Toma, Fizz, lo compartiré contigo.

Judy levantó el plato dispuesta a

aceptar este ofrecimiento tan magnánimo como poco habitual, y recibió, con enorme gratitud, un trozo francamente pequeño, como una quinta parte más o menos.

—Me encanta el pollo —dijo Nell vehementemente—. Me parece que voy a bajar a pedirle un ala. Supongo que él me la dará.

Estos niños tan poco respetuosos, como me temo habrás podido darte cuenta, siempre aludían a su padre como «él».

—Sí, baja —dijo Pip guiñándole un ojo.

Nell cogió otro plato y descendió

lentamente a las regiones inferiores. Entró en el comedor siguiendo los pasos de la muchacha y se plantó junto a su padre con el plato detrás de la espalda.

—Hola, pequeña, ¿me das la mano? ¿Cómo te llamas? —le preguntó el coronel Bryant, dándole una cariñosa palmadita en la mejilla.

Nell levantó los ojos y le dirigió una encantadora sonrisa.

—Elinor Woolcot, pero todos me llaman Nell —contestó dándole la mano izquierda, porque en la derecha tenía el plato.

—¡Qué mal educada eres, Nell! —se echó a reír su padre; pero luego le

dirigió una mirada irritada—. ¿Qué tienes en la mano derecha?

Nell sacó lentamente el desportillado plato y lo levantó.

—He pensado que a lo mejor también me dabas a mí un poco de pollo —dijo—. Un muslo o un ala, o mejor un pedazo de pechuga.

El rostro del capitán se ensombreció.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? Pip acaba de venir también a pedirme pollo. ¿No tenéis vosotros nada para comer?

—Sólo pan con mantequilla, con mucha mantequilla —musitó Nell.

Esther contuvo la risa a duras penas.

—Pero vosotros ya habéis comido a la una.

—Cordero hervido, zanahorias y pudín de arroz —dijo Nell compungida.

El capitán Woolcot partió un muslo casi ferozmente y lo depositó en el plato de Nell.

—Ahora vete; no sé qué obsesión se ha apoderado de vosotros dos esta noche.

Nell se dirigió hacia la puerta y, una vez allí se volvió.

—Si me dieras un ala para la pobre Meg... Judy tiene un poco que le ha dado Pip, pero Meg no tiene nada —dijo

con una mirada de pena que conmovió profundamente al coronel Bryant.

Su padre se mordió el labio, cortó un ala en medio de un profundo silencio y la puso en el plato de su hija.

—Y ahora vete, y no sigáis con estas tonterías, querida —dijo, haciendo un auténtico esfuerzo para pronunciar la última palabra.

La aparición de Nell con dos trozos de pollo fue recibida en el cuarto de los niños con un ruidoso aplauso. Meg, encantada con su parte, le dio un pedazo a Bunty; luego, la cena continuó alegremente.

—¿Dónde está Bunty? —preguntó

Nell, con un hueso de pollo completamente reluciente en la mano—. Espero que no haya bajado también; a papá no le haría ninguna gracia, sobre todo delante del invitado.

Pero ya no tenía remedio, y el pequeño, que había bajado sin encomendarse a Dios ni al diablo, subió cabizbajo y compungido.

—No me ha querido dar nada. Me dijo que me fuera, y el hombre se echó a reír, y Esther dijo que éramos unos desobedientes. Pero he cogido patatas de la mesa que hay fuera del comedor, al lado de la puerta.

Abrió las manitas sucias y dejó caer

sobre el mantel los poco apetitosos manjares.

—Bunty, eres un cochino —suspiró Meg, levantando la vista del libro que tenía entre las manos. La muchacha, que solía leer siempre durante las comidas, estaba devorando en aquella ocasión una romántica historia cuyas heroínas eran unas damiselas muy elegantes, muy refinadas.

—Eso lo seréis vosotros. Todos tenéis pollo menos yo. ¡Sois unos egoístas! —replicó Bunty muy enfadado, comiéndose su patata rápidamente.

—No, General no tiene —dijo Judy, y con un familiar destello de picardía

iluminó de repente sus ojos oscuros.

—¡Venga, Judy! —dijo Meg a modo de advertencia; sabía muy bien lo que significaba aquel brillo en los ojos de su hermana.

—Oh, no voy a hacerte nada, boba —dijo Judy, bailando por toda la habitación y dándole a Meg una palmadita en la cabeza al pasar junto a ella. Es General, que se quiere divertir un poquito.

Lo levantó de la sillita alta en la que estaba sentado, dando golpes en la mesa con una cuchara y comiendo azúcar.

—Vas a emprender una auténtica campaña, General —le dijo, y se dirigió

hacia la puerta bailando con el pequeño en brazos.

—Oh, Judy, ¿qué vas a hacer? —dijo Meg con voz suplicante.

—¡Ju, Ju! —gritó entusiasmado General, tirándose casi de los brazos de Judy y olfateando el rastro de la diversión con el instinto de todo un veterano.

Y se dirigieron hacia el piso de abajo, seguidos por los otros cinco, que no estaban dispuestos a perderse el acontecimiento. Judy se sentó con el pequeño en el último peldaño.

—¿Nene quiere pollo, pollito rico? —dijo insidiosamente.

—Pollo, pollo —gorjeó General, buscando con la mirada a sus amigos favoritos.

—Papá tiene mucho, todo esto —dijo Judy, abriendo los brazos todo lo que pudo para indicar la cantidad de pollo que poseía su padre—. ¡Ve por él, nene!

—Pollo, pollo —volvió a gorjear encantado General, intentando ponerse de pie—, buscar pollo..., pollo.

—Allí dentro —murmuró Judy, y le propinó un pequeño empujoncito para que se colara por la puerta del comedor, que estaba entreabierta—. Pídeselo a papá.

General atravesó la sala tambaleándose sobre sus piernecitas gordas e inestables.

—¿Están endemoniados todos los niños esta noche, Esther? —preguntó el capitán cuando su hijo pequeño se le aferró a las piernas e intentó trepar por ellas.

Miró su cara sucia y llena de hoyuelos y dijo:

—Bien, General, ¿a qué se debe el honor de tu visita?

—Pollito... pollito, pollito... pollito, pollito —dijo General, gateando rápidamente dispuesto a buscar los delicados manjares que Judy le había

dicho que había allí.

Pero Esther lo cogió en brazos y lo sacó de la habitación como pudo. Ya al pie de la escalera, estuvo a punto de tropezar con el resto de la familia.

—¡Sois unos desobedientes, unos frescos y unos descarados! —exclamó, e intentó darles un tirón de orejas; pero, por supuesto, no lo consiguió.

Durante unos instantes se sentó, muerta de risa, en el último peldaño de la escalera. Luego, le dio el niño a Pip.

—Mañana —dijo poniéndose de pie y alisándose apresuradamente el pelo que General se había encargado de alborotar—, mañana os daré a todos con

el palo de la escoba.

Los niños vieron cómo desaparecía en el comedor la cola de su vestido de seda amarilla, y luego volvieron a su cuarto a continuar con el interrumpido té.

3 *La virtud no siempre es recompensada*

NO era de esperar que un suceso así pasara como si nada, pero la verdad es que es muy difícil castigar a siete niños al mismo tiempo. Al principio, el capitán Woolcot le había pedido a Esther que le dijera a la señora Marsh,

la institutriz, que les mandara que se aprendieran diez verbos en francés; pero, como muy bien puntualizó Judy, General, Baby, Bunty y Nell, todavía no habían llegado a los verbos, por lo que el castigo sería injusto. La sentencia no había sido decidida aún, y todo el mundo tenía una incómoda sensación de incertidumbre.

—Vuestro padre dice que sois una tribu de descarados —dijo la joven madrastra al día siguiente, mientras se sentaba en la mecedora del cuarto de los niños. Llevaba una bata de estar por casa de muselina blanca ribeteada de color fresa, a la que le faltaban uno o

dos botones, convenientemente sustituidos por imperdibles, y de una de cuyas mangas colgaba un pedacito de encaje.

—Meg, hija mía, qué descuidada eres; y tú, Judy, no tienes remedio.

Meg iba ataviada con una bata de cachemir verde con los codos rotos y la felpa descosida por varios sitios, mientras que el traje de Judy, excesivamente corto y de un rosa desvaído cuyos restos de color muy bien podían pasar por manchas de fruta, estaba lleno de agujeros.

Meg se puso colorada.

—Ya lo sé, Esther, y me gustaría ir

bien vestida tanto como a todo el mundo; pero, la verdad, no vale la pena remendar estos harapos.

Cogió el libro de las elegantes damiselas que tanto estaba alterando su serenidad y se dirigió con él hacia un sillón.

—Venga, Judy, ve a coserte todos los agujeros y los botones que te faltan en el vestido —ordenó Esther con una determinación muy poco habitual en ella.

Los ojos de Judy echaron chispas.

—¿Es un puñal esto que tengo ante mis ojos, al alcance de mi mano? Dejádme empuñarlo —dijo

descaradamente, quitándole a Esther uno de los imperdibles que llevaba en la bata y haciendo una reverencia.

Esta vez fue Esther la que enrojeció.

—Es General, Judy; siempre me arranca los botones de la bata cuando me pongo a jugar con él. Pero..., se me olvidaba; niños, tengo malas noticias para vosotros.

Se hizo un silencio expectante. Todos se apiñaron a su alrededor.

—La sentencia se ha hecho pública —dijo Judy dramáticamente—: afeitémonos las cabezas y pongámonos los sayales.

—Vuestro padre dice que no puede

permitir que vuestra conducta quede sin castigo, sobre todo porque últimamente os estáis portando peor que nunca; por eso, todos...

—¡Seréis prendidos y colgados por el cuello hasta que muráis!

—¡Cállate, Judy! He hecho todo lo que he podido para ayudaros, pero lo único que he conseguido es que se enfadara aún más. Dice que sois los niños más desaseados y más revoltosos de todo Sydney, y que os castigará cada vez que hagáis algo, y...

—Y allí será el llanto y el crujir de dientes.

—¡Cállate ya, Judy! ¿Es que no

puedes dejarnos oír?

Pip le tapó la boca con la mano y la agarró del pelo mientras Esther terminaba de darles las noticias.

—No vais a ir al teatro. Habíamos sacado entradas para la función del jueves por la noche; pero, por tontos, tendréis que quedaros en casa.

Durante uno o dos minutos lo único que se oyó fue un lamento de consternación. Llevaban esperando aquella invitación desde hacía casi un mes, y la decepción fue muy amarga para todos.

—Pero, Esther, ¡es excesivo! Todos los chicos del colegio han ido ya —

exclamó Pip con la cara congestionada por el enfado—. ¡Y todo por una tontería así!

—Sólo porque vosotros teníais pollo asado para cenar —comentó Judy con voz apagada—. Oh, Esther, ¿por qué no tendríais ternera, o caballo, o hipopótamo, cualquier cosa menos pollo asado?

—¿No podrías interceder ante él, Esther? —preguntó Meg, mirándola con ansiedad.

—¡Anda, Esther, hazlo!

—Anda, guapa, bonita, Essie, inténtalo.

Los siete niños se apiñaron a su

alrededor alborotadamente. Baby le echó los brazos al cuello y estuvo a punto de ahogarla. Nell le acarició las mejillas. Pip, dándole una palmadita en la espalda, le suplicó:

—¡Anda, sé buena!

Bunty hundió la nariz en la nuca de su madrastra y rompió a llorar silenciosamente. Meg, en un acceso de desdicha, le apretó con fuerza una mano. General emitió una serie de grititos encantadores. Y Judy, sintiéndose enormemente desgraciada, le dio un achuchón para consolarla.

Esther prometió hacer lo que pudiera, suplicar, amenazar, intentar

engatusarle y rogar como nunca antes lo había hecho. Finalmente, con esta promesa, los niños la dejaron marchar.

—Pero os aconsejo que seáis buenos y obedientes durante todo el día —dijo volviéndose desde la puerta—. Hoy no va a salir de casa, y quizá eso pueda hacerle cambiar de opinión.

Qué penoso fue ser testigo de la virtud de aquellos niños durante el resto del día.

Estaban de vacaciones, y la señora Marsh se había marchado, pero nadie en las regiones inferiores oyó una risa, un llanto o una discusión.

—¡Ciudadanos de Roma, los ojos

del mundo están puestos en vosotros! — había dicho Judy solemnemente, y todos habían prometido comportarse de tal forma que el corazón de su padre se viera obligado a ablandarse.

Pip se puso el uniforme del colegio, se peinó, cogió un montón de libros y se dirigió hacia el despacho de su padre, donde se le solía permitir que hiciera los deberes. El capitán estaba escribiendo unas cartas.

—Bueno, ¿qué quieres? —le preguntó con el ceño fruncido—. No, no sirve de nada que me vengas con cuentos, caballero. No insistas.

—Vengo a estudiar —dijo Pip

apaciblemente—. Me parece que me estoy quedando un poco atrasado en matemáticas y, teniendo en cuenta lo que te cuesta el colegio, no quiero desperdiciar las vacaciones.

El capitán carraspeó ligeramente y miró a su hijo con severidad; pero la expresión seria y decidida del muchacho le desarmó, y se alegró de que, por fin, su hijo mayor se diera cuenta de lo inadecuado de su forma de comportarse.

—En ese cajón hay unos problemas de cuando yo iba al colegio —le dijo con amabilidad—. Si te sirven para algo, puedes cogerlos.

—Muchas gracias, me serán de gran

utilidad —contestó Pip cortésmente.

Pip los examinó con una evidente expresión de admiración reflejada en la cara.

—¡Qué claros y qué bien resueltos! —dijo Pip con un suspiro—. Me pregunto si alguna vez seré capaz de hacerlos tan bien como tú. ¿Cuántos años tenías, papá, cuando los hiciste?

—Aproximadamente tu edad —contestó el capitán cogiendo los papeles.

Los examinó con la cabeza ladeada. Estaba muy orgulloso, aunque ya no se acordaba en absoluto de cómo se hacían los quebrados y no sería capaz de hacer

una raíz cuadrada ni para salvar su propia vida.

—No obstante, creo que no debes desanimarte, Pip. Recuerdo que yo era bastante mejor que el resto de mis compañeros en esta materia. No podemos destacar todos en lo mismo, pero me alegro de que empieces a darte cuenta de la importancia del trabajo.

—Sí, papá.

Meg se había dirigido a la sala y estaba sentada en el suelo delante del músico con unas tijeras, un dedal y un rollo de cinta azul sobre la falda, y los cuadernos de música de su padre esparcidos a su alrededor. El capitán

solía quejarse de que se caían a pedazos.

Al pasar junto a la puerta, su padre la vio y le dirigió una mirada complacida.

—Gracias, Margaret: lo estaba necesitando como el comer. Me alegro de que seas capaz de hacer algo de provecho —le dijo.

—Sí, papá.

Meg siguió cosiendo hacendosamente.

Cuando volvió al despacho, vio la cabeza de Pip inclinada aplicadamente sobre la mesa y rodeada por una pirámide de libros y papeles. Escribió

otras dos cartas; poco después, se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —gritó, y entró Nell.

Llevaba con mucho cuidado una bandeja cubierta con un pañito blanco como la nieve en la que había un vaso de leche y un platito con moras. La dejó delante de su padre.

—He pensado que a lo mejor te apetecía tomar algo —dijo con amabilidad, y un repentino ataque de tos se apoderó de Pip.

—¡Pero hijita! —dijo. Se quedó mirando la bandeja pensativamente—. El último vaso de leche que tomé, Nellie, me lo ofreció el ayudante de

Barlow en Rugby, cuando yo tenía la edad de Pip. Me sentó mal y, desde entonces, no he vuelto a probarla.

—Pero esta vez no te hará daño. ¿Vas a bebértela?

Nell le dirigió una de sus miradas más hermosas.

—Antes me bebería el agua del cubo de fregar, hija —cogió una mora y se la comió haciendo una mueca—. Todavía no están maduras.

—Cuando te hayas comido seis o siete, ya no notarás que están ácidas —dijo la niña con impaciencia. Pero el capitán las dejó a un lado.

—Me basta con tu palabra —luego,

la miró con curiosidad—. ¿Por qué se te ha ocurrido traerme algo, Nellie? No recuerdo que lo hayas hecho nunca.

—Pensé que a lo mejor tenías hambre, después de haber estado aquí encerrado tanto tiempo escribiendo cartas —contestó con suavidad. Pip volvió a toser aparatosamente, y Nell se retiró.

Fuera, en el jardín, Judy estaba cortando el césped bajo un sol abrasador.

Sólo tenían un empleado y, como generalmente estaba muy atareado ocupándose del establo y de los caballos, el jardín crecía a su antojo.

Más de una vez el capitán había comentado molesto que estaba muy descuidado y que le daba vergüenza que fuera alguien a visitarlos.

Así que Judy, pletórica de entusiasmo y armada con una hoz excepcionalmente grande, se dispuso a cortar el césped.

—¡Dios mío, Helen, te vas a cortar un pie! —gritó su padre, alarmado. Había salido al porche para fumarse un puro suave que le quitase el sabor de la mora en el preciso momento en que Judy decapitaba, de una certera pasada, un ejército entero de dientes de león con sus yelmos amarillos.

Se volvió hacia él y le dirigió una radiante sonrisa.

—¡Oh, no, papá! Fíjate, soy un hacha cortando el césped.

Descargó otra alarmante pasada, aunque, eso sí, científicamente estudiada.

—¡Mira esto, es-s-to y es-s-s-to!

Al decir «es-s-to» se llevó por delante un trozo del vestido que llevaba puesto, y al decir «es-s-s-to» cortó la parte superior de un rosal; pero eso, claro está, son gajes del oficio.

—Siempre hay accidentes, les pasa hasta a los mejores cortadores de hierba
—comentó Judy sin inmutarse,

levantando la hoz dispuesta a descargar un nuevo golpe.

—¡Déjalo inmediatamente, Helen! ¿Por qué no te vas a jugar tranquilamente a las muñecas y dejas de hacer cosas raras? —dijo el capitán, irritado.

—Y yo que lo hacía sólo para agradarle... —dijo la niña dirigiéndose aparentemente a los dientes de león.

—A «él» no le agradaría tenerte que proporcionar una pierna de madera, ni tener que volver a plantar de nuevo todo el jardín —dijo con sequedad el capitán —. Deja eso.

—Bueno, pero espera que termine

con este lado: no lo voy a dejar a medias, como un hombre con una sola mejilla afeitada. Baja y ven a verlo; es muy fácil, hasta tú podrías hacerlo.

El capitán disimuló una leve sonrisa bajo el bigote. La pequeña tenía un aspecto tan cómico allí de pie, con el vestido corto de siempre, un sombrero lleno de agujeros sobre la maraña de rizos oscuros, los ojos brillantes, la cara arrebolada, la enorme hoz en las manos y las palabras descaradas siempre a punto.

Bajó y examinó de cerca el trabajo de Judy. Estaba muy bien, como todo lo que la chiquilla se proponía, travesuras

incluidas, y, lo más importante de todo, sus piernas, enfundadas en unas medias negras, seguían todavía en buen estado de conservación.

—¡Ejem, ejem! Bueno, puedes terminarlo. Pat está muy ocupado. ¿Dónde has aprendido a cortar el césped, doña Perfecta? ¿Y por qué se te ha ocurrido hacerlo?

Judy se levantó con un soplo los rizos que le caían sobre la frente sudorosa.

—A, créetelo, es de nacimiento —respondió inmediatamente—; y B, ¿tú qué crees? ¿No te quiero y me gusta complacerte?

Volvió a entrar en casa lenta y pensativamente. Judy siempre le desconcertaba. De todos sus hijos era a la que menos entendía y, a veces, le preocupaba pensar en ella. Hasta entonces no era más que una niña inteligente, ingeniosa y, a menudo, impertinente; pero notaba que era completamente distinta a los demás y, cuando se detenía a pensarlo, cosa que no sucedía con demasiada frecuencia, le invadía una profunda sensación de malestar.

Recordó que su primera esposa le había comentado más de una vez que temblaba ante el futuro de Judy. Aquel

incansable fuego que le brillaba en los ojos inquietos, que le encendía las mejillas y prestaba una admirable energía a su joven y flexible cuerpo, podía hacer de ella una mujer noble, emprendedora, brillante, o llevarla a naufragar ante escollos con los que los demás jamás se enfrentarían, ardiendo cada vez con más y más intensidad hasta consumirla.

—Cuida de ella —habían sido las casi últimas palabras de la angustiada madre cuando, a la luz que surge cuando el mundo se apaga, había visto con terrible claridad las piedras y zarzas que saldrían al paso de aquel singular par de

pies, pequeños e impacientes.

Y había muerto, y Judy estaba tropezando con ellas. Pero su padre no podía «cuidarla», porque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Mientras subía hacia el mirador y atravesaba el vestíbulo, deseaba, casi piadosamente, que Judy no estuviera modelada de un barro tan diferente al de los demás y suspiraba por poder apagar aquel extraño fuego que la niña llevaba dentro y que tanto desasosiego le producía a él. Aspiró con fuerza el cigarro y suspiró profundamente; luego, giró sobre sus talones y se dirigió hacia los establos para olvidarse de todo.

El capataz estaba fuera adiestrando a uno de los caballos en el extenso potrero; pero había algo extraño en las caballerizas, de modo que entró.

Una pequeña figura, calada hasta los huesos, metía y sacaba del cubo algo con gran entusiasmo.

Al oír el ruido de sus pasos, Baby se volvió y levantó hacia él la carita sudorosa.

—Estoy bañando a tuz gatitoz, y a Cazquivano también —dijo radiante.

Horrorizado, el capitán dio un paso hacia adelante.

Allí estaban sus dos gatitos favoritos, temblorosos, desolados,

sumergidos hasta el cuello en agua jabonosa. Y Casquivano, el hermoso foxterrier que acababa de comprar para su mujer, sometido al mismo proceso de limpieza, era remojado y restregado hasta casi perder el sentido, mientras permanecía encadenado a un poste, asustado, empapado y afligido.

—Mira qué limpitoz y bonitoz están. Ya no tienen pulgaz. ¿Eztáz contento? Ya puedez dejar que Cazqui zuba a tu cama y Ojoz Negroz eztá...

La pobre Baby nunca terminó su discurso. Tenía una idea confusa de haber oído a su padre soltar un taco y de que alguien la sacudía de una manera

muy poco delicada y la sacaba del establo, mientras que los pobres animales eran secados y tratados con toda consideración.

Pero lo peor no había llegado todavía, y sus resultados fueron tan desastrosos que los jóvenes Woolcot decidieron no volver jamás a arrogarse virtudes que no poseían.

Bunty, por supuesto, deseaba ayudar a la causa con tanto entusiasmo como los demás; y, con este fin, lo primero que hizo fue dirigirse a su habitación y lavarse a fondo la cara, el cuello y las manos. Luego, satisfecho de su aspecto reluciente y de sus manos limpias, bajó

y se colocó delante de las mismas narices de su padre, intentando arrancarle algún comentario favorable.

Pero cuando todo lo que obtuvo fue un irritado «vete a jugar», se dio cuenta de que tenía que buscar un nuevo modo de apaciguamiento.

Vagabundeó por el despacho, pensando limpiar las estanterías; pero Pip, rodeado de libros por todas partes, estaba tallando un palo para hacerse un tirachinas, así que volvió a salir. Después, subió al piso de arriba y exploró el dormitorio y el cuarto donde se vestía su padre. Este último era un excelente campo de operaciones. Sobre

una silla había un uniforme de gala. A Buntty le pareció que los botones dorados brillaban menos de lo que deberían, de modo que dedicó un inútil cuarto de hora a sacarles brillo. Luego, bruñó unas espuelas, aunque sin demasiado éxito, todo hay que decirlo. Después, se marchó a buscar una nueva tarea.

En un rincón de la habitación había una colección de botas polvorientas y un gran frasco de barniz negro, de aspecto grasiento, encima de la repisa de la chimenea. Buntty concibió la brillante idea de limpiar todas las botas y ponerlas en fila para que su padre

pudiera verlas y se pusiera contento. Encontró en el suelo un pañuelo sucio de batista fina, derramó sobre él una considerable cantidad de barniz y atacó con entusiasmo el primer par.

Como eran de piel auténtica, un brillo deslumbrador le recompensó inmediatamente; pero, por más que frotó, no consiguió que brillara el par siguiente, ni el otro, ni el otro. En la escalera se oyeron los firmes y conocidos pasos de su padre, y Bunty se detuvo un instante dando expresión de bondad a su cara sucia.

Pero aquella expresión desapareció enseguida, y una mirada de horror la

reemplazó. Para mayor comodidad, había dejado el frasco en un gran sillón mientras él estaba sentado en el suelo, y en ese momento se dio cuenta de que se había volcado y de su cuello brotaba un chorro negro y horrible.

Y era el sillón en el que estaba el uniforme, y una de las mangas estaba empapada, y la inmaculada camisa que estaba junto al uniforme, esperando un botón, también estaba empapada y pringosa. ¡Horrible! Bunty echó una mirada desesperada por toda la habitación buscando un sitio para esconderse, pero no había rincones donde cobijarse, ni cortinas, y tampoco

le daba tiempo a entrar en el dormitorio y meterse debajo de la cama. Junto a la ventana había un cofre de gran tamaño lleno de medicinas, y Bunty, desesperado, se introdujo en él con las piernas dobladas, la cabeza entre las rodillas y un peligroso tintinear de frascos en los oídos. Y un minuto después, su padre entró en la habitación.

—¡Dios mío! ¡Válgame Dios! — exclamó, y Bunty empezó a temblar de los pies a la cabeza.

Luego soltó rápidamente una retahíla «en extranjero», como solía decir Judy; le dio una patada a algo y, en un tono terrorífico, gritó:

—¡Esther!

Pero Esther estaba fuera dando un paseo con General, y no hubo respuesta.

Más idioma extranjero, más patadas.

A Bunty le castañeteaban ruidosamente los dientes; levantó un brazo para sujetarse la boca, y el cofre, desequilibrándose, se vino abajo y arrojó a su ocupante a los pies de su padre, mientras un montón de frascos se esparcían por todas partes.

—¡Yo no... yo no he... yo no he sido..., la culpa no ha sido mía! —aulló, retrocediendo de espaldas hacia la puerta—. ¡Uy, uy..., ay...! ¡Esther! ¡Ay, ay...! Judy... ¡Oh..., oh..., oh..., ay!

Como cabía esperar, el capitán había cogido una correa que estaba allí muy oportunamente y le estaba demostrando a su hijo lo que se podía hacer con ella.

—¡Oh..., ay..., ay..., oh..., oh..., ay..., oh...! ¡No he tenido la culpa..., la culpa no ha sido mía..., es de Pip y Judy! ¡Oh..., ay..., ay..., oh..., el teatro! ¡Ay..., ay..., oh, oh..., me estás matando, uy..., uy...! ¡Sólo lo hacía...! ¡Ay..., ay..., ay...! ¡Lo hacía para complacerte...! ¡Uy..., uy..., para complacerte!

Su padre se detuvo con la correa levantada.

—¿Por eso se están comportando los

demás de una forma tan extraña? ¿Sólo para que os lleve al teatro?

Bunty forcejeó para liberarse.

—Bueno..., yo... sí, pero yo no..., yo nunca..., de verdad... ¡Oh..., no ha sido culpa mía...! Han sido los otros... ¡Ay..., ay..., pégalas también a ellos!

Y se ganó otros tres correazos. Luego, se fue llorando al cuarto de los niños, donde se tiró al suelo, dando patadas y revolcándose como si estuviera a punto de morir.

—¡Sois unos chi... chi... chivatos!
—sollozó, dirigiéndose a los demás, que habían llegado corriendo atraídos por el alboroto—. ¡Sois unos cerdos! ¡Y yo me

quedé si... si... sin po... po... pollo, y
en... en... encima me... me la he ga...
ga... ga... ganado! ¡So... so... sois unos
chi... chi... chivatos! ¡Oh..., ah...,
ay..., ay! ¡Me es... es... estoy de...
de... de... desangrando, lo sé... sé...
sé... sé!

Los demás no podían contener la
risa; Bunty se ponía irresistiblemente
cómico en cuanto se le tocaba. Pero lo
consolaron como pudieron, intentando
averiguar qué había pasado.

Esther llegó enseguida muy
preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntaron
conteniendo el aliento.

—La verdad es que sois los niños más insoportables que he conocido — contestó enfadada.

—Pero el teatro... Venga, Esther, ¿se lo has preguntado? —gritaron impacientes.

—¡El teatro! Dice que preferiría tener que indemnizar a los actores antes que uno sólo de vosotros vea la función. ¡Y os está muy bien empleado! Meg, por Dios, ponle algo seco a Baby, mira cómo está. Y Judy, si de verdad me quieres, quítate ese vestido. Bunty, pelmazo, si no dejas de llorar, voy a llamar a tu padre. Nell, quítale las tijeras a General, se va a sacar un ojo.

La joven madrastra se reclinó en la silla y echó una trágica mirada a su alrededor. Jamás había visto tan enfadado a su marido. Y su hermosa boca tembló al recordar que parecía echarle a ella la culpa de todo lo que pasaba.

Meg no se había movido; el agua caía lentamente del vestido de Baby, formando un charco en el suelo; Bunty seguía desahogándose emitiendo espasmódicos «ays» y «uys». Judy silbaba borrascosamente y General, castigado sin tijeras, chupaba una de sus botas llenas de barro.

—¡Siete, y yo sólo tengo veinte

años! —dijo con tristeza—. ¡Qué horror.
Dios mío, qué horror!

4 *General va a la academia*

ERA un día después de «los acontecimientos relatados en el último capítulo», como suele decirse en el lenguaje de los libros. Judy estaba sentada en la mesa del cuarto de los niños, con la mejilla apoyada en las rodillas y las manos, delgadas y morenas, alrededor de éstas.

—¡Es una vergüenza! —exclamó—.

¡Una verdadera vergüenza! ¿Para qué sirve tener padres? Me gustaría saberlo.

—Oh, Judy —dijo Meg, que estaba acurrucada en un sillón, absorta en la lectura de un libro. Pero lo dijo mecánicamente y sólo como un deber, porque, a fin de cuentas, únicamente tenía tres años más que Judy.

—Imaginaos lo que nos divertiríamos si no viviera con nosotros —continuó Judy tranquilamente, sin hacer caso a Meg—. Fijaos, tendríamos pollo tres veces al día y podríamos ir al teatro siete noches a la semana.

Nell apuntó que no había

representaciones el domingo, pero Judy no se desanimó por ese pequeño detalle.

—Sería una especie de teatro místico —dijo pensativamente—. Con hermosos dibujos sobre Tierra Santa, una música preciosa, niños vestidos de blanco cantando salmos, todo lleno de colores brillantes y sin colectas para recoger calderilla. Y, por supuesto, no habría sermones ni letanías.

—¡Oh, Judy! —murmuró Meg pasando una hoja.

Judy separó las manos, y luego volvió a abrazarse las rodillas con más fuerza que antes.

—¡Seis entradas desperdiciadas!

¡Treinta hermosos chelines! ¡Sólo porque tenemos un padre!

—Se las ha mandado a los Digby Smith —informó Bunty—, y escribió en el sobre: «Con mis mejores saludos. J. C. Woolcot».

Judy refunfuñó.

—Seis horribles Digby Smith sentados en el teatro, viendo nuestra función con sus seis horribles ojos —comentó con amargura.

Bunty, más aficionado a las matemáticas, quiso saber por qué no con sus doce horribles ojos, y Judy se echó a reír y se bajó de la mesa de un salto, después de haber expresado el perverso

deseo de que todos los Digby Smith se cayesen por la barandilla del palco antes de que se levantara el telón. Meg cerró el libro de golpe.

—¿Se ha ido ya Pip? Papá estará enfadadísimo. ¡Qué cabeza tengo! — exclamó—. ¿Dónde está Esther? ¿La ha visto alguien?

—¡Pero Meg! —dijo Judy—. Hace por lo menos dos horas que se marchó delante de tus narices. Ha ido a Waverley. Entró a decírtelo y a decirte también que confiaba en que te ocuparas del capote de papá, y tú contestaste: «Mmm... muy bien».

Sobresaltada, intentó hacer memoria.

¿Tenía que limpiarlo? —preguntó asustada, retirándose el pelo de la frente—. ¡Oh, chicas! ¿Qué era lo que tenía que hacer?

—Limpiarlo con gasolina, plancharlo mojado, conservarlo en un lugar fresco para que mantenga el calor y meterlo en el horno hasta que se dore—dijo Judy inmediatamente—. ¿No lo oíste, Margaret? Esther se tomó la molestia de explicártelo bien.

Meg volvió a jugar con el pelo desesperadamente.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo con los ojos cuajados de lágrimas—. ¿Qué va a decir papá? ¡Oh, Judy, podías

habérmelo recordado!

Nell le pasó un brazo por los hombros.

—Está bromeando, Meggie; Esther se ocupó de ello y dejó el capote preparado en el vestíbulo. Lo único que tienes que hacer es dárselo a Pip. Pat tiene que llevar el coche a la ciudad esta tarde para que le arreglen el asiento de atrás y Pip va a acompañarle, eso es todo. Están enganchando los caballos, todavía estás a tiempo.

El causante de tanta inquietud era el capote que Bunty había hecho todo lo posible por estropear. Pertenecía al uniforme de gala del capitán y lo

necesitaba para ir a cenar a Barracks aquella misma noche. Esther se había pasado toda la mañana limpiándolo con una esponja, y había dejado dicho que lo llevaran a Barracks por la tarde.

El coche, conducido por Pip y con Pat como espectador enfurruñado, giró majestuosamente delante de la puerta. Cogieron el paquete con el capote y lo colocaron debajo del asiento. Ya iban a marcharse cuando apareció Judy en el porche llevando a General en brazos.

—Vente tú también, Fizz, hay sitio de sobra. No hay ninguna razón para que no vengas —le propuso Pip sin pensárselo dos veces.

—¡Oh! —dijo Judy con ojos brillantes. Dio una impetuosa zancada hacia adelante y levantó un pie para subir al coche.

—Creo que te deberías poner algo encima del vestido —le recomendó Pip —, está lleno de manchas de mermelada.

Judy entró en el vestíbulo como una exhalación y volvió con su abrigo; depositó a General en el suelo mientras se lo ponía, y luego lo volvió a coger y se lo entregó a Pip.

—Tiene que venir también —dijo—; le prometí a Esther que no lo perdería de vista ni un minuto. Últimamente se preocupa mucho por él. ¡Ni que fuera a

romperse!

Pip rezongó un poco, pero General le echó los brazos dirigiéndole una sonrisa cautivadora y no tuvo más remedio que cogerlo mientras Judy se encaramaba al carruaje.

—Podemos volver en el tranvía hasta Quay, y luego coger el barco — propuso Judy, sentando a duras penas al niño entre ellos—. A General le encanta viajar en barco.

Se alejaron rápidamente; el desvencijado carruaje dejó atrás las puertas y descendió por el camino, llevándose a Pip, a una Judy de ojos brillantes, a General, que se chupaba

con deleite el dedo pulgar, y a Pat, sonriente y satisfecho después de haber recobrado las riendas.

El viento que venía del río barría la franja de las tierras de Crown y hacía circular impetuosamente la sangre joven por sus venas; causaba estragos en los rizos de Judy y teñía sus mejillas de un rojo encendido; excitaba a General, que no dejaba de patear y reírse, y obligaba a Pip a sujetarse el sombrero en la nuca, mientras silbaba alegremente.

Así siguieron hasta que llegaron a la ciudad, momento en el que tuvieron que plegarse a las convenciones sociales.

Camino de Paddington, un jinete

aminoró el paso. Pip se quitó el sombrero con un airoso ademán y Judy le dedicó una sonrisa franca y agradable, porque era un antiguo coronel al que conocían desde hacía tiempo y recordaban su buen humor y liberalidad.

—Bueno, señorita, ¿qué tal, Pip? —dijo sonriendo cordialmente, mientras su caballo caracoleaba alrededor del carruaje—. ¡Si también está aquí General! ¿Adónde vais?

—A Barracks, a llevarle una cosa a nuestro padre —contestó Pip. Judy miraba al inquieto animal con ojos de admiración—. Luego, volveremos a casa.

A pesar de las bruscas sacudidas que daba el caballo, el anciano consiguió meter una mano en su bolsillo.

—Tomad, para que os pongáis enfermos por el camino —dijo dándoles dos medias coronas—; pero a mí no me paséis la cuenta del médico.

Rozó suavemente con la fusta la mejilla de General, saludó a Judy con una inclinación de cabeza y partió a medio galope.

Los dos hermanos se miraron con ojos brillantes.

—Cocos —dijo Pip— y pasteles y caramelos, y el resto para el futbolín.

Judy dijo que no con la cabeza.

—Y yo, ¿qué? —preguntó—. Deja el futbolín para el colegio. Yo voto por unas yuyubas, helados y una muñeca de cera.

—¡Y una abuela de cera! —replicó Pip—. No te irás a comportar ahora como una niña, espero —luego, casi con unción, añadió—: Gracias a Dios, siempre has odiado las muñecas, Fizz.

Judy dio un brinco en el asiento y estuvo a punto de tirar a General, lo que provocó un torrente de reproches por parte del cochero.

—Ya sé —dijo—, y casi estamos a mitad de camino. ¡Oh, será estupendo, ya lo verás!

Pip le apremió para que se explicara.

—Acuario Bondi: patines, botes, tiovivos, montaña rusa. ¡Tres peniques el viaje! —contestó con pocas palabras.

—¡Qué idea! —silbó suavemente Pip, dándole vueltas en la cabeza—. Nos quedaría algo para comprar golosinas, y quizá también para el fútbolín —luego frunció el ceño—. ¿Y el niño? ¿Para qué te lo has traído? Tenías que ser una chica. ¡Siempre estropeándolo todo!

Judy le miró confusa.

—Ya casi no me acordaba —dijo molesta—. ¿No podríamos dejarlo en

algún sitio? ¿Por qué no se lo dejamos a alguien para que se ocupe de él mientras vamos? Sería una pena tener que desistir sólo por su culpa. Y encima, está empezando a llover. No nos lo podemos llevar.

Habían llegado al pie de la colina donde se encontraba la academia y Pat les dijo que tendrían que hacer andando el resto del camino, o no conseguiría tener el asiento de atrás del carruaje arreglado para volver esa misma tarde.

Pip saltó del carruaje y cogió a General, todo en un abrir y cerrar de ojos, y Judy bajó tras él, llevando cuidadosamente el preciado paquete. En

silencio, subieron por la cuesta de asfalto hasta la puerta de la residencia de oficiales.

—¿Y bien? —preguntó Pip quejumbrosamente, una vez que estuvieron arriba—. Date prisa. ¿No se te ha ocurrido nada?

Como muy bien sabía Pip, el hecho de que Judy levantara las cejas y se mordiera los labios indicaba que estaba absorta en profundos e intrincados pensamientos.

—Sí —contestó Judy con calma—. Tengo un plan que creo que funcionará —y un repentino fuego pareció apoderarse de ella—: ¿Quién es el

padre de General? Eh, ¿quién es? — preguntó atropelladamente—. ¿Los padres no deben cuidar de sus hijos? ¿Y no se merece que se lo llevemos por castigarnos sin ir al teatro? ¿Y no es el acuario demasiado maravilloso para que nos quedemos sin ir por su culpa?

—Y ¿qué? —preguntó Pip, cuyo cerebro, más lento que el de Judy, no podía seguir su rápido razonamiento.

—Voy a dejar a General aquí en Barracks durante un par de horas, hasta que volvamos. Su padre es la persona adecuada para cuidarlo —Judy agarró sin miramientos la gordezuela manita de General y abrió la puerta.

—Fizz —observó Pip—, nos vamos a meter en un buen lío. Creo que no deberíamos... La verdad, Judy.

—Ya verás cómo no —dijo Judy resueltamente—. Bueno, a lo mejor se enfada un poco, pero el acuario lo merece. Mira cómo llueve; si nos lo llevamos, el pobrecito va a coger un catarro, o reuma, o qué sé yo. Allí está papá, junto a la pista de tenis, hablando con un señor. Me deslizaré sin que me vea y entraré en su habitación para dejar encima de la cama el paquete y a General. Después, le diré a un soldado que vaya a avisarle de que ya ha llegado el paquete, y en cuanto se dirija hacia

allí, saldré pitando, cogemos el tranvía y nos iremos al acuario.

Pip volvió a silbar suavemente. Estaba acostumbrado a las atrevidas proposiciones de su hermana, pero aquella vez se había superado.

—Pe... pe... pero —apuntó intranquilo—, Judy, ¿qué va a hacer con el niño durante dos interminables horas?

—Lo cuidará —contestó Judy con prontitud—. Estaríamos apañados si un padre no pudiera ocuparse de su hijo durante dos horas. Además, mira, volveremos a buscarlo en cuanto salgamos del acuario, y le diremos a papá que, como llovía mucho, pensamos

que era mejor que se quedara aquí, no fuera a ser que se pusiera enfermo; pero que, como teníamos prisa porque se nos iba a escapar el tranvía y él no estaba, tuvimos que dejarlo encima de la cama hasta que llegara. ¿Ves, Pip? ¡Es sencillísimo!

A pesar de todo, Pip no parecía demasiado convencido.

—No me gusta esto, Fizz —volvió a repetir—; se va a poner hecho una fiera.

Judy le dirigió una mirada furiosa.

—Vete a ver si viene el tranvía que va a Bondi —dijo. Y Pip, encantado de tener un momento de respiro, volvió a desandar lo andado. Cuando se volvió,

Judy ya se había ido.

Recorrió el camino de arriba abajo varias veces, con las manos metidas en los bolsillos.

—Fizz va a conseguir que nos la carguemos de una vez por todas — murmuró, mirando con tristeza la puerta por la que Judy había desaparecido.

Se echó hacia atrás el sombrero y se miró sombríamente las botas, preguntándose por las consecuencias de aquella nueva travesura. Oyó junto a él unas ligeras pisadas.

—Vamos —dijo Judy, tirándole de una manga—; ya está, venga, vamos a divertirnos. ¿Tienes el dinero?

Eran las dos en punto cuando cruzaron la puerta y se encaminaron hacia la parada del tranvía. Y eran las cuatro y media cuando se bajaron de un tranvía periférico y volvieron a cruzar la puerta, dispuestos a recoger su carga.

¡Lo habían pasado de miedo! Una vez dentro del acuario, incluso Pip había dejado de lado sus escrúpulos de conciencia y dedicó todas sus energías a disfrutar a fondo. Judy estaba como loca. Se gastó un chelín en la montaña rusa y afirmó que el veloz y desconcertante movimiento era «divino». Pip, que se mareó en el primer viaje, renunció a montarse una segunda

vez y se quedó mirando, con el corazón en un puño, cómo Judy desaparecía de vez en cuando, diciendo adiós alegremente desde el peligroso cochecillo. Después alquilaron un par de patines cada uno y se llenaron el cuerpo de cardenales a base de caerse al suelo. Más tarde se montaron en un tiovivo; pero a Judy, después de las emociones de la montaña rusa, aquello le pareció muy aburrido y se negó a despilfarrar en él otros tres peniques, contentándose con ver cómo Pip daba vueltas y más vueltas y corría como una loca para mantenerse a su misma altura el mayor tiempo posible. Terminaron la

tarde con una minuciosa inspección a las peceras, un ligero repaso a las tartas de mermelada dudosamente frescas y dos peniques de cacahuets. Y, como te dije antes, serían las cuatro y media cuando volvieron a subir apresuradamente el camino que conducía hasta la puerta de la academia.

—Espero que se haya portado bien —dijo Judy mientras giraba el pomo de la puerta—. Venga, Pip, ven tú también, no te hagas el remolón. Veinte azotes o puntapiés a repartir entre dos, tocamos a diez cada uno.

Subieron la escalinata de piedra y se detuvieron junto a una puerta.

Cerca de ella había un grupo de oficiales charlando y riéndose.

—Creedme, fue un auténtico espectáculo ver a Wooly coger al pequeño, meterlo deprisa y corriendo en el coche y subirse después, todo con expresión de dignidad ofendida —dijo uno de los oficiales mientras los demás se desternillaban de risa.

Otro de los componentes del grupo expulsó el humo de un puro y comentó:

—Parecía un pordiosero. Cerró los puños, y uno de ellos aterrizó en el ojo de su padre. Luego, se le cayó una bota y nos apresuramos todos a recogerla, pero estaba para tirarla, completamente llena

de barro, y el viejo Wooly enrojeció hasta las orejas mientras intentaba ponérsela.

Una figura con un abrigo increíblemente corto y raído, un sombrero encasquetado sobre la maraña de rizos negros y unas piernas largas y delgadas enfundadas en unas medias negras se abrió paso entre el grupo.

—Están ustedes hablando de mi padre —dijo arrogante con la cabeza muy alta— y no entiendo qué es lo que les hace tanta gracia. ¿Está aquí todavía, o se ha marchado ya?

Dos de los hombres parecían un poco avergonzados; el tercero se quitó

la gorra.

—Siento mucho que haya sorprendido nuestra conversación, señorita Woolcot —se disculpó amablemente—. No obstante, no hemos cometido un daño irreparable, ¿verdad? Sí, su padre se ha marchado en un coche. No tenía ni idea de cómo había podido llegar el pequeño hasta su cama, y no podía ocuparse de él. Supongo que se lo habrá llevado a casa.

Algo parecido a una mirada de vergüenza se asomó a los brillantes ojos de Judy.

—Me temo que he puesto a mi padre en una situación embarazosa —dijo

sosegadamente—. Fui yo quien dejó aquí a Gen, mi hermano, porque no sabía qué hacer con él durante una o dos horas. Pero pensaba llevármelo a casa yo misma. ¿Hace mucho que se ha marchado?

—Una media hora —contestó el oficial, intentando no reírse de los modales de la chiquilla, más propios de un adulto que de una niña.

—Bien, gracias. Quizá podamos alcanzarle. Vamos, Pip —saludó grave y distantemente y se dio la vuelta, bajó por la escalinata y cruzó la puerta, siempre seguida por Pip.

—En buen lío nos hemos metido —

dijo Pip.

Judy asintió con la cabeza.



—Es lo más terrible que hemos hecho en nuestra vida. Imagínate a papá llevándose a rastras a General. ¡Dios mío!

Judy volvió a asentir con la cabeza.

—¿Es que no sabes hablar? —le preguntó Pip, irritado—. Tú nos has metido en esto. Yo no quería; aunque, por supuesto, te apoyaré. Pero tienes que pensar algo rápidamente.

Judy se mordisqueó las puntas de tres de los dedos del guante de la mano derecha y le miró con abatimiento.

—No hay nada que hacer, Pip —dijo con tristeza—. No pensé que las cosas ocurrieran así. Supongo que lo mejor

que podemos hacer es volver directamente a casa y entregarnos para que nos castigue. Se enfadará muchísimo más si intentamos poner excusas, así que lo mejor será poner buena cara al mal tiempo y aguantar el chaparrón.

Pip estaba enfurecido. La insultó por hacer una cosa así. Judy no se lo reprochó.

Fueron en tranvía hasta Sydney y allí cogieron el barco. Se acomodaron en un rincón y examinaron la situación con toda seriedad. Luego, Pip se levantó para dar un paseo con la intención de tranquilizarse, pero volvió enseguida pálido y asustado.

—Está en el barco —dijo horrorizado.

—¿Dónde, dónde, dónde? ¿Qué, qué, qué? —gritó Judy involuntariamente saliendo de su ensimismamiento.

—En la cabina, más abatido que un pavo en Navidad. Tiene agarrado a General como si temiera que se le fuera a escapar volando.

Por primera vez, Judy parecía asustada.

—¿Nos escondemos? Que no nos vea. De nada serviría ofrecernos ahora para llevar a General a casa. Tenemos que prepararnos, Pip.

Pip gruñó y Judy se levantó.

—Deslicémonos hasta allí sin que nos vea —propuso Judy— y veamos si está muy enfadado.

Caminaron con precaución por la cubierta, deteniéndose en un lugar desde el que podían observar sin ser vistos. El pobre General estaba sentado junto a su severo padre, que le tenía firmemente sujeto por el cuello del abrigo de lana. Se estaba chupando la mano sucia, aunque no por eso dejaba de mirarse la bota marrón, pensando que sería un delicioso manjar. Ya se la había quitado una o dos veces, dispuesto a llevársela a la boca; pero su padre, enfadado, la había interceptado por el camino y se la

había vuelto a poner. Quería bajarse de aquel incómodo asiento y arrastrarse por la cubierta para averiguar de dónde procedía el ruido que se oía, pero no podía librarse de aquella mano de hierro que le sujetaba. ¡No era extraño que el chiquillo tuviera un aspecto tan afligido!

Por fin, el barco atracó en el muelle, cerca de «Desorden», y el capitán desembarcó llevando en brazos, con sumo cuidado, a su hijo. Subió lentamente por el camino ocre que el carruaje había recorrido alegremente unas seis o siete horas antes, seguido por Judy y Pip a una distancia prudencial. Ya en la puerta, el capitán se

dio cuenta y les hizo señas, irritado, para que se acercasen. Judy palideció, aunque obedeció enseguida, y Pip, una vez recobrada la calma, subió tras ella.

Judy sólo se acordaba confusamente de lo que había pasado durante la media hora siguiente. Sabía que había habido una borrascosa escena en la que toda la familia, incluida Esther, recibió una considerable cantidad de reproches y acusaciones.

Luego, Pip sufrió una buena paliza, a pesar de que Judy declaró insistentemente que la culpa era suya, que Pip no había hecho nada. También recordaba haberse preguntado,

temblando, al ver que su padre apartaba a un lado a Pip y se quedaba mirándola fijamente con la fusta en la mano, si sería capaz de tratarla tan severamente como a su hermano.

Pero bajó la fusta y le puso una pesada mano en el hombro.

—El próximo lunes —dijo lentamente—, el próximo lunes te llevaré interna al colegio. Esther, por favor, ocúpate de que la ropa de Helen esté preparada para el próximo lunes por la mañana, cuando la lleve al colegio.

5 *La mañana del lunes siguiente*

EN el vestíbulo había un baúl y una enorme y baqueteada maleta, llenos de etiquetas en las que podía leerse: «Señorita Helen Woolcot, Residencia Burton, Mount Victoria».

En el cuarto de los niños, el desayuno transcurría agitadamente.

Meg, que no dejaba de hipar

aparatosamente mientras servía el té, tenía los azules ojos enrojecidos e hinchados de llorar. Pip permanecía inmóvil encima del felpudo que cubría la piedra de la chimenea, mirando sombríamente su plato y negándose en redondo a desayunar; General estaba muy entretenido dando golpes con la taza en el plato y Bunty comía pan con mantequilla silencioso y apenado.

Judy, con la cara pálida y los ojos secos, estaba sentada a la mesa, con Nell y Baby asidas a su brazo. Durante los tres días que habían pasado entre aquel jueves negro y aquella triste mañana, Judy se había mostrado

obstinadamente despreocupada. Jamás su moral había sido más elevada, sus ojos más brillantes y su lengua más afilada que durante aquel intervalo de tiempo. Había fingido ante todo el mundo, incluido su padre, que personalmente pensaba que ir interna a un colegio tenía que ser una experiencia muy divertida y que disfrutaría muchísimo.

Pero aquella mañana se había derrumbado por completo. Hasta entonces, su corazón fogoso e infantil había estado diciéndole que su padre no podía ser tan cruel, que en realidad no tenía intención de mandarla fuera de

casa, entre extraños, lejos de su querido y viejo «Desorden» y de todos sus hermanos y hermanas. «Sólo lo hace para asustarme», seguía diciéndose a sí misma. Pero ella le demostraría que no era una cobarde.

El domingo por la noche, cuando vio que bajaban el baúl y metían en él sus cosas y después pegaban una etiqueta con su nombre, sintió que una mano helada le oprimía el corazón. «Está haciendo todo esto para que parezca más real», siguió diciéndose, a pesar de todo.

Y ahora, por la mañana, ya no podía seguir engañándose por más tiempo.

Esther se había acercado al borde de su cama y la había besado apesadumbradamente, con una expresión afligida en su hermoso rostro. Había suplicado, como nunca antes lo había hecho, para que la pobre Judy fuese perdonada, pero el capitán se mostró inflexible. Era ella, y sólo ella, la que siempre ideaba todo. Los demás se portarían bien cuando Judy no estuviera allí para incitarlos a hacer barrabasadas. Tendría que irse. Además, dijo, sería por su bien. Había elegido para ella un colegio excelente. Sus profesoras, aunque estrictas, eran muy amables, y Judy necesitaba mano dura.

Lo que, en cierto modo, no dejaba de ser verdad.

Al ver la cara apenada de Esther, Judy se sentó en la cama completamente rígida.

—No hay nada que hacer, hija; ya no tiene remedio —dijo con suavidad—. Pero serás valiente, ¿verdad Juju? Como dice Pip, siempre has sido de las que jamás se dan por vencidas.

Judy sofocó un sollozo y su carita pálida se contrajo dolorosamente.

—Muy bien, Essie. Bueno, vete a desayunar —dijo haciendo un esfuerzo para que no le temblara demasiado la voz—; y, por favor, déjame un ratito a

General. Yo lo bajaré luego.

Esther depositó a su hijo sobre la almohada, y salió de la habitación después de dirigirles una afectuosa mirada.

Cogió al pequeño entre sus brazos, se metió con él debajo de las sábanas, le dio un abrazo furioso, casi desesperado, hundió la cara en su cuello suave y lleno de hoyuelos y le besó hasta que le dolieron los labios.

El pequeño protestó ante estas demostraciones de afecto y, finalmente, se opuso a ser ahogado con un airado chillido. Judy se destapó y saltó de la cama, dejándole que se escondiera entre

los almohadones y que sacara las plumas de uno de ellos, que estaba roto.

Se vistió rápidamente, se peinó con más cuidado del que ponía habitualmente y luego cogió a General y se encaminó con él hacia el cuarto de los niños. Los demás ya estaban allí, discutiendo con Esther. Las tres niñas lloraban y protestaban; Pip, que acababa de ser llamado a capítulo por haberle faltado el respeto a su padre, estaba de mal humor, y Bunty, sin saber qué hacer ante semejante crisis, se dedicaba a cazar moscas y a arrancarles después las alas malignamente.

Fue un desayuno tristísimo. Cuando

sonó la campana que anunciaba el desayuno de los mayores, Esther tuvo que marcharse. Todos le ofrecieron a Judy lo que había en la mesa amable y cortésmente. Parecía estar lejos de ellos, como una persona a la que no se puede tratar trivialmente por la dignidad que le confiere su enorme dolor. Llevaba un vestido completamente nuevo —de estameña azul, limpiísimo, recién salido de las manos de la modista—, unas botas negras y relucientes y unos calcetines que no sabían aún lo que eran los agujeros. Todo ello ayudaba a hacer de ella una Judy indiscutiblemente distinta de la atolondrada chiquilla de

unos cuantos días antes, aquella que solía bajar a desayunar vestida como si le hubieran echado la ropa encima a la buena de Dios.

Durante unos instantes, Baby centró su atención en las gachas; pero, después, se dejó invadir por sus sentimientos y, con un gemido, dio la vuelta a la mesa y se abalanzó sobre Judy, apoyándose en su brazo y sollozando. Su acción dio al traste con el equilibrio de todos los hermanos. En un arrebató de pena, Nell le cogió el otro brazo y se lo balanceó hacia adelante y hacia atrás. Las lágrimas de Meg cayeron sobre la taza de té como gotas de lluvia; Pip hundió

los talones en el felpudo, sin saber muy bien qué le pasaba en los ojos; incluso el apetito de Bunty por el pan con mantequilla disminuyó.

Judy seguía sentada sin decir nada; había retirado su plato sin tocarlo y lo miraba con una expresión de total desesperanza reflejada en su joven rostro. Parecía una reina en miniatura momentos antes de ser ejecutada.

Luego, Bunty se levantó de la silla, tapó el café con un plato para evitar que se le escaparan las moscas y abandonó solemnemente la habitación. Volvió al cabo de un rato con un frasco de conservas que contenía una enorme rana

verde.

—Te la puedes quedar, Judy —dijo casi con indiferencia—. A lo mejor te entretiene en el colegio.

El sacrificio no podía ser mayor, porque aquella rana era la preferida de Bunty.

Este gesto estimuló a los demás; todos fueron a buscar algo que ofrecer a Judy para que se acordara de ellos. Meg volvió con un brazalete trenzado, hecho con el pelo de un poni ya muerto. Pip le dio una navaja de bolsillo de tres hojas; Nell, un tiesto de almizcle que llevaba regando y cuidando más de un año, y Baby, una muñeca con la nariz rota, que

era la benjamina de su extensa familia.

—Guárdalo todo en el baúl, Meg, me parece que hay sitio en la parte de arriba —dijo Judy con voz ahogada, profundamente conmovida por todos los regalos recibidos—. Ah, Bunty, ponle una tapadera a la ra... ra... rana, ¿no? Podría perderse la pobre dentro de ese baúl tan grande.

—Vale —dijo Bunty—. ¿Cuidarás de ella, verdad? ¡Oh, Judy, oh!

Después entró Esther, todavía acongojada.

—Ya está el coche —anunció—. ¿Estás preparada, Ju? Sé valiente, pequeña.

Pero la muchacha estaba pálida como una muerta y completamente desmadejada. Consintió que Esther le pusiera el sombrero, el abrigo nuevo y los guantes. Permitted que la besara toda la familia; después, fue arrastrada escaleras abajo por Esther y volvió a ser besada por las niñas y por las dos pacientes muchachas, quienes, a pesar de sus travesuras, guardaban en el corazón un lugar para Judy.

Entre Esther y Pip la subieron al carruaje. Judy se acurrucó en el asiento y miró con ojos tristes al grupo, que permanecía en el porche en medio de la mayor consternación. Cuando salió el

padre abrochándose los botones del abrigo, vio la escena.

—¿Qué tontería es ésta? —preguntó irritado—. ¿Esther, por Dios, tú también vas a hacer el ganso? —los ojos de su mujer brillaban cuajados de lágrimas—. ¡Por mi vida! Cualquiera pensaría que voy a llevar a la niña al patíbulo, o que voy a dejarla en la cárcel.

Un profundo sollozo se escapó de los pálidos labios de Judy.

—Si me dejas quedarme, papá, no volveré a hacer nada que te disguste; y si quieres, puedes pegarme, aunque sea muy fuerte.

Era su última tentativa, su última

esperanza, y, mientras aguardaba la respuesta de su padre, se mordió, hasta hacerlo sangrar, el tembloroso labio.

—Déjala que se quede, anda, deja que se quede. Nos portaremos bien — rogaron todos a coro desde el porche. Y Esther suplicó—: ¡Déjala que se quede, John, por favor! —parecía una niña más.

Pero el capitán subió al coche de un salto y cogió las riendas de manos de Pat.

—¡Creo que estáis todos locos! — gritó—. Va a una residencia francamente buena; he pagado por adelantado un trimestre, y os puedo asegurar que no pienso desperdiciar ese dinero.

Golpeó al caballo con el látigo y el coche cruzó la puerta como una exhalación. El rostro menudo y afligido se perdió de vista.



6 *El encanto de los dieciséis años*

MEG siempre había tenido un cabello muy bonito, pero durante los dos últimos meses se había cortado ella misma el flequillo y había empezado a torturarlo poniéndose bigudíes todas las noches. En un cajón tenía un bote de mermelada lleno de harina de avena, que usaba, mezclada con agua, cada vez que se

lavaba, porque había oído decir que era muy bueno para el cutis. Todos los días, antes de acostarse, se aplicaba vaselina en las manos y se ponía unos viejos guantes de cabritilla para dormir. Y todo el dinero que ahorraba lo empleaba en comprar «Loción la Peca», para quitarse los ligeros polvos, de un tono castaño cálido, que usaba para dar un poco de color a su rostro.

Todas esas cosas eran el resultado de haber cumplido dieciséis años y tener una amiga de diecisiete.

Aldith MacCarthy daba clases de francés con el mismo profesor que Meg dos veces a la semana y, después de un

intercambio de chocolatinas, cintas para el pelo y confidencias sobre las respectivas familias, surgió la amistad entre ellas.

Aldith tenía tres hermanas mayores, a quienes imitaba en todo, y sabía considerablemente más de la vida que la ingenua y romántica Meg.

Le prestó varias novelas y revistas femeninas que la joven acogió con avidez, sorprendida ante el nuevo mundo que se abría ante sus ojos. Hasta ese momento, Charlotte Yonge, Louisa Alcott y la señora Wetherell habían constituido todo su sano y saludable alimento.

Meg empezó a soñar con el momento en que podría recogerse su hermoso y brillante pelo en un «sencillo moño en la nuca» o bien trenzarlo, formando una «regia corona», que era como se peinaban, invariablemente, las heroínas de sus novelas. Su trenza era muy poco romántica. Por eso, como paso intermedio, se cortó el flequillo y empezó a rizarse las puntas. La primera vez que su padre la vio, se quedó mirándola fijamente y comentó que parecía una dependienta, y Esther le dijo que era tonta; pero el espejo y su amiga Aldith la apoyaron.

Después, y siempre en secreto, se

dedicó a alargarse los vestidos, que le llegaban por debajo de la rodilla. En la intimidad de su propio dormitorio, descosió las faldas de dos o tres de sus vestidos, intercaló un trozo de tela de forro para alargarlos y después añadió un adorno en las cinturas de los trajes, para que no se notaran las costuras. De esta manera consiguió que las faldas fueran más largas, con lo que su figura parecía más alta y esbelta, como muy bien sabía.

Hasta aquí nada era perjudicial.

Pero Aldith empezó a sentirse cada vez menos satisfecha de la cintura de su amiga.

—Por lo menos mides veintitrés pulgadas, Marguerite —comentó horrorizada en cierta ocasión.

Nunca la llamaba Meg, porque era «demasiado familiar y muy poco atractivo».

Meg comparó su cintura con la hermosa y esbelta de su amiga y suspiró profundamente.

—¿Cuánto debería medir? — preguntó casi sin atreverse.

Aldith le contestó:

—Dieciocho o diecinueve, como mucho, Marguerite; no se puede tener una figura armoniosa con un contorno de cintura como el tuyo.

Pero Aldith no se había limitado sólo a hacérselo notar, sino que, además, le había dado varios consejos prácticos, diciéndole lo que tenía que hacer. Y todos los días, por la mañana y por la noche, Meg se apretaba despiadadamente las cintas del corsé, encerrando su hermoso cuerpo en un espacio cada vez más reducido. Había conseguido, por fin, tener un contorno de veintiuna pulgadas, lo que significaba una evidente reducción, y había tenido que meter las costuras de todos sus vestidos.

Renunció a los partidos de criquet por las tardes y no volvió a jugar al

rounders^[1], para disgusto de sus hermanos. Nadie, al mirar su cara radiante y sus ojos serenos, podría haber sospechado la tortura que estaba padeciendo bajo el bien ajustado vestido. Hablar deprisa suponía para ella un auténtico sufrimiento; detenerse, una agonía; pero todo lo soportaba con un heroísmo digno de mejor causa.

—¿Cuánto tiempo tengo que seguir así, Aldith? —preguntó una vez débilmente, después de una clase de francés en la que apenas se había podido sentar. Y su amiga le contestó despreocupadamente:

—No puedes dejarlo, por supuesto;

pero te acostumbrarás y dentro de nada ni lo notarás.

Y con esa certeza, Meg siguió su doloroso camino.

Esther, la única persona que podía ejercer su autoridad en aquel asunto, no se había dado cuenta de nada, y, aunque así hubiera sido, no lo habría considerado demasiado grave, porque, a fin de cuentas, sólo hacía cuatro años que había tenido la edad de Meg y tener «una hermosa cintura» había sido su mayor deseo.

Una vez había comentado involuntariamente:

—Qué tipo tan bonito se te está

poniendo, Meg; esta nueva modista cose mejor que la señora Quinn —y la tonta de Meg, contentísima, había redoblado sus esfuerzos.

Judy, con sus ojos de lince, haría mucho tiempo que lo habría averiguado, y se habría reído de ella hasta avergonzarla; pero, por desgracia para la salud de Meg, se cumplía ya el tercer mes de su ausencia.

Aldith vivía sólo a veinte minutos andando de «Desorden», de modo que las dos chicas siempre estaban juntas. Dos veces a la semana bajaban a la ciudad en barco, para aprender a preguntar, en un correcto francés:

«¿Tiene la hija pequeña del panadero el sombrero amarillo, los guantes marrones y la sombrilla de la sobrina del enterrador?». Y dos veces a la semana, después de haber contestado sin venir a cuento: «No, pero el cirujano tenía cerveza, un poco de mostaza y un gong», Aldith conducía a su amiga lentamente arriba y abajo por el Block, un paseo de moda entre la juventud de Sydney.

—Verás cuántos sombreros se levantan a mi paso —comentaba Aldith antes de empezar el paseo.

Y al final, Meg decía vehementemente:

—¡Qué estupendo sería conocer

tantos caballeros como tú!

A veces, uno o dos de esos caballeros se detenían e intercambiaban unas palabras con ellas, momento que Aldith aprovechaba para presentarlos formalmente a Meg. A menudo, sin embargo, a esta última, que era bastante crítica con las tonterías de su amiga, se le antojaba que había un aire arrogante y presuntuoso en los modales de aquellos muchachos. La verdad es que, la mayoría de las veces, era cierto; aquellos hombres, a quienes Aldith conocía de algún baile o de jugar al tenis en su propia casa, pensaban que la jovencita era una niña encantadora que

necesitaría asistir al colegio algunos años más.

Un buen día, Aldith llegó a «Desorden» con aire misterioso.

—Baja al jardín, Marguerite —dijo ignorando a Baby, que había conseguido con muchas dificultades que su hermana mayor le contara su cuento preferido, el de los tres cerditos.

—«Oh, no, por los pelos de mi barba, soplaré y soplaré y volaré el tejado de tu casa» —había dicho Meg sólo dos veces, y lo más interesante estaba por llegar.

Baby miró hacia arriba con cara de pocos amigos.

—Vete, Aldith —dijo.

—Señorita MacCarthy, Baby — sugirió Meg con suavidad, captando la sonrisa desdeñosa de Aldith.

—Aldiff —repitió obstinadamente Baby—. Luego, se ablandó y rodeó cariñosamente el cuello de su hermana con un brazo.

—La llamaré zeñorita MacCarthy zi me terminaz de contar el cuento de loz trez cerditoz.

—Oh, Marguerite, dile que se vaya —insistió Aldith con impaciencia—; necesito contarte un secreto que te va a encantar, y tengo que marcharme enseguida.

Inmediatamente, Meg la miró interesada.

—Vete, Baby —dijo, dándole un beso en la cara enfurruñada—, vete a jugar al arca de Noé con Bunty. Esta noche o mañana por la mañana terminaré de contarte el cuento de los cerditos.

—Pero yo quiero ahora —dijo Baby tercamente.

Meg la empujó con suavidad.

—No, vete, cielo, sé buena. Mañana te contaré también el cuento de Caperucita Roja.

Baby levantó la vista hacia la invitada de su hermana.

—Erez un cerdo antipático, Aldiff

MacCarthy —dijo lenta y enfáticamente—, y no te quiero nada, y ninguno de nozotroz te quiere, zólo Meg, y Pip dice que eres la niña más tonta que conoce, y me guztaría que viniera un enorme gigante y zoplando, zoplando, te llevara volando al centro del mar.

Aldith se echó a reír, con una risa insoportable y propia de un adulto que fue la puntilla en el enfado de Baby. Extendió su manita hacia el brazo cubierto de muselina de la invitada y le propinó un retorcido y científico pellizco que Pip le había enseñado. Después, salió corriendo alocadamente por los extensos potreros para

escondese entre los arbustos.

—Insufrible —murmuró irritada Aldith, y fueron necesarias todas las disculpas y súplicas de Meg para que volviera a mostrarse amistosa y dispuesta a comunicarle «el secreto que le iba a encantar». Finalmente, a pesar de todo, se lo confió en medio de grandes aspavientos. La hermana mayor de Aldith se había comprometido. ¡Iba a casarse! Oh, ¿no era estupendo, no era romántico? ¡Con el caballero del enorme bigote rubio que tanto había ido por su casa últimamente!

—Estaba segura de que terminaría así. Hace mucho tiempo que lo veía

venir. No estoy ciega —dijo Aldith—. Reconozco el verdadero amor en cuanto lo veo. Aunque, la verdad, es que a mí, personalmente, me gustaría más un bigote negro. ¿A ti no, Marguerite?

—Sííí —contestó Meg. Lo cierto es que todavía no tenía una opinión muy clara sobre el tema.

—Negro como el azabache, con las puntas engominadas, muy tiesas —continuó Aldith pensativamente—, y un carruaje militar, y látigos negros muy largos.

—A mí también me gustaría —suspiró Meg momentáneamente ilusionada—. Como Guy de Loraine en

«La ambición de Angelina».

Aldith abrazó más estrechamente a su amiga.

—¿No sería maravilloso, Marguerite, comprometerse? —dijo en un arrebató de ensueño—. Tener un apuesto caballero de orgullosos ojos oscuros muriéndose de amor por ti, de rodillas a tus pies, haciéndote regalos, llevándote a pasear. ¡Oh, Marguerite, imagínatelo!

Los ojos de Meg parecían pensativos.

—Pero aún no tenemos edad —dijo suspirando.

Aldith sacudió la cabeza.

—Eso son tonterías. Fíjate en Clara Allison, sólo tiene diecisiete años, y mira tu propia madrastra. Hoy en día muchas chicas se casan a los dieciséis años, Marguerite, y un hombre se le declaró a mi hermana Beatrice cuando sólo tenía quince.

Meg parecía impresionada y ensimismada.

Después, Aldith se levantó para marcharse.

—Procura llegar a tiempo para coger el barco mañana —dijo mientras se dirigía hacia la puerta—; y, Marguerite, asegúrate de estar muy guapa. Ponte el vestido de flores azul y

pídele a la señora Woolcot que te preste un par de guantes; los tuyos grises están ya un poco viejos, ¿no, querida?

—Mmm —dijo Meg poniéndose colorada.

—James Graham siempre vuelve en el barco y también los dos Courtney. Andrew Courtney le dijo a Beatrice que le parecías una chica preciosa; dice que suele fijarse en ti porque te ruborizas.

—No lo puedo evitar —dijo la desventurada Meg—. Aldith, ¿qué cinta le iría bien a mi sombrero? Estoy pensando en volver a adornarlo.

—Oh, puedes ponerle varios lazos, muy almidonados, a un lado —dijo la

voz de la experiencia—. Me alegro de que lo arregles, querida; estaba ya un poco visto, ¿no?

Meg volvió a ponerse colorada.

—¿Has hecho los ejercicios de francés? —preguntó mientras empujaba la puerta para abrirla.

—Más o menos —contestó despreocupadamente Aldith. Y levantó la barbilla con un gesto de desdén—. Esas desaliñadas Smith siempre se las arreglan para no cometer errores; y lo mismo le pasa a Janet Green, cuyos sombreros son de hace, por lo menos, cuatro temporadas. Prefiero equivocarme de vez en cuando, sólo

para demostrar que no necesito esforzarme y tener un profesor detrás de mí...

Y en ese preciso instante tropezó y, de una manera muy poco digna, se cayó al suelo todo lo larga que era, poniéndose perdida de barro.

Fue un trozo de cuerda y la venganza de Baby.

7 *¡Qué maravilloso sería enamorarse!*

MEG parecía enferma, no cabía la menor duda. Su hermoso cutis sonrosado perdía poco a poco la lozanía, y una ligera expresión de enojo se había instalado alrededor de una boca que meses antes parecía hecha sólo para sonreír. Y, algo muy poco romántico, su nariz tomaba algunas veces un aspecto

demasiado sonrosado. Ya puede tener una heroína los ojos más grandes y profundos imaginables bordeados por las pestañas más largas y espesas, ya puede tener el pelo dorado como la mies, ya puede tener los labios como fresas y los dientes como perlas, que todos estos encantos pasarán desapercibidos si tiene la nariz colorada. Tan desastroso es su efecto. Para Meg suponía un verdadero tormento. Para encontrar la solución a su problema leía cuidadosamente todas las respuestas de los consultorios de las revistas que Aldith le prestaba, pero casi todo el mundo parecía pedir

remedio para favorecer el crecimiento de las pestañas o prevenir la obesidad. Ninguna de las que encontraba decía: «Cuando una chica tiene la nariz colorada, la culpa, generalmente, es de una indigestión o de que lleva el corsé demasiado apretado». Le pidió a Aldith que le sugiriera algo, y a la joven se le ocurrió que una mezcla de vaselina y azufre profusamente aplicada por toda la zona afectada podría surtir el efecto deseado. Así que, todas las noches, Meg fijaba bien la puerta de su dormitorio con una cuña de madera, porque las llaves eran un lujo desconocido en «Desorden», y se untaba la nariz

cuidadosamente con la grasienta mezcla. Luego, dormía boca arriba durante toda la noche para evitar que se le quitara con el roce de la almohada.

Pip había intentado entrar una vez para pedirle que le diera unas cuantas puntadas en los tirantes que se le habían descosido, y Meg había tenido que taparse la cara con una toalla pretextando que tenía un horrible dolor de cabeza. Después le había sugerido que fuera a decírselo a Esther o alguna de las muchachas. Si Pip hubiera sabido la causa, las tomaduras de pelo no habrían tenido fin.

Por aquella época, Meg se pasaba la

mayor parte del tiempo en su habitación, de la que podía disponer para ella sola mientras Judy estuviera fuera. En la intimidad se dedicaba a modificar una y otra vez sus sombreros, a reformar sus vestidos, a leer novelas y a sentarse delante del espejo con el cabello suelto, soñando con ser mayor para enamorarse. Por aquel entonces, tanto a Aldith como a ella aquel estado de vida les parecía el único hermoso y deseable. Meg solía acurrucarse en un enorme sillón que habían llevado a su habitación porque tenía los muelles rotos e imaginarse historias de amor, bellas e imposibles. Se inventaba un novio «de larguísimas

pestañas oscuras y muy marcial». Es verdad que era censurable tener tales pensamientos a los dieciséis años, pero Meg no tenía una madre que pusiera freno a su desbordante imaginación y, además, era hija del sur.

Las chicas australianas casi siempre empiezan a pensar en «novios y tonterías de ésas», como dice la gente, bastante antes que sus hermanas inglesas de la misma edad. Todavía están en edad de vestir de corto y llevar el pelo suelto cuando empiezan a manifestar un vivo interés por los chicos —muchachos de los colegios vecinos, hermanos de sus amigas, jóvenes empleados de banca o

similares—, pero no porque consideren que podrían ser buenos camaradas, sino porque a sus ojos aparecen como posibles «novios». Yo no digo que las chicas inglesas estén libres de este defecto. En absoluto; en todos los colegios se pueden encontrar una o dos criaturas así, que se ríen por todo, y que lo que necesitan son unos buenos azotes y que se las mande a jugar otra vez al cricquet o a las muñecas. Pero en esta tierra se da la regla con más frecuencia que la excepción, y en esto reside el principal defecto de la joven australiana. Es como un melocotón, un hermoso, jugoso y suave melocotón, que

llega a la madurez casi en un día y que se apresura a desprenderse del delicado vello que constituye su principal encanto, para mostrar con mayor claridad su luminoso y cálido color. Aldith, para su infinita satisfacción, ya se había desprendido de su propio «vello», y estaba muy ocupada intentando hacer desaparecer el de Meg, que era suavísimo y encantador antes de que Aldith interviniera. Las novelas se habían llevado un poco y el Block un poco más, pero Meg era naturalmente ingenua y se necesitaba algún tiempo para conseguirlo. Precisamente en aquellos momentos, y bajo la tutela de

su amiga, se estaba introduciendo en los deliciosos misterios del amor, misterios que llenaban casi por completo su joven y desorientada vida. Y todo terminó con una aventura que, todavía años después, enrojecía las mejillas de Meg con sólo recordarla.

Como ya he comentado, después de la lección de francés las dos amigas volvían juntas en el barco de las cinco. En ese mismo barco viajaban siempre dos chicos, los Courtney, y un tercer muchacho, James Graham, propiedad privada de Aldith. Los jóvenes se habían conocido en excursiones y en la vecindad, pero los encuentros, en vez de

madurar en una franca y agradable relación amistosa, habían seguido el rumbo del estúpido juego de los amoríos. James Graham trabajaba en el despacho de un abogado. Era un joven aprendiz de diecisiete años con una excesiva prisa por convertirse en algo estupendo: un hombre. Llevaba bastón y cuidaba con todo detalle sus sombreros, corbatas y botines, que habitualmente eran marrones, y tenía la mínima expresión de bigote posible, que se acariciaba constantemente, y que Aldith, en privado, consideraba adorable. Los modales descarados de Aldith le agradaban sumamente y en muy poco

tiempo habían llegado a la etapa de pasarse notitas y suspirar románticamente. No es que las notas contuvieran nada malo. La verdad es que generalmente tenían un carácter bastante formal.

«Mi querida señorita MacCarthy —diría una—, ¿por qué no vino usted ayer en el barco? Estuve buscándola hasta que me convencí de que era inútil seguir haciéndolo. Luego, el viaje ya no tuvo interés para mí. Qué bien le sientan ese sombrero y los junquillos que

lleva en el cuello. ¿Puedo pedirle una de las flores? Sólo una, por favor, Aldith.

Su devoto amigo,

JAMES GRAHAM».

Y la contestación de Aldith, escrita en una hoja del cuaderno de clase con un lápiz rosa que llevaba siempre en el bolso, diría algo así como:

«Querido señor Graham:

¿Para qué puede querer usted las flores de mi cuello? Llevan ahí todo el día y están mustias y

marchitas. No puedo imaginar para qué le servirían. Pero, por supuesto, si de verdad las quiere, se las daré. Me alegro de que le guste el sombrero. De ahora en adelante siempre me gustará. ¿De verdad me echó de menos ayer? Tuve que ir a hacerme una fotografía. Marguerite dice que está muy bien, pero yo creo que he salido demasiado favorecida.

Sinceramente suya,

L. ALDITH EVELYN
MACCARTHY».

James era muy amigo de uno de los ya mencionados Courtney, llamado Andrew. Éste era un apuesto muchacho de dieciocho años que todavía iba al colegio, pero poseía unos modales fascinantes y un par de ojos realmente bonitos.

Como quiera que su amigo y compañero Jim había decidido «pasar el rato» con «la MacCarthy», se negó a quedarse al margen y empezó a prestarle a Meg una atención exagerada. La muchacha enrojecía hasta la punta del flequillo cada vez que el joven se dirigía a ella, y parecía sentirse dolorosamente culpable si le decía algo

elogioso.

El otro muchacho, Alan Courtney, era altísimo y ancho de espaldas, y no muy bien parecido. Tenía en la cara una expresión franca y enérgica, los ojos grises profundamente hundidos y el pelo castaño siempre dispuesto a irse por donde no debía. Estudiaba en la universidad y era un magnífico jugador de fútbol, y nunca se divertía en el largo viaje de regreso a casa de la misma manera que lo hacían Andrew y su amigo.

Normalmente, cada vez que pasaba junto al pequeño grupo solía saludar con una desdeñosa inclinación de cabeza,

quitándose el sombrero lo imprescindible para no quedar como un mal educado, y luego se dirigía hacia el extremo opuesto del barco. En cierta ocasión, al pasar junto a ellos, Aldith parpadeó intencionadamente, y Meg creyó oírle musitar entre dientes: «¡Qué tontos!». Solía fumar un cigarro al empezar el viaje y una pipa negra, pequeña y espantosa, al final. Meg, suspirando profundamente, pensaba en secreto que era muy varonil.

Y esto es lo que había conseguido la pobre criatura después de unos cuantos meses bajo la influencia de Aldith y la lectura de ciertas novelas. Se había

enamorado como casi sólo es posible hacerlo a los dieciséis años. Y se había enamorado de Alan, que no era guapo ni tenía modales cautivadores, no de Andrew que tenía ojos chispeantes y rizos que hacían que su frente pareciera «el sol naciente»; no, no se había enamorado de Andrew, que le dirigía tiernas miradas y palabras encendidas que decían: «Mi corazón es tuyo», sino de Alan, que apenas se fijaba en ella, salvo para saludarla con alguna ocasional y desdeñosa inclinación de cabeza.

¡Pobre Meg! En aquellos días se sentía muy desdichada, aunque era la

suya una desgracia a la que se aferraba para mantenerla viva. Nadie conocía su secreto. Habría muerto antes de permitir que nadie, ni siquiera Aldith, llegara a sospecharlo, y aceptaba las notas y sonrisas de Andrew como si fueran lo que más deseaba en el mundo. Pero cada día estaba un poquitín más delgada y ojerosa, y solía escribir en su diario abundantes notas todas las noches y componer una cantidad asombrosa de poemas francamente malos, cuyos versos casi siempre terminaban en palabras del tipo de «partir» y «morir», «dolor» y «amor» o «ladrón» y «corazón». Meg soportaba a Andrew

por varias razones. Por un lado, era hermano de Alan y se pasaba la vida contando cosas del «viejo Al» y comentando sus proezas en el campo de fútbol. Por otro, si le daba la espalda, Aldith podría descubrir su secreto. Además, Andrew tenía las pestañas más largas que había visto nunca, y Meg necesitaba tener a alguien que le dijera cosas bonitas, incluso aunque no fuera la persona que a ella le habría gustado que se las dijera.

Un buen día, las cosas hicieron crisis.

—Durante un mes, ya no habrá viajes en el viejo barco —comunicó

Aldith a sus amigos en un rincón del camarote.

—¡Es horrible! ¿Qué quiere usted decir, señorita MacCarthy? —preguntó James Graham exagerando el tono de desesperación de su voz.

—El profesor nos ha dado un mes de vacaciones. Se va a Melbourne —contestó Aldith con un suspiro.

Meg la imitó como es debido y Andrew comentó furioso que lo menos que se merecía aquel profesor es que le colgaran. Debería saber lo que significaba una conducta tan inhumana. ¿Cómo iban a sobrevivir mientras tanto él y su amigo?

Fue James quien pensó rápidamente en «una salida».

—¿Por qué no salimos alguna tarde a dar un paseo por ahí? Pero sólo nosotros cuatro —insinuó.

Aldith y Andrew consideraron que era una idea genial; y aunque Meg se había negado al principio diciendo que no con la cabeza, al final la convencieron entre todos y prometió fielmente que iría.

Se reunirían en un bosquecillo contiguo al potrero grande que pertenecía a «Desorden», darían un paseo de aproximadamente una hora y volverían a casa hacia las siete y media,

antes de que oscureciera.

—Ese día voy a pedirle algo muy especial, Meg —musitó Andrew a su oído en el momento de la despedida—. No sé si lo conseguiré.

Como era habitual en ella, Meg se puso colorada y se preguntó por un momento si iría a pedirle un mechón de pelo, algo que Jim ya había obtenido de Aldith.

—¿Qué? —preguntó de mala gana.

—Un beso —susurró Andrew.

En ese preciso instante se reunieron con ellos los demás, y Meg no tuvo tiempo de expresar la indignada respuesta que temblaba en sus labios.

Incluso tuvo que estrecharle la mano, fingir que no había pasado nada y despedirse de él como si fueran buenos amigos.

—A las seis y media en punto, Marguerite. Si no vienes, no te lo perdonaré nunca —dijo Aldith al despedirse junto a la verja.

—Yo..., tú... Oh, Aldith, no sé cómo me las voy a arreglar para ir —titubeó Meg con las mejillas encendidas una vez más—. Nunca he hecho una cosa así. Estoy segura de que no está bien.

La mueca de desprecio que vio en los labios de Aldith hizo que se avergonzara de sí misma.

—Sólo tienes doce años, Marguerite —dijo la jovencita con calma—. Ni uno más. Lo mejor que podrías hacer es volver a jugar a las muñecas y a leer cuentos con moraleja. Le voy a decir a Andrew que te regale uno y un trozo de cuerda para atarte a la sillita del cuarto de los niños.

Tanto sarcasmo fue demasiado para la pobre Meg. Prometió atropellada e incondicionalmente que acudiría al lugar de la cita a la hora convenida y echó a correr por el camino, obedeciendo a la llamada de la campana, que anunciaba frenéticamente la hora del té.

Pero durante los dos días siguientes

el secreto le pesó como el plomo. Deseaba fervientemente tener un confidente que pudiera aconsejarle qué hacer en una situación tan delicada. Judy, imposible: era demasiado franca, demasiado sensata, demasiado entera. Jamás se atrevería a contarle una cosa así. Meg podía adivinar el desdén en los enormes ojos de su hermana, la risa que le daría una historia como ésta, la mordaz e inteligente burla que caería sobre sus abatidos hombros. Esther, tampoco: su propio papel de madrastra descartaba cualquier posibilidad en este sentido. Además, la salud de General estaba un tanto quebrantada porque le

estaban saliendo en las encías unos diminutos puntitos blancos y duros, lo que le causaba a su madre demasiada ansiedad para permitirle darse cuenta de la preocupación de Meg.

Para cuando llegó la tarde convenida, Meg había caído en un fuerte estado de excitación.

La cita era a las seis y media, y, como muy bien sabía, a esa hora todavía hay bastante luz. No se atrevía, no podía ir. Y si su padre, o Esther, o cualquiera de sus burlones hermanos anduvieran por allí y presenciaran el encuentro, o cualquier vecino, ¡se moriría de vergüenza! Pero tenía que ir, o Aldith no

volvería a mirarla a la cara. Por otro lado, estaba firmemente decidida a decirle a Andrew que no estaba dispuesta a consentir que le hablara como hasta ahora. Después de aquel último y horrible secreto que le confesó al oído, creía necesario hacerle saber con toda claridad que no aprobaba su conducta, que sería «su amiga», pero nada más.

—¿Por qué no se les habrá ocurrido quedar a otra hora en la que haya menos luz? —se preguntaba a sí misma una y otra vez: así no habría peligro de que nadie los viera; podía escaparse de casa sin dificultad y atravesar los potreros

amparada por el benévolo crepúsculo. Por el contrario, si había luz y trataba de salir a hurtadillas, por lo menos dos o tres de sus hermanos saldrían corriendo tras ella, ofreciéndose generosamente a «acompañarla».

Finalmente, demasiado asustada para salir cuando todavía había luz y no queriendo que Aldith le reprochara no haber ido, excitada como estaba, hizo algo tan discutible que durante mucho tiempo no pudo pensar en ello sin horrorizarse.

«Querido señor Courtney —
garabateó apresuradamente con

un lápiz sentada delante del tocador—: Sería desastroso salir a pasear tan temprano. Vayamos más tarde, cuando esté completamente a oscuras. Siempre será más bonito, y no podrá vernos nadie. Reunámonos al final de los potreros, donde los matorrales son más espesos. Será más íntimo. Voy a escribir a Aldith para pedirle que vaya más tarde; ella se lo dirá al señor Graham.

Sinceramente suya,

M. WOOLCOT

P. D. Tengo que pedirle, por favor, que no me bese. Me enfadaré de verdad si lo hace. No me gusta nada que me besen».

Escribió el último párrafo nerviosa y apresuradamente porque tenía un miedo espantoso a que Andrew cumpliera su promesa si ella no se lo prohibía nada más reunirse. Después metió la nota en un sobre y lo dirigió a «Sr. D. A. Andrew», sin ocurrírsele ni por un momento que era bastante extraño y poco convencional que una jovencita

propusiera que la cita tuviera lugar en la oscuridad.

Luego, le escribió a Aldith unas cuantas líneas explicándole la situación y pidiéndole que fuera al potrero a las ocho y media. Ella se escaparía de casa cuando los niños fueran a acostarse para que no se dieran cuenta.

Después salió al jardín para buscar mensajeros para las dos notas. La pequeña Flossie Courtney había pasado la tarde con Nell. Cuando ya se iba a casa, Meg la llamó desde la verja y, sin que nadie la viera, le confió la nota.

—Dásela a tu hermano Andrew en cuanto vuelva de la escuela —le dijo en

voz baja, metiéndole al mismo tiempo un enorme pedazo de chocolate en la boca. El otro sobornado con la misma dulce recompensa si llevaba el mensaje a casa de Aldith fue Bunty. Y Meg volvió a respirar libremente, pensando que había conjurado el amenazador peligro que suponía la cita de aquella tarde.

¡Pero, seguramente, las notas estaban predestinadas! Bunty entregó la suya sin problema a la muchacha de los MacCarthy, y contestó a la pregunta de la chica con un:

—Supongo que sí; las chicas siempre esperan respuesta, aunque sea una tontería.

Aldith, que estaba recluida en su habitación con un repentino y severo constipado, redactó unas cuantas líneas para su amiga, diciéndole que estaba demasiado enferma para que la dejaran salir y que ya había escrito al señor Graham, y también el señor Courtney, aplazando el paseo para una semana después.

Luego, la nota, metida en un sobre triangular de color rosa pálido, pasó al bolsillo de Bunty entre canicas, cacahuetes y cuerdas. Y, como era de esperar, el pequeño se encontró con otros espíritus selectos en el viaje de vuelta, y no tardó nada en arrodillarse

junto al camino dispuesto a jugar a las canicas.

Perdió diez, sin contar la mejor de todas, se peleó con un chico que se había adueñado ilícitamente de su más preciada «bola» y, con el ánimo abatido, volvió a casa una hora después. En el preciso momento en que cruzó la verja, se dio cuenta de que había perdido la primorosa nota de Aldith.

Ahora bien, Meg le había prometido ocho nueces de chocolate a su regreso, y si el muchacho tenía una debilidad más acusada que otras era precisamente una exagerada afición a esta clase de dulces. Y llevaba varias semanas sin probarlos,

así que no era de extrañar que estuviera a punto de partírsele el corazón al pensar que se los iba a confiscar.



—Sé que será lo suficientemente tacaña como para decir que no me los he ganado, sólo porque se me ha perdido la estúpida carta de esa niña —se dijo a sí mismo apesadumbrado—, y seguro que no ponía nada más que: «Querida Marguerite, contémonos siempre nuestros secretos». Ya se lo he oído decir dos veces y supongo que también lo dirá por carta.

En ese preciso instante, la tentación se abatió sobre él súbita y rápidamente.

Bunty era, por naturaleza, el más redomado cuentista jamás nacido. Sólo la valiente franqueza y la virulenta ironía de Judy conseguían que se

mantuviera moderadamente veraz. Pero Judy estaba muy lejos, y era imposible que le sacara los colores dirigiéndole una de sus habituales miradas de desprecio. Bunty se detuvo junto a la puerta del cuarto de los niños y asió indeciso el picaporte.

—Cuánto has tardado —le dijo Meg, que estaba sentada delante de la mesa cosiendo uno de sus guantes—. Bueno, ¿qué te ha dicho?

—Dijo: «Muy bien» —contestó Bunty bruscamente.

Meg fue contando una por una las ocho chocolatinas, mientras las iba depositando en la sucia mano del

pequeño. Después, reanudó su labor con un suspiro de alivio. Bunty, con una mirada de desafío y vergüenza, se las metió todas a la vez en la boca sin pensarlo dos veces, por si Meg cambiaba de opinión.

La otra nota no tuvo mejor suerte. Flossie se marchó a casa, con el pensamiento puesto en una capota que Nell había prometido hacerle para su muñeca nueva.

—Vegde con gayas gosas —iba diciendo en voz baja mientras subía las escaleras que llevaban a la puerta de su casa. Alan estaba tumbado en el sofá del porche fumando su pipa negra.

—¿Vegde, qué? —se echó a reír—.

¿Conejillos de Indias o canguros?

—La capota de Clagice Maud — contestó la pequeña, y se enzarzó con su hermano en una profunda discusión sobre el color que él consideraba más adecuado para una capota de invierno para la muñeca de cera.

Luego, se dio la vuelta para entrar en casa.

—¿Qué es eso que te asoma por el bolsillo de atrás, Flossie? —le preguntó Alan cuando pasó a su lado.

La pequeña se detuvo un instante y palpó el sobre.

—Oh, casi no me acogdaba, y

pgometí que... Es una cagta paga ti,
Alan —dijo, dejando la epístola de la
pobre Meg en las mismas manos del
filisteo.

8 *Un tirachinas y una catástrofe*

LA oscuridad había caído delicada y suavemente sobre el jardín, los potreros y el río. En la orilla soplaba una ligera brisa, pero parecía demasiado cansada después del largo y caluroso día para hacer olas. Lenta, muy lentamente, el gris se fue haciendo más profundo, más intenso, y una o dos estrellas blancas

parpadearon allá en lo alto, en el lejano firmamento. Por detrás de las hebeas, al otro lado del río, se veía una luna aún más blanca, a la que una franja del agua había empezado a sonreír. Meg contaba con que no sobrepasara las copas de los árboles antes de las ocho o, de lo contrario, su luz inundaría los extensos potreros y la podrían ver. A la hora del té y durante la primera parte del atardecer se mostró preocupada e inquieta, reprendiendo a Bunty dos veces con bastante severidad.

El pequeño llevaba merodeando a su alrededor desde las seis de una manera casi digna de compasión.

Era característico en él, siempre que se había visto tentado a desviarse de la senda de la verdad, sentirse desgraciadísimo hasta que lo confesaba todo, frotándose los ojos con las manos sucias hasta que tenía un aspecto tan lastimoso que asustaba.

Pip decía que era un cobarde y no tenía valor moral para irse a dormir con una mentira en el alma por miedo a despertarse en medio de la noche y ver junto a su cama un ángel con una espada de fuego. Y tengo que reconocer con pena que esta hipótesis parece más plausible que la de que el pequeño estuviera realmente impresionado por la

perversidad de su ofensa y deseoso de enmienda. Porque, al día siguiente, sin ir más lejos, si se le presentaba una ocasión suficientemente tentadora, volvía a caer, y al llegar la noche treparía por encima de cualquiera, para confesar entre sollozos y restregándose los ojos que había «di... di... dicho una me... me... mentira, ¡buah, buah!».

Aquella tarde, hacia las siete, empezó a sentirse triste y arrepentido. Varios lagrimones le corrieron por las mejillas, mezclándose con la tinta de un mapa que estaba haciendo para la señora Marsh. Se recostó en el brazo de Meg y se la quedó mirando fijamente a

la cara con una expresión de «quíereme y perdóname» que, además de sacar de quicio a la joven, presagiaba lo peor. Por lo que había empezado a sospechar por la extraña conducta de su hermano, Bunty conocía el contenido de la nota e intentaba desanimarla para que no llevara a cabo la empresa. Cuanto más la miraba, más colorada se ponía y más incómoda se sentía.

—Te puedes quedar con mi tirachinas nuevo —susurró, y le dirigió una mirada suplicante y llorosa, que Meg interpretó como un ruego para que se quedara en casa.

Por fin, las agujas del reloj llegaron

a las ocho. Los niños estaban enzarzados en una tremenda discusión por la posesión de un perrito extraviado que había aparecido en «Desorden» aquella misma tarde. Meg salió de la habitación sin que la vieran. En el vestíbulo no había nadie. Cogió un favorecedor chal que había escondido previamente, se cubrió la cabeza con él, salió sin hacer ruido por la puerta lateral y se encaminó hacia el sendero.

Abajo, en el jardín, el suelo estaba completamente blanco, cubierto de pétalos de rosa que llenaban el aire con su perfume; un grupo de cortaderas crecían altas y flexibles; varios árboles,

a los que se había permitido vivir entre los matorrales cultivados, levantaban sus brazos plateados hacia la luna y daban a la pequeña figura que corría entre ellos un aspecto fantasmal. Cruzó la verja y se adentró en el primer potrero, hasta donde no llegaba ya la fragancia de las rosas y sólo el acre olor de las zarzas flotaba en el aire sosegado. Más hebeas, más brazos plateados y fantasmales; luego, un brusco movimiento cerca del seto, un murmullo sepulcral y un ahogado grito de Meg.

—Aquí está el ti... ti... ti... tirachinas, Me... Me... Meg; to... tómalo —dijo Bunty con cara pálida y

expresión contrita.

—¡Eres tonto! ¿A qué has venido?

—dijo Meg, irritada, una vez que el corazón volvió a latirle otra vez.

—Sólo quería complacerte, Me... Me... Meggie —dijo el chiquillo con un amargo sollozo.

Bunty había rodeado su cintura con los dos brazos, escondiendo la nariz en el blanco vestido de muselina. Meg lo separó con brusquedad.

—Muy bien. Bueno..., gracias —dijo—. Ahora vete a casa, Bunty; quiero dar un paseo bajo la luz de la luna yo sola.

El chiquillo se apretó los ojos con

los puños con todas sus fuerzas, abrió la boca e hizo un enorme puchero.

—Te... te... te... di... di... dije una me... me... mentira muy gra... gra... grande —sollozó balanceándose sin levantar los pies del suelo.

—¿Una mentira? ¡Bueno, vale! Ahora vete a casa —contestó Meg con impaciencia—. Siempre estás diciendo mentiras, Bunty, ya lo sabes; no me sorprende nada. Venga, vete.

—Pe... pe... pero te... te... te... te... te... tengo que co... co... contar to... todo —dijo mientras seguía hundiéndose afanosamente los ojos en la cara.

—No, no hace falta; por esta vez, te perdonaré —respondió magnánima—, pero no lo vuelvas a hacer. Ahora, vete inmediatamente, o no te dará tiempo a terminar el mapa y la señora Marsh te castigará.

Sus ojos volvieron a su posición normal y también sus manos. Luego salió disparado hacia la casa con el corazón ligero como una pluma. No había dado más que unos cuantos pasos, cuando se volvió.

—¿De verdad qui... quieres el ti... ti... tirachinas, Meg? —preguntó amablemente—. Tú eres una chica, no creo que te vaya a servir para nada, ¿no?

—No, no lo quiero. Venga, tómallo y vete corriendo; acuérdate del mapa — Meg se dio la vuelta exasperada ante la lentitud del chiquillo.

Y entonces Bunty, completamente feliz otra vez, salió corriendo alegremente hacia la casa.

Meg descorrió el cerrojo, volvió a dejarlo como estaba con manos temblorosas y atravesó los dos potreros contiguos a toda velocidad.

Cuando llegó al monte, reinaba un silencio sepulcral; no se oía ni un rumor de hojas, ni una voz, ni la risita afectada que solía anunciar que Aldith estaba cerca.

Meg se detuvo sin aliento y escudriñó entre los arbustos. Apoyada en el seto, había una elevada figura.

—Andrew —llamó débilmente, sin acordarse, de lo nerviosa que estaba, de que nunca le llamaba por su nombre—. ¿Dónde están los demás? ¿No ha venido Aldith?

Olía a tabaco y, mirando atentamente, vio horrorizada que se trataba de Alan.

—¡Oh! —exclamó con un tono indescriptible.

Tan avergonzada y asustada estaba, que el corazón primero le dio un vuelco y luego pareció parársele del todo.

Meg levantó la vista hacia él como si quisiera suplicarle que no se formara una opinión demasiado mala de ella; pero la cara del muchacho mostraba la desdeñosa mirada que Meg había temido encontrar y en su boca se dibujaba una mueca de desprecio.

—Sólo he salido a dar un paseo. ¡Hace una noche tan buena! —dijo sin demasiada convicción; luego, intentando justificarse, añadió—: Además, es el potrero de mi padre.

Alan volvió a recostarse en el seto e inclinó la cabeza para mirarla.

—Flossie me dio su nota y, como parecía dirigida a mí y me dijo que así

era, la abrí —dijo.

—Usted sabía que era para Andrew —le reprochó sin atreverse a mirarle.

—Eso me imaginé una vez que la leí —replicó con tranquilidad—; pero como Andrew no había vuelto todavía, he venido yo en su lugar. Mientras sea un chico, da lo mismo, ¿no?

La muchacha no contestó, limitándose a levantar una mano para ceñirse el chal que le cubría la cabeza.

La mueca de los labios de Alan se hizo más patente.

—Y yo también sé besar, se lo aseguro. Se me da bastante bien, aunque usted no se lo crea. Sí, ya sé que decía

que no quería que la besaran; pero eso es algo que siempre dicen las chicas, aunque lo estén deseando.

Meg seguía sin decir nada, y la voz continuó lenta y despiadadamente:

—Me temo que todavía no está suficientemente oscuro para usted, ¿no? La luna estorba mucho, ¿no le parece? Pero quizá podamos encontrar por ahí un lugar más oscuro donde pueda besarla sin peligro. ¿Qué le pasa? ¿Es siempre tan callada con Andrew como conmigo?

—¡Oh, no! —contestó Meg con voz sofocada.

El tono burlón e irónico murió de pronto en la voz de Alan.

—Usted parecía una chica estupenda, Meg —dijo con suavidad—; ¿cómo ha permitido que esa tonta de Aldith MacCarthy la haya estropeado? Porque es tonta, aunque quizá usted no esté de acuerdo.

Meg no dijo nada, no se movió. Alan continuó hablando con una seriedad de la que Meg no le había creído capaz.

—La he visto en el barco trabajando sistemáticamente para estropearla, Meg, y creo que es una verdadera lástima. Pensaba en lo que yo sentiría si mi hermana pequeña, Flossie, tropezara alguna vez con una chica así y empezara a coquetear y a presumir, y me

preguntaba si a usted le molestaría que se lo dijera. ¿Está muy enfadada conmigo, Meg?

Meg apoyó la cabeza en el áspero seto y empezó a sollozar. Eran unos sollozos breves, entrecortados, que iban directamente al cálido corazón del muchacho.

—No debería haberle hablado como lo he hecho. He sido un verdadero bruto —dijo con remordimiento—; por favor, perdóneme, Meg... Preferiría cortarme una mano antes que hacerle daño.

Las últimas palabras de Alan llevaron un poco de consuelo al atribulado corazón de Meg, que levantó

la cara, blanca y patética bajo la luna. Las lágrimas habían dejado huellas en su rostro.

—No soy tan horrible como usted piensa —dijo angustiada—; yo no quería venir... y de verdad, de verdad, de verdad, que no permitiría que nadie me besara. ¡Por favor, créame!

—La creo, claro que la creo —dijo vehementemente—; sólo se lo he dicho porque..., bueno, porque soy un bruto y no sé tratar a una chica delicada y sensible como usted. Querida Meg, deme la mano y dígame que perdona mi falta de tacto.

Meg alargó su blanca mano y Alan la

estrechó cálidamente. Luego, atravesaron juntos los potreros y se separaron junto a la puerta que daba entrada al jardín.

—Jamás volveré a coquetear mientras viva —prometió Meg formalmente, y se despidió de él agitando la mano.

Alan contestó dándole ánimos:

—No, estoy completamente seguro de que no lo hará... Eso déjelo para chicas como Aldith. Usted sólo quería ser sincera. Adiós, Meg.

9 *Consecuencias*

SIN embargo, los problemas de Meg no habían terminado todavía. Cuando entró en casa, se encontró a Nell en el vestíbulo, quien se quedó mirándola fijamente.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con sus redondos ojos muy abiertos—. Te he estado buscando por todas partes.

—¿Para qué? —dijo Meg con sequedad.

—En el salón están el doctor Gorminston, la señora Gorminston y sus dos hijas, y, por lo que parece, no tienen intenciones de marcharse nunca.

—¿Y? —dijo Meg.

—General se ha vuelto a poner malo, y Esther dice que no bajará ni por todo el oro del mundo.

—¿Y? —volvió a preguntar Meg.

—Papá no puede estar ya más apurado. Está haciendo todo lo posible para entretenerlos. Les ha cantado «My sweetheart when a boy» y «Mona» y les ha contado cosas de sus caballos, pero me parece que ya no se le ocurre nada más.

—Bueno, yo no puedo hacer nada — dijo Meg aburrida, como si el asunto no le interesara lo más mínimo.

—¡Pues tendrás que intentarlo! — dijo Nell con severidad—. Yo he hecho lo que he podido. Papá salió a buscarnos a las niñas, pero, como tú no aparecías por ningún sitio, fuimos sólo Baby y yo.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Meg con curiosidad muy a su pesar.

—Baby se puso a hablar con la señora Gorminston y a mí me pidieron que tocara algo —explicó Nell—, y toqué «Keel Row». Pero hasta el final no me di cuenta de que el piano estaba

desafinado —añadió apesadumbrada—. Y luego Baby le contó a la señora Gorminston que Judy había dejado a General en Barracks, y que la habían mandado interna, y que Bunty le había dado una rana. Después, papá dijo que sería mejor que nos fuéramos a acostar, y preguntó por qué no habías ido tú.

—Iré, iré —dijo Meg apresuradamente—. Si no, mañana estará de un humor de perros. Ah, y, Nell, ve y dile a Martha que dentro de media hora traiga un poco de vino y unas pastas.

Se quitó el chal, se alisó el alborotado cabello y se miró a

hurtadillas en el espejo del vestíbulo para ver si el viento de la noche había borrado de su cara las huellas de las recientes lágrimas.

Luego, entró en el salón, donde su padre se esforzaba, sin demasiado éxito, por entretener a los cuatro invitados, que eran de los que popularmente se conocen como «pelmazos».

—Toca algo, Meg —le pidió su padre cuando, una vez terminados los saludos, se instaló en el salón un embarazoso silencio—; o, mejor, canta algo. ¿Conoces alguna canción que podamos cantar?

En condiciones normales, Meg tenía

una vocecita fresca y agradable que se podía escuchar con placer, pero aquella noche estaba cansada, nerviosa y triste. Cantó «Within a mile of Edinboro' town», pero resultó monótono y desangelado.

Sabía que su padre tenía los nervios de punta y que cada uno de los fallos que cometía le crispaba aún más. Cuando terminó la canción, en vez de volverse hacia ellos empezó a tocar la Marcha Húngara de Kowalski. Pero las teclas parecían levantarse y chocar con sus dedos, y el piano, que se movía de un lado para otro de manera alarmante, era cada vez más difícil de gobernar.

Luego, sonó horriblemente. Meg intentó agarrarse al atril buscando seguridad. La muchacha se tambaleó sobre el taburete y cayó desvanecida en los brazos que el doctor Gorminston había extendido a tiempo providencialmente.

La atmósfera, demasiado cargada y calurosa, había puesto a prueba el desquiciado estado de ánimo de Meg.

El capitán Woolcot estaba extraordinariamente desconcertado por lo ocurrido. A sus hijos jamás les había pasado algo parecido y Meg, que yacía en el sofá pálida e inconsciente, con la cabeza reclinada en la historiada tapicería de color granate, se parecía

extrañamente a su primera esposa a quien había enterrado en el cementerio parroquial cuatro años antes. Se dirigió hacia el filtro a buscar un vaso de agua y, mientras lo llenaba, se preguntó mecánicamente si su primera mujer pensaría que había sido demasiado rápido a la hora de ofrecerle su puesto a Esther. Luego, mientras miraba de pie junto al sofá la cara blanca como la muerte de su hija, temió que ella también muriese. Tal vez le diría a su madre que Esther recibía de sus manos más ternura de la que ella había obtenido nunca.

Sus fantasías fueron interrumpidas por la voz chillona y asombrada del

doctor. Estaba hablando con Esther, que se había sumado a la escena y ayudaba a desatar el estrecho corpiño de Meg.

—¡Pero esta niña lleva apretadísimo el corsé! —dijo—. ¿Cómo no se ha dado usted cuenta? Esta presión, si ha sido constante, resulta suficiente para estar a punto de matarla. Sí, sí, claro, es un desmayo... Lo que me extraña es que antes no haya tenido ningún síntoma.

Una nube de preocupación cubrió el hermoso rostro de Esther. Había vuelto a fallar. Su marido la estaba mirando melancólicamente desde el sofá en que yacía la pequeña figura con su vestido de muselina arrugado. Y el corazón le

dijo que aquellos chiquillos no estaban recibiendo de sus manos el cuidado y la atención de una verdadera madre.

Después, una vez que Meg estuvo en la cama fuera de peligro y el susto hubo pasado, se dirigió a su marido con timidez.

—Sólo tengo veinte años, Jack. ¡No seas demasiado severo conmigo! —dijo con un sollozo—. No puedo ser para ellos lo que ella fue, ¿no?

El capitán besó la hermosa cabeza que descansaba sobre su hombro y la consoló con tiernas palabras. Pero aquella noche, una y otra vez volvió a él la visión de la cara pálida de Meg

recostada en los cojines de color granate, y tuvo la certeza de que el viento que agitaba los visillos de la ventana había estado jugando unos minutos antes con la hierba del cementerio.

10 *La «heroicidad» de Bunty*

HABÍAN pescado a Bunty diciendo otra mentira. Era una trola bastante grande, y el pequeño se sentía profundamente desgraciado. Todo el mundo había salido, excepto Meg, que permanecía todavía en la cama reponiéndose del desmayo, y el propio Bunty, que había estado jugando al

criquet en uno de los potreros. Pero, incluso con una pelota nueva, este juego llega a cansar después de un rato cuando uno mismo tiene que lanzar la pelota, golpearla con el bate y detenerla. Así que dejó el bate en el jardín y empezó a tirar la pelota a la buena de Dios, mientras pensaba qué podía hacer luego. Descubrió el caballo de su padre en el otro extremo del potrero y, sin pensárselo dos veces, se acercó un poco y lanzó la pelota por el suelo para obligarlo a saltar. Nada más lejos de su intención que la idea de lastimar al pobre animal, y cuando la bola le dio de lleno en una pata y vio cómo se alejaba

cojeando, se precipitó hacia él, pálido y asustado.

Cuando vio que levantaba la pata del suelo y se estremecía al tocarlo, comprendió que el daño que le había hecho era importante. El pánico se apoderó de él al instante, y se dio la vuelta apresuradamente, pensando, como era habitual en él, esconder la cabeza. Todavía no había retrocedido hacia la mitad del potrero cuando observó, para mayor consternación, que su padre, acompañado de un oficial amigo suyo, salía por el portillo del jardín y se dirigía dando un paseo hacia el caballo, que era un ejemplar magnífico y muy

valioso.

Aterrado por lo que había hecho, escondió la pelota de criquet debajo de la chaqueta del traje de marinero, se arrodilló apresuradamente y se puso a jugar a las canicas para disimular. Había golpeado unas doce canicas al azar, cuando oyó que le llamaban estentóreamente.

Se levantó, se sacudió el polvo de las temblorosas rodillas y se dirigió hacia su padre.

—Ve y dile a Pat que le necesito urgentemente —dijo el capitán, que estaba examinando con preocupación la pata del caballo—. Si no está por ahí,

que venga Pip. No comprendo cómo ha podido suceder. ¿Sabes tú algo, Bunty?

—¡No, claro que no! Yo..., yo..., no..., no he... hecho nada —dijo el pequeño con un castañeteo de dientes; pero su padre estaba demasiado ocupado para darse cuenta de su evidente culpabilidad y le ordenó que fuera a buscar ayuda.

Bunty subió hasta los establos y le dijo a Pat que fuera inmediatamente, que su padre le estaba esperando.

Luego, entró a hurtadillas en la casa, cogió un par de manzanas y un trozo de bizcocho y se alejó dispuesto a sentirse desdichado hasta haber confesado.

Se dirigió sin que nadie le viera a un cobertizo abandonado cercano a la casa y que en otra época había servido de establo; en la parte de arriba tenía un desván dividido en dos, al que sólo se podía llegar trepando por una escalera de mano en estado ruinoso. Bunty gateó por ella, se sentó entre la paja hecho un ovillo y se puso a mordisquear pensativamente una manzana.

Si había algún chiquillo necesitado de una madre juiciosa, cariñosa y maternal, era este pequeño que, con la cara sucia y el corazón afligido, murmuraba con la cabeza apoyada en una viga llena de telarañas: «Yo no he

tenido la culpa. Fue el caballo».

Le pareció oír algo que se movía al otro lado del desván, del que le separaba un tabique que no llegaba hasta arriba.

—¡Fuera, fuera, marchaos! —gritó y dio varias patadas en el suelo con sus pesadas botas, pensando que serían ratas —. ¡Fuera! —gritó de nuevo.

—Bunty.

El chiquillo se puso lívido. ¡Qué sería aquel extraño y débil murmullo, aquel singular susurro que le llamaba desde tan cerca!

—Bunty.

De nuevo oyó su nombre, pero esta

vez pronunciado por una voz más alta y tan cansada que le hizo sentir una extraña emoción. El murmullo se oía cada vez más cerca, traspasaba el tabique, se arrastraba por el suelo, se aproximaba. Aterrorizado, Bunty se echó a llorar y se tiró al suelo, escondiendo entre las pajas la cara sucia.

—Bunty —repitió la voz. Y una delgada mano le tocó el brazo.

—¡Ayudadme, por favor, ayudadme! —gritó—. ¡Meg..., oh, papá..., Esther!

Pero una mano le tapó rápidamente la boca mientras otra tiraba de él hasta obligarle a sentarse.

Bunty había cerrado los ojos con todas sus fuerzas para no ver al visitante fantasma, que estaba seguro de que había aparecido para castigarle por su pecado. Pero algo le obligó a abrirlos. Y luego pensó que ya nunca podría volver a cerrarlos por culpa del asombro.

Porque era la mano de Judy la que le tapaba la boca y la propia Judy la que estaba a su lado.

—¡Cáspita! —exclamó estupefacto. Se quedó mirándola fijamente para asegurarse de que era de carne y hueso —. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Pero Judy no contestó. Se limitó a

quitarle de las manos la manzana y el pedazo de bizcocho que le quedaban, se sentó en el suelo y los devoró en silencio.

—¿No tienes más? —preguntó con avidez.

Bunty notó de repente que Judy había crecido mucho y que estaba mucho más delgada. No parecía la misma. Tenía la ropa casi hecha andrajos, las botas polvorientas, la cara delgada y afilada y el pelo enmarañado y revuelto.

—¡Cáspita! —volvió a decir Bunty con los ojos a punto de escapársele de las órbitas—. Pero, Judy, ¿qué haces aquí?

—Me... me he escapado, Bunty —
confesó Judy con voz temblorosa—. He
venido andando desde el colegio. Estaba
deseando veros a todos.

—¡Pobrecita! —dijo Bunty.

—Lo he planeado muy bien —
continuó Judy, y se recogió el pelo con
gesto fatigado—. No me acuerdo ahora,
estoy muy cansada, pero todo saldrá
bien.

—¿Y qué va a decir él? —preguntó
Bunty con ojos asustados, cuando se
acordó de su padre.

—No se enterará —replicó Judy
resueltamente—. No me voy a quedar
mucho tiempo y vosotros podéis venir a

verme y traerme comida o lo que necesite, y luego me iré al colegio otra vez.

Exhausta, se hundió entre la paja y cerró los ojos durante unos instantes mientras Bunty la miraba fascinado.

—¿A qué distancia está el colegio?
—preguntó por fin.

—A setenta y siete millas —se estremeció ligeramente Judy—. Conseguí colarme en el furgón de equipajes de un tren que iba de Lawson a Springwood y luego me trajeron en una carreta parte del camino, pero el resto lo hice andando. He tardado casi una semana —añadió tras una pausa. Volvió

a cerrar los ojos, esta vez por un período de tiempo más largo. Después, una o dos lágrimas de debilidad y autocompasión le temblaron bajo las oscuras pestañas y le resbalaron por la cara, dejando en ella un rastro limpio. Al verlas, a Bunty se le hizo un nudo en la garganta; no recordaba haber visto llorar a Judy nunca. Luego, apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y, acariciándole una mano, le dijo torpemente:

—No te preocupes, Judy.

Pero estas palabras hicieron que media docena de gruesas lágrimas manaran de los ojos cerrados de Judy,

que se dio la vuelta y escondió la cabeza para ocultarlas. Luego, se incorporó con dificultad y se echó a reír de buena gana.

—¡Si me vieran la señora Burton y compañía! —exclamó—. Me las he apañado de miedo; creen que estoy pasando quince días en Katoomba... Bunty, me gustaría que vieras los rizos que tiene la señora Marian Burton pegados a los lados de la cabeza.

Judy se detuvo riéndose casi histéricamente; luego, un ataque de tos hizo que sus ojos se volvieran a llenar de lágrimas.

—Vete y tráeme algo de comer —dijo irritada, tras recuperar el aliento—.

Deberías recordar que no he comido nada desde ayer por la mañana; siempre has sido un egoísta, Bunty.

Bunty se levantó y se alejó apresuradamente.

—¿Qué podrías comer, qué te traigo? —preguntó, y sacó una pierna por la trampa.

—Cualquier cosa, siempre y cuando sea abundante —contestó Judy—. ¡Cualquier cosa! Creo que podría comerme la paja y morder las vigas como si fueran galletas. La verdad es que tengo que apartar los ojos de ti, Bunty; estás tan gordo que no me importaría nada darte un buen bocado.

En sus ojos brilló un destello de su antigua ironía, pero luego empezó a toser otra vez y, cuando pasó el ataque, se recostó exhausta.

—Tráete a los demás —dijo débilmente, antes de que desapareciera del todo la cabeza de Bunty—. Tú solo no sirves para nada.

Bunty volvió la cabeza un instante y esbozó una sonrisa a pesar de la pena que le produjeron las palabras de Judy, precisamente en un momento en que hubiera dado la vida por ella sin rechistar.

—Lo siento muchísimo, Judy —dijo con suavidad—, pero los demás han

salido. ¿No te sirvo yo? Haría cualquier cosa, Judy..., por favor.

Judy hizo caso omiso del débil lloriqueo que acompañó a las últimas palabras de Bunty y se volvió hacia la pared.

Y, una vez más, dos gruesos lagrimones corrieron por sus mejillas.

—Deberían haberse quedado en casa —dijo con un sollozo—. Tendrían que haber sabido que yo intentaría venir. ¿Dónde están?

—Pip ha ido a pescar —dijo Bunty — y Nell le ha acompañado para llevarle la cesta. Baby está en casa de los Courtney y Esther ha ido a la ciudad

con General. Ah, y Meg está en la cama porque llevaba el corsé muy apretado y se desmayó.

«Ya veo que no me han echado de menos», pensó con amargura cuando se enteró de que todo seguía como siempre. ¡Y ella que había pasado tantas penalidades sólo por verlos!

Después, volvió a apoderarse de ella aquella extraña debilidad, cerró los ojos una vez más, se quedó inmóvil y se olvidó del tiempo, del lugar y del hambre.

Bunty atravesó el potrero con pie ligero; la visión de su padre cerca de los establos le produjo un momentáneo

sobresalto y le trajo a la cabeza sus propias dificultades, pero las desechó inmediatamente y continuó corriendo. La puerta de la despensa estaba cerrada con llave. Martha, la cocinera, solía cerrarla precisamente por culpa de la pecaminosa propensión de Bunty a llevarse las tortas y los pasteles; sólo una habilidosa estratagema le permitiría entrar, como pensó descorazonado.

¡Pero Judy estaba hambrienta!
¡Llevaba sin comer desde el día anterior por la mañana!

Recordó, con una profunda sensación de pena incluso entonces, el terrible abatimiento que había

experimentado él mismo la semana anterior cuando, como castigo, le habían mandado a la cama sin cenar. ¡Y Judy había renunciado a tres comidas! Apretó la boca con decisión y un rayo de determinación casi heroica iluminó sus ojos. La ventana de la despensa daba a una de las fachadas laterales del edificio; aunque solía mirarla golosamente, la verdad es que nunca se había aventurado a intentar subir, porque, debajo de ella, trepaba por la pared un enorme cacto.

Pero ahora lo haría por Judy, o moriría en el intento.

Dio la vuelta a la casa y se detuvo

delante de la ventana; no había nadie, todo parecía en calma. Martha, la había visto al pasar, estaba en la cocina haciendo la comida y la otra chica limpiaba el porche. Dirigió una decidida mirada a las terroríficas espinas del cacto y, sin pensarlo más, empezó a trepar entre ellas.

¡Cómo pinchaban y arañaban! Tenía un buen rasguño en un brazo, el calcetín izquierdo completamente destrozado, un profundo arañazo en la pierna y las manos doloridas y ensangrentadas.

Pero había conseguido llegar al alféizar de la ventana, y eso era lo que importaba.



Empujó la estrecha ventana y, como estaba muy gordo, se introdujo por ella con bastante dificultad. Luego, se dejó caer sobre una estantería y desde allí

bajó al suelo con sumo cuidado. No tenía tiempo para pararse a examinar sus heridas, de modo que se limitó a mirar el arañazo más grande con ojos lastimeros y se lanzó de lleno a buscar provisiones. La despensa estaba prácticamente vacía. No había rastro de bizcochos, ni un poco de mermelada, ni pollo asado. Partió un enorme pedazo de pan y envolvió cuidadosamente un poco de mantequilla en un papel de periódico. En una fuente había un trozo de carne en conserva; cortó una gruesa loncha y la enrolló alrededor de las sobras de una tarta de nísperos. Escondió los paquetes debajo de la chaqueta del traje de

marinero, se llenó los bolsillos de frutas confitadas, pasas y otros exquisitos manjares de los que había allí guardados en frascos y se dispuso a emprender la penosa retirada.

Se subió a la estantería, sacó la cabeza por la ventana y echó una mirada de desesperación al cacto. Y en el preciso momento en que se puso de rodillas en el alféizar, oyó a su espalda el agudo clic de una llave en la cerradura.

Miró con ojos desorbitados a su alrededor. Allí, en la puerta, estaba Martha. Horrorizado, vio que estaba hablando con su padre, que permanecía

en el pasillo.

—Árnica —dijo el capitán—. Probablemente esté en la despensa, porque es el último sitio en el que esperaría encontrarla. La dejé encima de la repisa de la chimenea de mi cuarto, pero alguien ha debido de pensar que era para jugar. ¿Por qué, en nombre de todos los misterios, no pueden dejar mis cosas en paz?

—¿Y para qué iba a cogerla yo? —contestó secamente Martha—. No suelo mezclarla con la pasta para que quede más ligera.

Echó hacia atrás la cabeza y, al hacerlo, descubrió la pequeña figura que

permanecía arrodillada en el alféizar de la ventana temblando de miedo.

Como la puerta estaba entreabierta y el dueño de la casa estaba detrás de ella, sólo Martha se benefició del espectáculo.

Dos veces abrió la boca para decir algo, pero Bunty le hizo tales gestos de desesperación y súplica que volvió a cerrarla; incluso se puso a rebuscar entre los frascos que había en la estantería contigua a la puerta para darle al muchacho la oportunidad de escapar.

Un minuto más y se habría salvado..., un minuto más y habría aterrizado en medio del cacto, que ya no

le imponía ningún respeto.

Pero los hados fueron demasiado duros con él. Y todo porque uno de los zapatos de Martha Tomlinson tenía el tacón muy gastado. Al darse la vuelta, se le torció, y alargó una mano para intentar recobrar el equilibrio. Al hacerlo, le dio un golpe a una jarra. Y la jarra chocó con una fuente, que se vino abajo estrepitosamente, empujando en su caída un gran cántaro de leche, que se derramó por el suelo. No sé si alguna vez has intentado limpiar un suelo de madera en el que se ha derramado leche, pero estoy segura de que te puedes imaginar que es una tarea bastante

molesta, especialmente si esa misma mañana lo has fregado a conciencia. No tenía, pues, nada de extraño que Martha, irritada ante tal desaguizado, se volviera y, señalando a la pequeña figura que seguía paralizada en la ventana, preguntara con tono exasperado si los benditos santos del cielo podían aguantar a aquel condenado niño, porque, lo que era a ella, le resultaba imposible.

El capitán entró en la despensa enfadadísimo y le ordenó a gritos que bajara.

El chiquillo saltó al suelo temblando y muerto de miedo.

—Siempre cogiendo cosas, robando y mintiendo —gruñó Martha Tomlinson, y dirigió una indignada mirada al desgraciado muchacho.

Tres, cuatro, cinco airados azotes con la fusta del capitán, y Bunty, protegiéndose la cabeza con un brazo, huyó por el pasillo y salió por la puerta trasera.

Atravesó el potrero sollozando a cada paso que daba, pero enormemente satisfecho de sí mismo por haber soportado todo aquello por alguien.

Si se lo hubieran dicho antes, apenas habría podido creer que sería capaz de hacer algo tan noble. Y este pensamiento

le consoló, a pesar de que los arañazos y las señales de los azotes todavía le escocían. A medida que iba acercándose al cobertizo, se esforzaba más por sofocar los sollozos. Incluso se metió en la boca un puñado de pasas con este fin.

Pero, a pesar de todo, fue una cara llorosa, llena de arañazos y apenada la que se asomó por la abertura de la pared.

Aunque tenía los ojos entreabiertos, Judy no se movió. El chiquillo se arrodilló a su lado y le tocó un hombro con suavidad.

—Te traigo varias cosas, Judy; ¿no te las vas a comer?

La pequeña dijo que no con la cabeza, casi sin fuerzas.

—Toma un poco de carne, o pasas; también hay frutas confitadas, si prefieres.

Judy volvió a decir que no con la cabeza.

—Llévatelas —dijo con un débil gemido.

Una expresión de profunda desilusión ensombreció la cara menuda y acalorada de Bunty.

—¡Y pensar que casi me mato por cogerlas! Bueno, a fin de cuentas, no eres más que una pobre chica —dijo Bunty.

—¡Oh, vete! —gimió Judy, moviendo la cabeza a uno y otro lado con desasosiego—. ¡Ay, cómo me duele el pie..., no, la cabeza, y el costado...! ¡Oh, no sé lo que me duele!

—Me he hecho daño aquí y aquí —dijo Bunty, indicando dónde y secándose las lágrimas de autocompasión que le fluían de los ojos con la manga de la chaqueta—. Y me he arañado por todo el cuerpo con el condenado cacto.

—¿Crees que todavía me falta mucho? —dijo Judy con tal rapidez que las palabras se le atropellaron unas con otras—. He andado cientos y cientos de millas y no he llegado aún a casa.

Supongo que será porque el mundo es redondo, y dentro de poco llegaré otra vez a la puerta del colegio.

—¡No seas idiota! —dijo Bunty bruscamente.

—No digas nunca ni una sola palabra, Marian; he confiado en ti, y si cumples tu promesa, puedo ir a casa y volver y nadie se enterará. Y déjame dos chelines; ¿tienes? No me queda mucho dinero. Bunty, eres un egoísta, ¿podrías traerme un poco de leche! Llevo pidiéndotela hace varias horas, y la cabeza se me va a convertir en una peonza si no bebo leche.

—Toma un poco de carne, Judy,

guapa... Anda, Judy, no seas tonta. Encima que casi me mato por tu culpa —dijo Bunty, intentando meterle un trozo en la boca con dedos temblorosos.

La chiquilla se dio la vuelta y empezó a delirar otra vez.

—Setenta y siete millas —decía—, y ayer anduve once, lo que hacen mil ciento setenta y siete... Y seis del día anterior porque tenía una ampolla en el pie... son mil ciento ochenta y tres. Y si ando diez millas diarias llegaré a casa dentro de mil ciento ochenta y tres veces diez, es decir, mil... Oh, ¿cuántas? ¿Cuántas? Bunty, ¿por qué no me dices cuántas son? Me duele demasiado la

cabeza para pensar, y un millar y varios días es un año... Dos años... Dos años... Tres años antes de que consiga llegar. ¡Oh, Pip, Meg, tres años! ¡Oh, Esther, decídselo, decidle que me deje volver a casa! Tres años... Tres años... ¡Tres años!

La última palabra fue casi un grito, y Judy intentó ponerse en pie para seguir caminando.

Bunty la cogió por los brazos y la sujetó.

—Déjame que me vaya, déjame —gritó Judy con voz ronca—. A este paso nunca llegaré. Tres años, ¡y tantísimas millas!

Judy empujó a Bunty y trató de cruzar el desván, pero las piernas no le respondieron y cayó al suelo sin sentido como un guiñapo.

—Meg... Iré a buscar a Meg —dijo el chiquillo con voz temblorosa y asustada. Luego, se dejó caer por la abertura y echó a correr hacia la casa.

11 *La escapada*

ENTRÓ en el cuarto de Meg como un vendaval.

—Está en el antiguo cobertizo, Meg, y no estoy seguro, pero me parece que se ha vuelto loca; y me han pegado muchísimo, y casi me mato con el cacto por su culpa, y no he dicho ni media palabra. No puede comer carne en conserva, ni nada. Se ha escapado... y, bueno, ¡estoy seguro de que está loca!

Meg levantó de la almohada la cara pálida y asustada.

—¿Quién...? ¿Qué...?

—Judy —contestó Bunty, estallando en sollozos—. Está en el cobertizo, ¡y creo que está loca!

Meg se levantó con cuidado de la cama, se echó apresuradamente la bata por encima y, sin terminar de creerse del todo la disparatada historia, bajó las escaleras acompañada por el pequeño.

Ya en el vestíbulo, se encontraron con su padre que iba a salir.

—¿Estás mejor? —le preguntó a Meg—. Deberías quedarte en la cama todo el día; aunque a lo mejor te sienta

bien que te dé el aire.

—Sí —dijo Meg mecánicamente.

—Voy a estar fuera el resto del día; la verdad es que no creo que ni Esther ni yo volvamos hasta mañana por la mañana.

—Sí —repitió Meg.

—No dejes que los niños destrocen la casa, y cuídate... Ah, y manda a Bunty a la cama sin cenar. Estoy seguro de que, por hoy, ya ha tenido bastante.

—Sí —volvió a decir Meg, dándose cuenta de lo que acababa de prometer cuando Bunty le susurró al oído: «¡Chivata!».

Después, el coche traqueteó y el

capitán se alejó ante el indecible alivio de sus hijos.

—Y ahora, dime, ¿qué es esa disparatada historia? —preguntó Meg volviéndose hacia su hermano—. Me imagino que será otra de tus mentiras, ¿no?

—Ven a ver —replicó Bunty, encaminándose hacia el cobertizo a través de los potreros.

A mitad de camino se encontraron a Pip y Nell que volvían de pescar más pronto de lo previsto. Nell, que caminaba a una prudencial distancia de su hermano, parecía triste y abatida.

—Podrías haberte traído también un

fonógrafo —dijo dirigiéndole a la culpable una mirada irónica y burlona—. No has dejado de hablar ni un momento, y así es imposible que piquen los peces.

—Judy está en casa —dijo Bunty, sin poder callarse por más tiempo la importante noticia—. Sólo la he visto yo; casi me mato trepando por el cacto para entrar por la ventana, y papá me ha dado una buena paliza, pero no he dicho ni una sola palabra, ¿verdad, Meg? Me la encontré en el cobertizo, y fui a casa a coger carne y cosas para comer... Mira, mira cómo tengo las piernas.

Bunty exhibió orgullosamente sus

arañazos; pero Meg volvió a ponerse en camino apresuradamente, seguida por Pip y Nell, que no salían de su asombro. Cuando llegaron al cobertizo, se detuvieron.

—Es un cuento chino de Bunty —dijo Pip, despectivo—. Todavía no estamos a veintiocho de diciembre, rico.

—Ven a ver —replicó Bunty trepando escaleras arriba. Pip subió tras él, y al llegar sofocó un grito; después subieron Meg y Nell con bastante más dificultad, y la escena quedó completa.

El delirio había pasado y Judy, agotada, yacía con los ojos muy abiertos mirando las vigas.

Cuando se reunieron a su alrededor, les dirigió una sonrisa.

—Si Mahoma no viene a la montaña... —dijo, y después se pasó tosiendo dos o tres minutos.

—¿Qué has estado haciendo, Ju, chiquilla? —le preguntó Pip con un extraño temblor en la voz. La visión de Judy, su hermana preferida, exhausta, delgada, con las mejillas hundidas, era demasiado para su inmadura virilidad, y se le empañaron los ojos.

—¿Cómo has venido, Ju? —preguntó parpadeando para aclararse la vista.

Judy le dirigió una de sus habituales

miradas burlonas.

—En el coche de San Fernando —dijo—; ¿no habrás pensado que he fletado un globo?

Y otra vez empezó a toser.

Meg se arrodilló y rodeó con sus brazos el cuerpecillo delgado y consumido de su hermana.

—Judy —dijo echándose a llorar—, ¡oh, Judy, pobrecita!

Judy sonrió durante un instante y le dijo que era una tonta, pero luego se vino abajo enseguida y empezó a llorar convulsivamente.

—Tengo hambre —dijo por fin con voz lastimera.

Los cuatro hermanos se levantaron rápidamente como si fueran a desvalijar todos los almacenes de Sydney para satisfacerla. Luego, Meg volvió a sentarse, cogió con sumo cuidado la despeinada cabeza de Judy y la depositó en su regazo.

—Ve a casa, Pip —dijo—, y trae vino y un vaso, y en la fresquera hay un poco de pollo asado; ha sobrado después de comer yo. Martha dijo que guardaría el resto para la hora del té. Date prisa, Pip.

—¡Corre! —se animó Pip a sí mismo; bajó del desván y salió disparado hacia la casa.

—¡Habrased visto! —exclamó

Martha Tomlinson cinco minutos más tarde cuando se cruzó con él en el vestíbulo y vio que llevaba una botella de cristal debajo del brazo, una copa de vino cogida con los dientes y un plato de pollo frío con unas rebanadas de pan con mantequilla en una mano—. ¡Habrased visto! Y luego, ¿qué más se os va a ocurrir?

—¡Cállate y no te metas en lo que no te llaman! —dijo Pip, rozándola al pasar. Después, se dirigió hacia el cobertizo, pero dio un rodeo para que Martha no pudiera ver adónde iba.

Se arrodilló junto a su hermana y le

dio trocitos de pollo y sorbitos de vino. Le acarició con delicadeza el enmarañado cabello, la llamó chiquilla por lo menos quince veces, y le suplicó que comiera un poco más y luego otro poco más.

Y Judy, al sentir clavados en ella los ojos llorosos de su hermano, se comió todo lo que le ofreció, aunque estuvo a punto de ahogarse con el primer bocado. Se habría comido hasta un elefante, porque quería a aquel muchacho más que a nada en el mundo y le dolía verlo tan afligido. Además, le sentó muy bien, y se incorporó y estuvo charlando con toda naturalidad.

—No deberías haberlo hecho, de verdad, niña; me preocupa lo que te pueda decir papá.

—No se enterará —contestó Judy con resolución—. Si alguien se lo dice, no se lo perdonaré jamás. Sólo puedo quedarme una semana. Lo he arreglado todo muy bien, me quedaré a vivir aquí en el desván; a papá nunca se le ocurriría venir, así que estaré completamente segura, y vosotros me traeréis la comida. Y cuando se acabe la semana —suspiró profundamente— volveré de nuevo al colegio.

—¿De verdad anduviste todas esas millas para venir a vernos? —preguntó

Pip, y una vez más su voz sonó de un modo extraño.

—Me recogieron uno o dos coches —dijo Judy—, pero hice andando casi todo el camino. He tardado casi una semana.

—¿Cómo pudiste hacerlo, dónde dormías, qué comías, Judy? —dijo Meg profundamente angustiada.

—Ya casi no me acuerdo —contestó Judy, cerrando los ojos de nuevo—. Fui pidiendo comida por las casas, y, a veces, me decían que me quedara a dormir, y tenía tres chelines y seis peniques... que me duraron mucho. Sólo tuve que dormir a la intemperie dos

noches, y tenía el abrigo.

La cara de Meg palideció horrorizada al conocer más detalles de la aventura de su hermana. Ninguna chica en el mundo, salvo Judy, se habría atrevido a llevar a cabo un proyecto tan descabellado como era recorrer todas aquellas millas con sólo tres chelines y seis peniques en el bolsillo.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—No tenía que venir andando todo el camino —contestó Judy con una débil sonrisa—. Llevaba siete chelines envueltos en un trozo de papel en el bolsillo, además de los tres chelines y

los seis peniques. Sabía que con eso podría coger un tren durante un buen trecho. Pero se me perdieron cuando ya había salido, y, como no me iba a volver sólo por eso, tuve que venir andando.

Meg le acarició la mejilla con suavidad.

—No me extraña nada que hayas adelgazado tanto —dijo.

—¿No estarán la señora Burton y compañía organizando una expedición para ir en tu busca? —preguntó Pip—. Es muy raro que no hayan escrito a papá para decirle que te has largado.

—Oh, Marian y yo lo preparamos todo con mucho cuidado —dijo Judy con

una sonrisa de satisfacción al recordarlo —. Marian es mi compañera, y hace todo lo que yo le digo. Vive en Katoomba.

—¿Y? —preguntó Meg, desconcertada, cuando su hermana dejó de hablar.

—Verás, había un montón de niñas con varicela, así que mandaron a Marian a casa, por miedo a que se contagiara. Su madre me pidió que fuera a pasar quince días con ellos; la señora Burton escribió a papá y le preguntó que si podía ir, y yo le escribí y le pregunté que si me podía venir a casa en vez de ir a pasar unos días con la familia de

Marian.

—Papá nunca nos dijo nada — comentó Meg con suavidad.

—No, me imagino que no. Bueno, el caso es que papá contestó y me dijo a mí que no y que sí a ella. Así que un buen día nos dejaron en el tren sanas y salvas. En Katoomba nos estarían esperando los padres de Marian. Por el camino, se me ocurrió una idea: ¿por qué no me venía a casa a la chita callando? De modo que le dije a Marian que podía decirle a su familia que me había venido a casa, pero que tenía que hacerlo muy bien, para que no escribieran a la señora Burton. Luego, cuando el tren se detuvo

en Blackheath, me bajé rápidamente y ella siguió hacia Katoomba y yo me vine a casa. Eso es todo. Lo que pasa es que, fíjate, se me perdió el dinero y no tuve más remedio que echarme a andar.

Meg le alisó el pelo enmarañado y polvoriento.

—Pero no puedes vivir aquí una semana —dijo preocupada—. Has cogido un buen catarro por dormir al aire libre. Estoy segura de que estás enferma. Tendremos que decírselo a papá. Pero le pediré que no te vuelva a mandar al colegio.

Judy se incorporó precipitadamente, mirándola con ojos furiosos.

—¡Si lo haces —dijo—, si lo haces, me escaparé esta misma noche y me iré andando a Melbourne, o a Jerusalén, y no volveré a veros nunca! ¡Cómo puedes ser así, Meg, después de todo lo que he tenido que hacer para que no se enterara! ¡Cómo puedes ser así?

Judy estaba cada vez más excitada.

—Mañana mismo volvería a ser facturada otra vez para el colegio... Lo sabes muy bien, Meg. ¿Verdad, Pip? Y encima, en el colegio, se pondrían como fieras. Mi plan es muy sencillo. Después de haber pasado una semana estupenda aquí con todos vosotros, me iré. Entre todos me podéis prestar un poco de

dinero para el tren. El día veinticinco me reuniré con Marian en Katoomba; volveremos juntas al colegio y nadie se enterará. Mi catarro no tiene importancia; ya sabes que cuando estaba en casa solía acatarrarme con frecuencia, pero los catarros nunca han podido conmigo. Si me traéis abundante comida y me hacéis compañía, me pondré bien enseguida.

El descanso, la comida y los rostros familiares ya habían hecho mucho en su favor; su cara parecía menos cansada y sus mejillas se iban cubriendo poco a poco de color.

Meg tenía un incómodo sentimiento

de responsabilidad, y la sensación de que debería decírselo a alguien pesaba sobre ella como una losa; pero estaba presionada por sus hermanos.

—No puedes ser tan ruin, Meg — había dicho Judy expresivamente cuando le suplicó que le permitiera decírselo a Esther por lo menos.

—¡Qué chivata! —había añadido Bunty.

—¡Qué acusica! —había dicho Pip.

Y Meg no tuvo más remedio que callarse, pero se sentía tremendamente desgraciada.

12 *¡Zass, zass!*

JUDY llevaba ya cuatro días en el desván cuando Martha Tomlinson le comentó a su compañera y víctima, Bridget, que creía que aquellos condenados niños estaban conspirando para ponerla «al otro lado del río».

Bridget, que aquel día tenía el estómago algo alterado por culpa de una mala digestión, se limitó a observar que aquellas adorables criaturas sólo

deseaban verla en el lugar que se merecía.

Quizá debiera explicarte que la expresión «al otro lado del río» hacía referencia a Gladesville, el manicomio de Sydney.

Muchas eran las cosas que habían llevado a la pobre Martha a pensar en una conjuración. Por ejemplo, una mañana, al ir a hacer la cama de Pip como todos los días, se encontró con que había desaparecido toda la ropa. La colcha blanca estaba extendida sobre el colchón sin una arruga, pero no había ni rastro de sábanas, mantas o almohadas. Las buscó hasta en los sitios más

inverosímiles, les preguntó a los niños, incluso acudió a Esther; pero, nada, la ropa perdida no aparecía.

—Hay un hombre con pantalones de pana rondando por aquí todas las noches —dijo Pip, mirando con pesimismo su cama desnuda—. No me extrañaría que tuviera algo que ver con el asunto.

La sugerencia del muchacho era bastante despiadada, porque aquel hombre era el más ferviente admirador de Martha, y también su preferido.

Al día siguiente desapareció la jofaina del cuarto de Meg, y después una alfombrilla del rellano de la escalera, y una silla del cuarto de los niños; por no

mencionar otras menudencias, como una tetera, una lámpara de alcohol, varias tazas y platos, medio jamón y toda una hornada de pan de jengibre con nueces.

Las desapariciones preocupaban a Martha, porque las cosas parecían esfumarse cuando los niños estaban acostados; pero, aunque sospechaba de ellos y no dejaba de vigilarlos, no conseguía obtener ninguna prueba evidente de su culpabilidad ni averiguar el motivo por el que se llevaban esas cosas.

Tras la desaparición de cada nuevo objeto, Pip solía preguntar si el hombre de los pantalones de pana había estado

rondando por allí la noche anterior. Y como siempre daba la casualidad de que sí, a Martha no le quedaba más remedio que dirigirle una mirada colérica y salir de la habitación con aire de dignidad ofendida.

Una noche se evaporó misteriosamente la mesita de ajedrez del cuarto de los niños.

Al día siguiente por la mañana, cuando Martha estaba barriendo la alfombra, Pip se le colgó del cuello, fingiendo llorar a lágrima viva.

—Nunca apreciamos las humildes violetas —dijo con voz quebrada—. ¡Ah, Martha, Martha, pensar que no nos

hemos dado cuenta de que eres un tesoro hasta ahora, cuando tus días con nosotros están contados!

—Vete por ahí —dijo, dándole con el palo de la escoba—. Y no pienso irme, ni lo sueñes; no te vas a quitar de encima tan pronto a Martha Tomlinson. No lo conseguirás por mucho que lo intentes, jovencito.

—Pero ¿no te estará necesitando él, Martha? —sugirió Pip con suavidad—. Ya debe de tener todos los muebles, aunque todavía no se ha llevado una cacerola, ni una plancha. Pero hay algo más, Martha; no me importa decirte confidencialmente que estoy pensando

regalarte yo mismo la plancha cuando te cases, así que no tienes que esperar a que él venga por ella.

—Vete por ahí —volvió a decir Martha, sacudiéndole la escoba delante de las narices con tanta energía que estuvo a punto de ahogarle—. Ésta es una muestra más de lo desalmado que eres.

El desván tenía cada día más comodidades.

Un par de alfombras colgaban de las paredes, impidiendo el paso del aire. La cama de Judy, mullida y acogedora, ocupaba un rincón, tenía una silla para sentarse, una mesa para comer e,

incluso, una jofaina para llevar a cabo sus abluciones. Y estaba acompañada todo el día y casi toda la noche. Una vez, Meg, después de atrancar la puerta de su cuarto, se había escapado para compartir con ella la cama del desván; en otra ocasión había ido Nell, y la noche siguiente Pip había cogido un par de mantas y había improvisado con ellas una cama entre la paja. Solían visitarla a cualquier hora del día, subiendo por la desvencijada escalera uno tras otro siempre que podían escabullirse sin que nadie los viera.

Cuando esto sucedía, la institutriz tenía quince días de permiso para cuidar

a su madre que estaba enferma, así que las niñas y Bunty disponían de todo el tiempo que querían. Pip solía llegar tarde al colegio y luego se volvía pronto, consiguiendo, siempre que podía, que Esther le firmara notas de disculpa. Incluso hizo novillos un día, aceptando después a cambio, con bastante buen talante, unos cuantos palmetazos.

Judy seguía pálida y cansada. Además, la tos continuaba molestandola; pero iba recobrando rápidamente su antiguo buen humor y se lo estaba pasando de miedo con la aventura.

El único inconveniente era que el

desván, demasiado reducido, la ahogaba.

—Tendréis que arreglar las cosas para que pueda salir a dar una vuelta — dijo con determinación una mañana—. Estoy segura de que las piernas se me están acortando de no ejercitarlas. Cuando se acabe la semana, ya no sabré andar.

Pip no creía que fuera factible; Meg le suplicó que no se arriesgara; pero Bunty y Nell se mostraron impacientes por llevar a la práctica la idea.

—Meg podría entretener a papá — propuso Bunty— y Pip podría hacer rabiar a General para que Esther se

asustara y saliera de la habitación, y, entonces, Judy y yo aprovecharíamos para salir corriendo y volver a entrar antes de que vosotros dejarais de darles la lata.

Judy dijo que no con la cabeza.

—Eso sería un rollo —dijo—. Si salgo, será para estar fuera más tiempo. ¿Por qué no bajamos de excursión al río?

—¡Sí, sí, vamos! —gritó Bunty con ojos brillantes.

—Estoy segura de que nos las podríamos apañar. Hoy es sábado y Pip no tiene que ir al colegio —continuó Judy, planeándolo todo rápidamente—.

Dos de vosotros podíais ir por algo de comer. Decidle a Martha que vais a ir de excursión —le encantará no tener que preparar la cena— y luego os dirigís hacia el río. Otros dos podéis vigilar para ver si hay moros en la costa mientras bajo y atravieso los potreros. Una vez que lleguemos al recodo del camino, estaremos seguros.

Parecía bastante factible, y los preparativos se hicieron en muy poco tiempo. Pip se quedó haciendo guardia en el cobertizo, comprometiéndose a conseguir que Judy saliera sin novedad. Bunty, por su parte, se había situado en el porche de la parte de atrás con la

misión de estar alerta y silbar tres veces en caso de que hubiera algún peligro.

Tenía que estar atento al reloj de la cocina y esperar un cuarto de hora. Después, si todo iba bien, tenía que coger una tetera y una hogaza de pan y alcanzar a los demás por el camino.

Como era bastante aburrido estar esperando, se puso a la pata coja, como un ave meditabunda, dispuesto a pasar revista a los excitantes acontecimientos de los últimos días.

Se sentía abatido, aunque no sabía muy bien por qué. Quizá fuera la mentira que le había dicho a su padre y que aún no había confesado, porque el caballo

estaba seriamente lesionado y todo su valor se esfumaba cuando se acordaba de la fusta.

Quizá fuera una reacción a la enorme tensión. O un manifiesto sentimiento de injusticia ante la escasa gloria que su heroico comportamiento con Judy había merecido a los ojos de los demás. No parecían darle ninguna importancia e, incluso, se reían cada vez que aludía a sus hazañas o se empeñaba en enseñarles sus cicatrices. Dos o tres de los rasguños que tenía en las piernas eran respetables. Y, mientras seguía de pie esperando, se bajó las medias y les echó una mirada con ojos lastimeros y

algo parecido a un sollozo en la garganta.

—¡No le importo a nadie! —murmuró, y una de sus lágrimas, siempre dispuestas a caer, se estrelló contra su pierna desnuda—. Judy prefiere a Pip, aunque él nunca ha trepado por el cacto; Meg cree que sólo sé decir mentiras, y Nellie dice que soy un glotón y un egoísta... ¡No le importo a nadie!

Y en sus ojos se formó otra enorme lágrima, que cayó aparatosamente.

—¿Has echado raíces? —preguntó una voz.

El capitán llevaba un buen rato observándole desde la ventana,

maravillado de verle tan tranquilo, cosa, por otro lado, muy poco habitual en el pequeño.

Bunty empezó a sentirse culpable y se subió los calcetines.

—No... no es... es... estoy haciendo na... nada —dijo ofendido tras una pausa. Cuando se ponía nervioso, siempre tartamudeaba—. Na... nada de na... nada. Me... me voy de ex... ex... excursión.

—¿Sí? —dijo el capitán—. Me da la impresión de que estás planeando una nueva travesura, o lamentando alguna antigua. Anda, cuéntamelo.

Bunty palideció, pero volvió a

insistir en que «no es... es... estaba haciendo na... na... nada».

El capitán estaba de buen humor y su hijito, gordo y lleno de churretes, era la única persona que tenía a su alcance.

—¿Qué te parece si te acercas y confiesas una por una todas las fechorías que has hecho esta semana? —le propuso gravemente—. Tengo toda la mañana libre, y ya va siendo hora de que le demos un repaso a tu conciencia.

Bunty, más pálido que nunca, se acercó al brazo de la butaca que le indicaba su padre.

—Ajá, ya estamos cómodos. Bien, hubo un robo en la despensa el jueves.

Ya tenemos una —dijo animándole—. Prosigamos.

—Yo no... no... no he hecho na... nada más —dijo Bunty con voz entrecortada. Estaba seguro de que su padre había descubierto el episodio de la pelota de criquet. No tenía escapatoria. Incluso echó un vistazo a su alrededor para ver si había por allí cerca alguna fusta. Sí, allí estaba, tirada sobre una silla de cualquier manera, la fusta de Esther que tenía la empuñadura de plata. Todavía le dio tiempo para pensar que ojalá Esther hubiera sido una mujer ordenada.

—¿Nada de nada, Bunty? ¿Me lo

prometes? —insistió su padre con tono solemne.

—Estaba ju... jugando a las ca... ca... canicas —confesó el pequeño con voz temblorosa—. ¿Cómo i... i... iba yo a ti... ti... tirarle algo a tu ca... ca... caballo?

—Conque caballo, ¿eh? —exclamó su padre. Una luz se fue abriendo paso en su cerebro poco a poco, y su expresión se endureció—. ¿Qué le tiraste a Mazeppa para dejarlo cojo? Contesta inmediatamente.

Bunty dirigió una mirada aterrada a la fusta.

—Na... na... nada —contestó—,

na... na... nada, de verdad. La pe...
pe... pelota de cri... cri... criquet
estaba en el es... es... establo. Yo sólo
es... es... estaba ju... jugando a las
canicas.

El capitán le cogió por los hombros
y le zarandeó ligeramente.

—¿Dejaste cojo a Mazeppa con la
pelota de criquet? —dijo con severidad.

—No... no... no. Yo no... no —
murmuró blanco como la pared. Luego,
medio arrepentido, añadió—: Se me
sa... salió del bolsillo y Ma... Mazeppa
pasaba por allí y se... se di... dio en la
pata.

—Dime la verdad o te daré una

paliza que no se te olvidará mientras vivas —dijo el capitán levantándose y cogiendo la fusta de Esther—. Vamos a ver, caballero... ¿Fuiste tú quien dejó cojo a Mazeppa?

—Sí —confesó Bunty, estallando en lágrimas e intentando esquivar la fusta.

Luego, a medida que los azotes fueron cayendo sobre sus desventurados hombros, el aire se fue llenando con su familiar lamento de «yo no tuve la culpa, yo no tuve la culpa».

—¡Eres un despreciable canalla! —gritó su padre, deteniéndose un momento porque le dolía el brazo—. Te voy a pegar hasta que salga de ti ese espíritu

mentiroso y cobarde, o te mataré antes.

¡Zass, zass!

—¿Qué clase de hombre vas a ser de mayor?

¡Zass, zass!

—¡Mentir sólo para salvar tu miserable pellejo!

¡Zass, zass, zass, zass!

—¡Me has matado, me has matado!
¡Estoy seguro de que me has matado! —
chilló el maltrecho chiquillo
revolcándose por el suelo—. Yo no tuve
la culpa, yo no tuve la culpa... Pégalas a
los demás.

¡Zass, zass, zass!

—¿Crees que los otros mienten

como tú? Pip no me miente. Judy se cortarí­a la lengua antes de hacerlo.

¡Zass, zass, zass!

—¿Ibas a ir de excursión, no? Vete de excursión a tu cuarto hasta mañana a la hora del desayuno.

¡Zass, zass, zass!

—¡Venga, quítate de mi vista!

La resistencia humana ya no pudo más. El último «zass» había sido una verdadera agonía para su espalda escocida y maltrecha. Pensó en los demás, que, felices y despreocupados, se dirigirían al río alegres bajo la luz del sol, sin pensar en lo que él estaba soportando, y su corazón, tan grande era

su amargura, pareció estallar.

—¡Judy está en casa! —dijo con voz sofocada y colérica—. Vive en el antiguo cobertizo que hay en el potrero de las vacas. ¡Buah, buah! No te lo han querido decir. Se ha ido de excursión. Y se ha escapado del colegio.

13 *Invitados inesperados*

EL capitán se paseaba lentamente por los potreros, con el sombrero que utilizaba en el jardín echado hacia atrás. Estaba bastante acalorado después de la escena que acababa de tener con el segundo de sus hijos, y en sus ojos brillaba una mirada de reflexión. No creía que fueran verdad las últimas

palabras de Bunty; pero, aun así, consideraba que eran suficientemente probables como para que no estuviera de más hacer una visita al cobertizo.

No es que esperara encontrar allí a su hija, porque Bunty ya le había dicho que iban a ir de excursión al río, pero pensaba que quizá habría algún rastro.

La puerta del cobertizo se balanceó sobre sus desvencijados goznes, y la luz del sol penetró en el interior haciendo que una alegre franja de polvo atravesara la estancia.

No había indicios de que alguien viviera allí, a no ser que una cinta para el pelo de Meg y una cáscara de naranja

podrían considerarse como tales.

Descubrió la frágil escalera, hecha en casa, apoyada en el agujero del techo y, aunque en general solía tener por su cuello más aprecio que los niños por los suyos, arriesgó su seguridad subiendo por ella. La escalera crujió siniestramente cuando llegó al último peldaño, y el capitán se introdujo a gatas en el desván.

En aquel lado de la división no había más que un hueso de jamón, una caja de fichas de dominó y un almohadón reventado, así que se asomó al otro.

—Muy comfortable —murmuró—,

no me importaría quedarme aquí algún tiempo —e incluso se le pasó por la cabeza hacerlo y estar allí, como si se tratara de una fiesta sorpresa, cuando llegara Judy. Pero desechó la idea por considerarla poco compatible con su dignidad. Recordó haber oído rumores de que habían desaparecido de casa varios muebles, y algo parecido a una sonrisa se asomó a sus ojos al ver la mesita, con la lamparilla de alcohol y la tetera encima, la ropa de la cama y la jofaina. Setenta y siete millas no eran obstáculo suficiente para los perversos planes de Judy. ¡Cómo se atrevía a desafiarle a él, su propio padre, una

mocosa de trece años! Cerró la boca amenazadoramente, bajó del desván y se dirigió hacia la casa dando grandes zancadas—. ¡Esther! —llamó con voz vibrante desde el pie de la escalera.

Un «Voy, querido. Medio minuto» flotó en el aire como respuesta.

El medio minuto pasó diez veces y, por fin, la joven bajó sonriente con su hijo en brazos. Tenía unos ojos tan dulces, apacibles y cariñosos que el capitán se dio la vuelta con impaciencia. Sabía muy bien lo que iba a pasar en cuanto se enterara: Esther le pediría con insistencia que perdonara a su hija. Y cuando la veía tan hermosa y alegre

como en ese momento, era incapaz de negarle nada.

Durante unos instantes, reflexionó seriamente.

—¿Qué quieres, John? —preguntó—. ¿En qué piensas? Acabo de descubrirle otro diente, uno enorme. Ven a verlo.

A regañadientes, se acercó e introdujo el dedo meñique en la boca de su hijo pequeño.

Esther le fue guiando el dedo, hasta que dio con una protuberancia dura y diminuta.

—El tercero —dijo Esther orgullosamente—. ¿No estás contento?

—¡Ejem! —contestó el capitán.

Luego, siguió meditando.

Al cabo de unos instantes se frotó las manos, como si estuviera muy satisfecho de sí mismo.

—Ponte el sombrero, Esther, y ponle el tuyo a General —dijo, acariciando afectuosamente la cabeza del pequeño—. Vamos a bajar hasta el río a dar una vuelta; los niños han ido de excursión, y seguro que nos ofrecen un poco de té.

—Sí, será estupendo —dijo Esther—. ¡A que sí, chiquitín, a que sí bonito!

Llamó a Martha, que estaba limpiando el polvo por encima, como era habitual en ella.

—El sombrero de General, por favor, Martha; el blanco con rayas para el sol. Me parece que está encima de mi cama, o encima de una silla, no sé. ¡Ah! Y baja también el mío, el grande de las amapolas, por favor.

Martha salió de la habitación y, después de buscarlos durante unos minutos, volvió con los tocados.

Esther se colocó el sombrero blanco sobre el rizado cabello, lo que hizo que General balbuceara entusiasmado desde la mesa del vestíbulo en la que estaba sentado. Luego, se abalanzó sobre el capitán y le quitó el sombrero de paja que llevaba, para ponérselo a su hijito.

Y así, jugueteando con el pequeño, pasó unos minutos.

Finalmente, estuvieron listos para salir.

—El señorito Bunty está encerrado en su cuarto; no le abra la puerta bajo ningún concepto, Martha —fue la última recomendación del capitán.

—¡Oh, John! —dijo Esther con tono de reproche.

—Te agradecería mucho que no te inmiscuyeras en esto —dijo—; concédeme un poco de libertad para tratar a mis propios hijos, Esther. Bunty es un mentiroso y un gandul; me avergüenzo de que sea hijo mío.

Y Esther, pensando en las travesuras de su hijastro, se consoló a sí misma con la esperanza de que no le Vendría mal.

Atajaron a través del monte bajo para evitar el camino público, y el río azul, besado por el sol, se extendió sonriente ante sus ojos.

—Ahí están —gritó Esther—, donde siempre; mira el fuego, hijito; mira el humo, conejito. Cuatro..., cinco... ¿Quién ha venido con ellos? —preguntó sorprendida al aproximarse al grupo.

Antes de que estuvieran lo suficientemente cerca como para reconocer las caras, el corro se deshizo de repente.

Uno de sus miembros se dio la vuelta rápidamente y huyó por la hierba, se sumergió en un espeso matorral y desapareció de la vista en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

—¿Quién estaba con vosotros? — preguntó Esther cuando se reunieron con los niños.

Hubo un breve silencio; luego, Pip echó unas ramas al fuego y contestó con frialdad:

—Era una amiga de Meg, una de esas chicas miedicas que casi se muere del susto al ver a papá. Supongo que se imaginaría que esto estaba lleno de soldados con los sables desenvainados,

dispuestos a usarlos.

Pip rió forzadamente, Nell le acompañó de una manera un tanto histérica y Baby se echó a llorar.

Meg, pálida como un cadáver, la cogió en brazos y empezó a contarle el cuento de los tres ositos para consolarla.

Esther miraba la escena un poco confusa, pero no se le ocurrió ni por lo más remoto asociar a Judy con la figura que había huido corriendo.

El capitán parecía no darse cuenta de nada. Tumbado en la hierba, permitió que General se le subiera por encima. Luego, estuvo bromeando con Esther y contando varias anécdotas de cuando era

joven, sin darse cuenta, aparentemente, de que la audiencia estaba distraída y violenta.

—¿No habéis hecho té? —preguntó Esther—. Nos encanta el té que hacéis y pensábamos que nos daríais un poco.

—Bunty no ha venido; él era el encargado de traer la tetera —dijo Pip, malhumorado. Sospechaba que había algo tras la excesiva afabilidad de su padre, y se negaba a que jugara con él.

—¡Ah —dijo el capitán gravemente—, qué pena! Cuando salí, Bunty no se encontraba demasiado bien y estaba pensando en quedarse en su cuarto el resto del día.



Pip atizó el fuego con terquedad y Meg dirigió una rápida y asustada mirada a su padre, que le respondió con una afectuosa sonrisa.

Después de una hora de tenso intercambio, el capitán propuso volver a casa.

—Está refrescando —dijo—. Lamentaría que el nuevo diente de General empezara su vida molestandole. Vayamos a casa y preparemos un buen té.

Así que recogieron las cestas, todavía intactas, y se pusieron en marcha.

El capitán insistió en que Pip y Meg

fueran con él y envió a Baby y Nell delante, una a cada lado de Esther, que llevaba a General, unas veces en brazos y otras de la mano.

La finalidad de esta distribución, como astutamente sospechaba Pip, era impedir la posibilidad de cualquier intercambio de ideas o la formación de nuevos planes.

Cuando llegaron a casa, los invitó a su salita de fumar, que era un pequeño reservado fuera del salón.

Esther subió con General a su cuarto, pero los demás siguieron al capitán en silencio.

—Siéntate, Pip, hijo —dijo

cordialmente—. Venga, Meg, estás en tu casa, siéntate en ese sillón. Nell y Baby pueden ocupar el sofá.

Impotentes, se sentaron donde les indicó y le miraron ansiosamente a la cara.

Eligió una pipa de la hilera que había en la repisa de la chimenea, le ajustó una boquilla nueva y la llenó cuidadosamente.

—Como os habéis adueñado de mi cuarto —dijo cortésmente— y ya no puedo fumar aquí con tranquilidad, saldré un rato. Luego, volveré para hablar con vosotros. Voy a fumarme una pipa al antiguo cobertizo. No hagáis

ninguna travesura mientras yo estoy fuera.

Encendió una cerilla, prendió el tabaco y, sin dirigir ni una sola mirada a los silenciosos niños, salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

Una vez más cruzó el potrero, y una vez más empujó la ruidosa puerta. La cáscara de naranja seguía donde la había visto la primera vez, aunque un poco más seca y marchita. La cinta para el pelo continuaba exactamente en el mismo sitio. La escalera crujió en el mismo lugar y volvió a amenazar con romperle el cuello cuando llegó al último peldaño. Las fichas de dominó

permanecían allí, y el hueso de jamón y el almohadón también. La única diferencia que había era que el primero tenía ahora un rastro negro de hormigas encima y que el viento había estado jugando con el segundo, esparciendo sus plumas por todas partes.

Cruzó la planta con su acostumbrado paso marcial. No se movió nada. Se acercó al tabique y echó un vistazo.

Judy yacía en la improvisada cama. Dormía exhausta tras la rápida huida del río. Llevaba un vestido de Meg, que la hacía parecer sorprendentemente alta y delgada; el capitán se quedó atónito al darse cuenta de lo mucho que había

crecido.

—Mientras esté creciendo, mis dificultades con ella no tendrán fin — dijo en voz alta, compadeciéndose a sí mismo por ser su padre. Luego, al verla dormir ajena a todo, despertó en su pecho cierta irritación. Judy siempre iba a perturbar su paz, siempre iba a burlarse de él.

—Judy —dijo en voz alta.

Los párpados cerrados se abrieron súbitamente, la niebla del sueño y el olvido se disipó de los ojos oscuros, y Judy se despabiló, con una expresión de horror dibujada en el rostro.

—¿Se puede saber qué estás

haciendo aquí? —le preguntó su padre con frialdad.

Judy enrojeció hasta la misma raíz del pelo y luego palideció hasta quedarse blanca como la pared, pero no contestó.

—Supongo que te has escapado del colegio —continuó el capitán con el mismo tono neutro—. ¿Tienes algo que decir?

Judy no contestó, no se movió; se limitó a mirarle a la cara con la boca abierta.

—¿Tienes algo que decir, Helen? —insistió su padre.

—No, papá —respondió Judy.

Tenía en la cara una expresión cansada y extraña que en otras circunstancias habría conmovido a su padre, pero en aquel momento estaba demasiado enfadado para darse cuenta.

—¿Ni una excusa, ni una razón?

—No, papá.

El capitán se dirigió hacia la abertura.

—Dentro de hora y media sale un tren, yo te llevaré cuando llegue el momento —anunció sin perder la calma—. Como no me puedo fiar de ti, tomaré las medidas oportunas para que te vigilen en el colegio. No volverás a casa en Navidad, ni probablemente en

junio.

Fue tan triste como una sentencia de muerte. La habitación bailó delante de los ojos de la chiquilla; sus oídos oyeron un zumbido.

—Vamos —dijo el capitán.

Judy dio una boqueada para coger aire; le picaba la garganta y empezó a toser.

Era una tos horrible, un paroxismo que estremecía su delgado cuerpo y le hacía jadear para poder respirar. Aunque se tapó la boca con un pañuelo para intentar detenerla, duró dos o tres minutos.

Cuando cesó, se quedó muy pálida, y

entonces fue cuando su padre se dio cuenta de que tenía hundidas las mejillas.

—Será mejor que primero pases por casa —dijo con menos dureza—, a ver si Esther tiene algún jarabe para la tos.

Luego, a su vez, contuvo el aliento y palideció bajo la tez tostada por el sol.

Porque, salpicando la blancura del pañuelo que Judy acababa de retirarse de la boca, había unas terribles manchas rojas.

14 *La invitación de los colonos*

ASÍ que, después de todo, no hubo para Judy coche, ni tren de montaña, ni regreso humillante junto a sus compañeras, ni meses aburridos sin la perspectiva de unas buenas vacaciones.

En vez de ello, tuvo una cama mullida y acogedora, comida exquisita, palabras afectuosas y cuidados

permanentes. Porque el violento esfuerzo, la deficiente alimentación y las dos noches pasadas a la intemperie habían conducido a la chiquilla a un desfiladero francamente peligroso. El doctor dijo que tenía un pulmón muy inflamado y que era un misterio para él cómo había podido resistir tanto; cualquier niña se habría rendido antes y habría caído enferma. Pero es que entonces no sabía que dos de las características de Judy eran precisamente el valor y un espíritu indomable.

—Pero ¿no te dolía nada? —le preguntó el doctor, desconcertado al

encontrar una presencia de ánimo así en una enfermedad tan grave.

—Bueno, algunas veces, aquí a un lado —contestó despreocupadamente—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar en la cama, doctor?

Todas las mañanas solía hacerle la misma pregunta, aunque, a decir verdad, sentía un poco de desconfianza en sí misma ante la sola idea de volverse a levantar. La languidez y debilidad de todos sus miembros era tal, que no creía que pudiera correr, y como despreciaba cualquier sistema para avanzar que fuera más lento... Además, tenía un punzante dolor debajo del brazo, y la tos,

mientras duraba, suponía para ella una auténtica agonía.

Sin embargo, no estaba lo suficientemente enferma como para perder interés por todo lo que la rodeaba, y solía exigirles a los demás que le contaran todo lo que pasaba en el exterior: quién había conseguido la puntuación más alta jugando al criquet, qué flores habían salido en la descuidada parcela del jardín que estaba a su cargo, cuántos huevos habían puesto las gallinas, cómo estaban los conejillos de Indias y los canarios y cuáles eran los últimos vestidos y zapatos que se había zampado la nueva cría de

perdiguero.

Y Bunt le llevaba a menudo el ratoncito blanco y el conejillo de Indias ciego. Ella los soltaba para que corrieran libremente por encima de la cama. Pip hacía en una mesita del cuarto de sus hermanos los trabajos de carpintería; así Judy podía ver cada nuevo paso y hacerle las sugerencias que se le ocurrieran.

Meg, que prácticamente había perdido todo contacto con Aldith, se consagró en cuerpo y alma al cuidado de su hermana, atendiéndola en todo momento. Además, le hizo toda clase de pequeños regalos: una bolsa con

compartimentos para guardar las botas; otra para meter el peine y el cepillo, con las iniciales J. W. bordadas con hilo de seda rosa; y un pequeño costurero con una carterita para agujas y un acerico, completamente nuevo. Judy temía verse obligada a ser más ordenada y aseada cuando se pusiera buena.

El agrado con que recibía los regalos desató entre sus hermanos un auténtico espíritu de competición.

Durante todo un día nadie vio a Pip; pero, al caer la tarde, apareció y se dirigió hacia la cama de Judy con una expresión de orgullo en la cara. Había construido un mueble con cajones, tres

de los cuales se abrían bajo condiciones realmente muy especiales.

—No es para los vestidos de las muñecas —dijo, una vez que Judy hubo agotado todas las expresiones de gratitud—, porque sé que las odias, pero puedes guardar en él tus cosas. Fíjate, cintas para el pelo, dedales, cosas así.

Detrás de la puerta se oyó un ruido, como si alguien arrastrara algo, y entró Bunty de espaldas, tirando de un enorme y extraño objeto.

Eran cinco o seis grandes tablones de madera, clavados a la buena de Dios.

—Será una silla —explicó, limpiándose el sudor de la frente—.

¡Oh! No te caerás; pero me pareció que debía enseñártela primero.

Los ojos de Judy sonrieron burlones, pero le dio las gracias calurosamente.

—No te iba a hacer una cosa tan estúpida como la de Pip —continuó el pequeño, mirando con desprecio los cajones—. Esto es verdaderamente útil. Cuando te levantes, podrás sentarte en ella a coser o a leer junto al fuego. ¿A que te gusta más que el regalo de Pip?

Judy salió adelante con habilidad y pidió a ambos que dejaran los regalos con todos los demás, junto a la cabecera de la cama.

—Qué cantidad de cosas vas a tener

que llevarte al colegio, Ju —comentó Nell mientras añadía su contribución, que consistía en un par de puños de camisa de ganchillo y una chaquetita de lana para la muñeca.

Judy le dirigió una mirada de reproche y volvió la cara hacia la pared durante todo el resto de la tarde.

Ésa era la sombra que se había estado cerniendo sobre ella durante la larga quincena que llevaba en la cama: el pensamiento de tener que volver a la escuela.

—¿Qué va a ser de mí cuando me ponga mejor, Esther? —preguntó con desánimo al día siguiente, cuando fue a

verla su madrastra—. Papá tiene reservados para mí un montón de azotes, y tendré que volver al colegio la primera semana.

Esther la tranquilizó.

—No volverás este trimestre, ni probablemente el próximo, Judy. Tu padre dice que irás a algún sitio en compañía de alguno de tus hermanos hasta que te restablezcas; y, entre nosotros, veo muy improbable que vuelvas al colegio.

Una vez alejado ese temor, Judy mejoró mucho más deprisa y sorprendió al doctor con su enorme poder de recuperación.

A las tres semanas ya andaba por toda la casa, delgada y ojerosa, pero otra vez llena de malicia y dispuesta a seguir haciendo de las suyas. El doctor suspendió sus visitas; dijo que hasta ese momento se había recuperado bien, pero que tenía que cambiar de ambiente y marcharse lejos del aire del mar.

—Déjela correr libremente durante unos meses, Woolcot —le aconsejó a su padre en su última visita—; tardará algún tiempo en quitarse esto de encima y en volver a engordar y recobrar toda su antigua energía.

—De acuerdo, se irá inmediatamente —dijo el capitán.

No podía olvidar la impresión sufrida en el viejo desván cinco o seis semanas antes, y habría estado de acuerdo con el doctor aunque le hubiera pedido que la mandara a vivir al Sahara.

El médico le había dicho que el daño padecido por sus pulmones era muy serio.

—No diré que vaya a terminar muriéndose de tuberculosis —había añadido—, pero siempre existe el peligro de que se dé esa traicionera enfermedad en estos casos. Judy es indómita e inquieta; parece dominada siempre por unas tremendas ganas de vivir, y posee una capacidad para la

alegría y el sufrimiento desconocida por completo por naturalezas más tranquilas. Cuidela, Woolcot, y se convertirá en una admirable mujer. Sí, señor, será una gran mujer.

El capitán se fumó cuatro cigarros en la soledad de su despacho antes de llegar a decidir qué era lo mejor que podía hacer para «cuidarla».

Primero pensó enviarla durante algún tiempo a las montañas con Meg y la institutriz, pero entonces se le presentaba el problema de las clases de los otros tres. Podría mandarlos al colegio o contratar a otra institutriz, pero eso suponía un gasto considerable.

Era evidente que las niñas no podían ir solas, porque Meg acababa de demostrar que no era más que una irresponsable, a pesar de sus dieciséis años, y Judy necesitaba atención. Luego, recordó que Esther tampoco tenía buen aspecto; General y los niños eran demasiado trabajo para ella; parecía una sombra de sí misma. Debería mandarla a descansar, y al niño también, por supuesto.

Y otra vez el dinero.

Y otra vez el resto de los hermanos.

Y se acordó de que las vacaciones de Navidad ya no estaban muy lejos. Qué sería de la casa con Pip, Bunty y las

dos niñas pequeñas corriendo salvajemente, sin nadie que impusiera autoridad. Suspirando profundamente, aplastó la colilla del cigarro en la alfombra.

En ese preciso instante, el cartero se acercó por el camino. Al pasar junto a la ventana, miró hacia arriba con una amplia sonrisa y saludó cortésmente. Era como si supiera que en una de las cartas que llevaba estaba la solución al problema que surcaba de arrugas la frente del capitán.

Éste sacaba un quinto cigarro de la caja, con la arruga de encima de la ceja izquierda cada vez más profunda y un

dolor de gota que le iba a obligar a soltar una o dos palabras en «extranjero», cuando llegó Esther con una sonrisa en la boca y una carta en la mano.

—Es de mamá —dijo—. Parece que Yarrahappini está muy solo y quiere que vaya a pasar unas semanas con General.

—¡Ah! —dijo el capitán.

La verdad es que aquello resolvería una de las dificultades. Yarrahappini estaba muy lejos, pero era el antiguo hogar de Esther, al que no había vuelto desde que se casaron. Le vendría muy bien para reponerse.

—¡Oh, y Judy también!

—¡Ah! —exclamó el capitán.

Dos de las arrugas que surcaban su frente desaparecieron como por encanto.

—Y Meg, porque le comenté que últimamente estaba muy pálida.

El capitán volvió a depositar el cigarro en su caja. Incluso se le olvidó que existía una enfermedad llamada gota.

—La invitación no podría ser más oportuna —dijo—. Claro que se acepta; nunca hubiera encontrado una solución mejor, y el clima es excepcionalmente bueno y saludable. Los otros niños pueden...

—Y papá pide expresamente que

vaya Pip, porque dice que es un chico muy divertido.

—La verdad, Esther, es que tus padres son unos filántropos. ¿La invitación incluye a alguien más?

—Sólo a Nell, Bunty y Baby. ¡Ah! Y mamá dice que no hace falta que te diga que se alegrará mucho si te puedes escapar para ir a pasar allí unos días.

—La hospitalidad de los colonos es famosa en el mundo entero, pero esto supera todas las marcas previas, Esther —el capitán se levantó y se estiró con la satisfacción del hombre que se acaba de librar de una pesadilla—. Aceptado. Iréis todos. Ellos sabrán lo que hacen,

pero me temo que Yarrahappini será un lugar más triste, y tus padres más prudentes, antes de que el mes se acabe.

Pero no se podía ni imaginar hasta qué punto.

15 *Trescientas millas en tren*

LENABAN un compartimiento entero. Realmente quedaba un asiento libre; pero la gente, después de echarles una rápida ojeada, se mostraba poco dispuesta a ocuparlo.

Iban los siete, y sólo Esther, con una blusa rosa, un sombrero de marinero y una expresión tan alegre y traviesa como

la del propio Pip, para cuidar de ellos.

El capitán había ido a despedirlos, con Pat para encargarse del equipaje. Había sacado los billetes: dos enteros para Esther y Meg y cuatro medios billetes para el resto. A Baby no le había sacado ni siquiera medio, y la pequeña estaba indignada, porque consideraba que era un insulto para sus cuatro años y medio viajar sin pagar como hacía General.

A pesar de ello, el coste de aquellos pedacitos de cartulina habían conseguido malhumorar al capitán: sólo le habían devuelto dieciocho peniques de las diez libras que había entregado;

pero es que Yarrahappini estaba casi al otro lado del mundo.

Invirtió los dieciocho peniques en comprar varios cuentos y revistas. Evidentemente, el capitán no tenía demasiada buena opinión de los gustos literarios de su familia; a Esther le proporcionó una novelucha que tenía en la portada una dama vestida de verde desvanecida en brazos de un galán con un traje púrpura, y a Meg un ejemplar de «La Rana Saltarina» de Mark Twain, porque últimamente había advertido en sus ojos cierto aire de melancolía.

Luego, la campana sonó estruendosamente, se oyó un agudo

pitido, los mozos de cuerda salieron en desbandada y empezaron los adioses, tristes o alegres según los casos.

En el andén había una mujer llorando desesperadamente, mientras una chica, asomada a la ventanilla de un vagón de segunda, la miraba con ojos tristes y apenados; había un colono de tez tostada, con zapatillas y una gorra de *tweed*, para el que un viaje de trescientas millas era casi tan habitual como cenar, y había un joven que había sido trasladado por un año por motivos laborales y miraba cómo su mujer y su hijo se despedían, pensando que Inglaterra aún estaba más lejos. Había

asimismo varios caballeros de espíritu deportivo, dispuestos a hacer un viaje de doscientas millas para perseguir codornices y wallabys; y vagones repletos de señoras que volvían a las tierras vírgenes después de su contacto anual o semestral con la sociedad y la moda de Sydney; y estaban también nuestros protagonistas, apiñados junto a la puerta y las dos ventanillas, sonriendo y dedicándole a su padre alegres adioses.

Cuando el tren se puso en marcha soltando vapor aparatosamente, el capitán no se deprimió lo más mínimo. La verdad es que bajó por el andén con

aire casi satisfecho, como si la perspectiva de dos meses de soltería no dejara de tener sus alicientes.

Eran las seis y media de la tarde cuando salieron de Sydney, y no llegarían a Curlewis, que era la estación más próxima a Yarrahappini, hasta cerca de las cinco de la mañana. El precio de las literas estaba fuera del alcance de las posibilidades del capitán, porque eran muchos, pero en las redecillas para colocar los bolsos de viaje había varias mantas dobladas y dos o tres almohadillas hinchables para hacer más llevaderas las aburridas horas. La idea de un viaje tan largo en tren había sido

acogida con entusiasmo por los niños. Excepto Judy, ninguno había estado nunca a más de cuarenta o cincuenta millas de casa, y les parecía apasionante la idea de correr y correr sin parar tanto a través de la oscuridad como a plena luz del día.



Pero bastante antes de las diez se produjo un cambio en su estado de ánimo. Nell y Baby habían tenido una pelea porque las dos querían inflar las almohadillas hinchables y estaban demasiado cansadas y malhumoradas para hacer las paces. Pip, sin motivo aparente, le había dado a Bunty un capón y, a cambio, había recibido dos patadas. Judy tenía un terrible dolor de cabeza, y el ruido no contribuía precisamente a mitigarlo. Meg se había cansado de mirar a la oscuridad y preguntarse si Alan habría notado que ya no iba en el barco. Y el pobre General, ante las irregularidades del trato que estaba

recibiendo, llenaba con sus protestas, en forma de estrepitosos ruidos, la cargada atmósfera.

Esther lo había cambiado y llamaba la atención con su camisón de franela de color crema y su chaquetita de punto rosa. Durante media hora, había soportado estoicamente que lo manosearan, le hicieran cosquillas y estuvieran a punto de ahogarlo a fuerza de besos. Incluso había permitido que Nell le mordiese repetidamente los sonrosados deditos del pie y le contara una cantidad sorprendente de tonterías acerca de unos cerditos que iban al mercado y hacían otras cosas igualmente

absurdas.

Apenas había protestado, cuando se desencadenó una pelea por la posesión de su persona y Bunty se había agarrado a su cuerpo, mientras Nell tiraba de sus piernas con todas sus fuerzas.

Pero, más tarde, cuando Esther le preparó una cama en uno de los asientos e intentó acostarlo, pensó que se estaba cometiendo una injusticia con él.

En casa tenía una cuna con barrotes dorados a los pies que brillaban intermitentemente cuando la mecían, no podía entender por qué le privaban de ella y le obligaban a acostarse sobre una manta doblada en tres. Además, estaba

acostumbrado a una tenue luz, un cuarto silencioso y un «Ssss, ssss» de aviso cuando a alguno se le olvidaba que estaba durmiendo y hacía el más leve ruido.

Allí era imposible apagar la luz, y todas aquellas ruidosas criaturas, de cuyas manos tanto tenía que soportar, estaban casi encima de él.

Así que se echó a llorar. Cuando vio que llorando no conseguía la cuna de los barrotes dorados ni los cascabeles que colgaban del mosquitero, elevó la voz en dos notas y, como a pesar de ello su madre se limitó a darle unas palmaditas en la espalda para consolarlo, estalló en

rugidos completamente ensordecedores.

Nell atrajo su atención con sus bucles, pero el pequeño se agarró a ellos y tiró hasta que a la pobre se le saltaron las lágrimas. Esther y Meg le cantaron nanas hasta quedarse sin voz. Judy intentó pasearlo en brazos por el reducido espacio del compartimiento, pero se ponía rígido y ella no tenía todavía suficiente fuerza para sujetarlo. Finalmente, agotado, se quedó profundamente dormido, dejando escapar de vez en cuando un gemido o un hipido de pena.

Luego, descubrieron a Bunty dormido en el suelo con la cabeza

debajo de un asiento, y tuvieron que levantarlo y colocarlo en una postura más cómoda. Baby, sentada muy tiesa en un rincón, cabeceaba como una flor rosa y blanca a la que le hubiera dado mucho el sol.

Una a una, las interminables horas iban pasando lentamente; el tren, con sus enrojecidos ojos, atravesaba velozmente el silencioso y dormido paisaje, virando en las pronunciadas curvas, disminuyendo la velocidad en las zonas más abruptas, atravesando como una exhalación las interminables y extensas llanuras.

La oscuridad dejó paso a un gris

oscuro que poco a poco se fue haciendo más pálido, y entre el cielo y el tren se extendieron miles y miles de retoños de eucaliptos. Arriba resplandeció el sol, y el mundo se volvió terso y sonrosado como un niño que se acababa de despertar. Luego, el gris volvió a reunirse, la temblorosa luz se desvaneció y la lluvia, sacudida furiosamente por el viento que venía de las montañas, empezó a caer torrencialmente, golpeando las ventanillas que trepidaban con el traqueteo del tren. Y así, estrujados, soñolientos y abatidos, saltaron desordenadamente al andén de Curlewis

cuando dieron las cinco de la mañana. Al sentir el aire húmedo del amanecer, Judy empezó a toser y fue llevada apresuradamente a la sala de espera, donde la arroparon con una manta de viaje.

Luego, descargaron los baúles y maletas y el tren volvió a partir velozmente. Cuando lo vieron alejarse, se quedaron desolados y desamparados. No parecía que nadie hubiese ido a recogerlos.

Chapoteo de ruedas mojadas salpicando en los charcos, restallidos de látigos, repiqueteo acompasado de cascos de caballos, y todos salieron de

la sala de espera para mirar hacia la carretera por encima de la blanca empalizada de la vía férrea.

Había una enorme tartana cubierta por una amplia lona amarilla impermeabilizada con alguien en su interior a quien no se veía y una calesa de la que descendió un hombre increíblemente alto.

—¡Papá!

Esther salió corriendo bajo la lluvia. Rodeó con sus brazos el calado impermeable y permaneció así durante uno o dos minutos. Quizá por eso tenía luego las mejillas tan húmedas y brillantes.

—¡Esther, pequeña! —exclamó el hombre, y casi la levantó del suelo para poder besarla, a pesar de que Meg la consideraba alta.

Después, el hombre les dijo que se apresuraran a subir a las tartanas, cinco en una y tres en otra. Todavía tenían por delante veinticinco millas.

—¿Cuándo habéis comido por última vez? —preguntó; las miradas abatidas de los chiquillos le partían el corazón—. Mamá os ha mandado galletas y bocadillos, pero no podremos tomar nada caliente hasta que lleguemos a casa.

Esther le contestó que a las nueve,

en Newcastle, pero que estaba tan caliente que habían tenido que dejárselo casi todo para no perder el tren. Los caballos, azotados por los látigos, corrían por los embarrados caminos a una velocidad que Pip, a pesar de su debilidad, no podía menos de admirar.

Pero fue un viaje triste y pasado por agua y General no dejó de llorar ni un momento, para disgusto de Esther, pues era la primera vez que su padre lo veía.

Por fin, cuando todo el mundo había empezado a pensar que ya había llegado al límite de su paciencia, una cancela blanca rompió la monotonía de las empapadas vallas.

—¡Otra vez en casa! —exclamó Esther alegremente, haciendo saltar a General encima de sus rodillas.

—Soldadito mío, mamá se cayó de esa cancela cuando tenía tres años —dijo mirándola con afecto mientras Pip la abría.

Y otra vez a chapotear bajo la lluvia; las ruedas giraban ahora con cuidado porque el suelo estaba cubierto de hojas caídas de los árboles.

—Pero ¿dónde está la casa? —preguntó Bunty, asomándose por encima del brazo de Pip sin ver más que una interminable extensión de eucaliptos—. Creí que habías dicho que ya habíamos

llegado, Esther.

—Oh, la puerta principal no está tan cerca de la verja como en «Desorden»
—contestó Esther.

Pasaron quince minutos hasta que divisaron las chimeneas; luego, tuvieron que abrir otra puerta.

Un camino de grava muy cuidado, macizos de flores rodeados por boj, una infinidad de rosales que alegraron los ojos de Meg, dos canchas bajo la lluvia.

Y, por fin, la casa.

Lo único que se veía era un porche tan amplio como una habitación normal, y tenía sofás, sillas y mesas esparcidas por todas partes, hamacas colgadas en

los rincones y una glicina cuajada de gotas de lluvia que trepaba por uno de los muros.

—¡Oh! —dijo Pip—. ¡Oh, estoy entumecido! ¡Eh! Pero ¿qué haces?

Porque Esther le había dejado encima a General y, después de saltar de la tartana, se precipitó escaleras arriba.

En el porche había una anciana menuda con un enorme delantal anudado a la cintura. Esther la estrechó entre sus brazos, y se besaron y abrazaron hasta que las dos terminaron llorando.

—Mi niña... —sollozó la mujer, acariciando con manos temblorosas el pelo empapado de Esther y sus mojaditas

mejillas.

Bunty, que había seguido los pasos de Esther, se echó a reír al ver la diferencia que había entre la estatura de su madrastra y la de la anciana.

Esther corrió hacia la calesa, le quitó el niño a Pip y, subiendo rápidamente las escaleras otra vez, lo depositó en brazos de su abuela.

—¿A que está gordito? —dijo Bunty, compartiendo el orgullo de Esther—; mira qué piernecitas tiene.

La anciana se sentó unos instantes en la silla más mojada que pudo encontrar y lo estrechó entre sus brazos.

Pero el pequeño cerró los fríos

puños, forcejeó por soltarse y llamó a gritos a su madre.

El señor Hassal, que había terminado ya de descargar las calesas, subió también.

—¿No les vas a dar nada de desayunar, mamá? —dijo, y la pobre anciana, disgustada, soltó a su nieto, que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Mira que soy tonta! —exclamó—. ¡Tanto pensar en ello, y aflora se me olvida!

Diez minutos más tarde, se encontraban todos en el acogedor comedor, ya con ropa seca, dispuestos, a devorar un estupendo desayuno.

—¡Vaya hambre que tenía! —dijo Bunty con la boca llena de pan, mientras descascarillaba su cuarto huevo sin perder de vista una fuente que tenía miel a un lado y crema al otro.

—Los platos de siempre —dijo Esther; levantó el suyo ya vacío y examinó cuidadosamente las rosas azules que lo decoraban—. Y pensar que la última vez que comí en uno...

—Eras una hermosa novia —dijo la anciana—, y todo el mundo estaba pendiente de cómo partías la tarta. Desde entonces, se han roto dos piezas... Sí, Hannah, la chica que vino después de Emily, hizo añicos la sopera

y desportilló el asa del azucarero.

—¿Dónde estaba papá? —preguntó Meg, que estaba poblando de invitados la habitación. El jamón y las chuletas, el pan, los huevos y los fruteros se habían convertido en una tarta blanca de varios pisos adornada con flores plateadas.

—Exactamente ahí, donde está sentado Pip —dijo la señora Hassal—; estaba ayudando a Esther a partir la tarta con su propio sable. Menudo agujero hiciste en el mantel, Esther, en mi mejor mantel de damasco, aquel que tenía hojas de enredadera, ¿te acuerdas? Pero ya lo he zurcido, querida.

Baby se había derramado el café

encima, manchando de paso a Bunty, que estaba a su lado.

Cansada y nerviosa por tanto ajetreo, se echó a llorar y se escondió debajo de la mesa. Meg la cogió en brazos.

—Voy a acostarla —dijo—; está rendida.

—Yo también —dijo Nell, dejando en el plato una torta ya empezada y retirando su silla de la mesa—. Estoy muy cansada.

—Y yo —Bunty se metió en la boca de una vez todo lo que le quedaba en el plato y se levantó—. Además, tengo café hasta en las botas.

En el preciso momento en que el cielo empezaba a sonreír y a dispersar sus lagrimones, se fueron todos a dormir, dispuestos a recuperar la noche perdida. Y eran las seis, la hora del té, cuando el primero de ellos abrió los ojos.

16 *Yarrahappini*

YARRAHAPPINI a pleno sol, un sol de los que hacen que la columna de mercurio del termómetro se dispare hasta las alturas. A lo lejos, en la distancia, había una línea azulada de colinas y frondosos árboles.

Cerca de la casa, los árboles eran verdes y hermosos, y las flores, una llamarada de color.

Pero la llanura que se extendía en

medio era parda. Parda hierba agostada, con algunas ocasionales manchas de un color verde apagado, salpicada de vez en cuando por vallas, que aumentaban en las pequeñas colinas que rompían la monotonía de la llanura y desaparecían en los declives de terreno donde la hierba era tupida y crecían los helechos. La hacienda constaba de una pequeña colectividad de casitas en la cima de una colina. Unos años antes, cuando Esther no era mayor que el propio General, allí sólo había un tosco barracón de tablones y una o dos pequeñas cabañas de madera, utilizadas como dependencias.

Un buen día, el señor Hassal tomó las riendas. Trabajó más que cualquiera de los ganaderos que estaban con él, y la señora Hassal dejó de lado sus costumbres de niña, sus labores, su guitarra y sus acuarelas, y se puso a fregar, guisar y lavar como siempre han hecho las mujeres de los colonos, hasta que el mercado de la lana les proporcionó tiempos mejores.

Y entonces, justo delante del barracón, se levantó una gran casa de piedra con parterres de flores. Hasta ese momento, lo más aristocrático que había crecido allí eran los geranios encarnados. Era una hermosa casa con

numerosas salas, muchas ventanas y un amplio porche. La pequeña casita roja servía de cocina y dormitorio para las dos mujeres que trabajaban con los Hassal y estaba unida a la grande por una galería cubierta. No muy lejos, había una vivienda con dos habitaciones, en la que se alojaba el hijo de un barón inglés, quien, a cambio de setenta libras anuales y la manutención, llevaba la contabilidad de Yarrahappini y se encargaba de los suministros.

Algo alejadas de aquellas viviendas se levantaban, adosadas, dos construcciones hechas de corteza de árbol. En una de ellas vivía Tettawonga,

un encorvado anciano negro que no hacía otra cosa que fumar y dar cada mañana su opinión sobre el tiempo.

Veinte años atrás colaboró en el asentamiento de la casita roja, que había llegado ya construida en una carreta tirada por bueyes.

Quince años atrás mató con un *tomahawk* a uno de los dos salteadores de caminos que intentaron robar en Yarrahappini en ausencia de su dueño. Luego, llevó a la asustada señora Hassal y a Esther, que entonces era muy chiquitita, a un lugar seguro, y volvió y le asestó al otro hombre un golpe en la cabeza que le mantuvo aturdido hasta

que llegó la ayuda.

Con ello, es evidente que se había ganado el derecho al alojamiento, la comida diaria y la pipa, que nunca se le caía de la boca.

En la otra construcción vivían, cuando no estaban trabajando en algún lugar lejano, dos de los peones de la plantación.

Cerca de la casa había un edificio alargado, de tablas, con una pesada puerta cerrada con un candado.

—Vamos a entrar —dijo Nell, atraída por el tamaño del candado—; parece la casita del tesoro de un cuento. ¿No podemos entrar, abuelita?

Los seis niños, la señora Hassal, a quien todos llamaban «abuelita» —cosa que le encantaba—, y Esther con el pequeño estaban recorriendo las construcciones.

—Tienes que ir a preguntárselo al señor Gillet —dijo la anciana—; él tiene las llaves de los almacenes. Mirad, vive ahí, en esa casita que hay cerca del depósito. Por favor, preguntádselo con educación.

—Es un caballero —le comentó a Esther en voz baja—, tan inteligente, tan correcto. Si no bebiera tanto...

Meg y Judy se dirigieron hacia la casa seguidas por Baby, que corría tras

ellas todo lo de prisa que se lo permitían sus piernas.

—Adelante —contestó una voz a su llamada.

Nerviosa, Meg vaciló momentáneamente, y alguien abrió la puerta. Era un hombre alto, demacrado, con los ojos tristes e inquietos, las cejas muy pobladas y la barba bien cuidada.

Judy le dijo que la señora Hassal las había mandado a pedir las llaves, si él no tenía ningún inconveniente.

El hombre les pidió que entraran y se sentaran mientras iba a buscarlas.

Como expresaron con claridad los ojos azules de Meg, ésta se quedó

sorprendida a la vista de la habitación, porque había oído comentar que él sólo era el encargado del almacén. Había varias estanterías llenas de libros de Shakespeare, Browning, Shelley, Rossetti y Willian Morris y de otros muchos autores que ella no conocía, y en las paredes se podían ver varias fotografías cuidadosamente enmarcadas y algunos grabados con escenas inglesas y continentales. En una rinconera había un jarrón de plata cincelada, lleno de pasionarias. La mesa, cubierta por los restos del desayuno, era tan bonita, aunque a escala reducida, como la de la casa grande.

El hombre salió de la habitación interior con las llaves.

—Temía que se me hubieran perdido —dijo—: la de en medio abre el candado, señorita Woolcot; la grande de latón es la de los depósitos, y la grande de hierro, la de la alacena.

—Muchas gracias, pero me temo que le hemos interrumpido el desayuno —dijo Meg, levantándose y poniéndose colorada porque creía que el hombre se había dado cuenta de su sorpresa al ver las estanterías.

El señor Gillet le restó importancia al asunto y mantuvo la puerta abierta para que salieran mientras se inclinaba

ligeramente con cortesía. Meg se preguntó perpleja cómo un hombre así podía tratar con quintales de carne en conserva y enormes depósitos de harina. Cuando se marcharon, el señor Gillet se quedó mirándolas, o por lo menos a Meg, que llevaba un fresco vestido veraniego de muselina con una ancha banda azul en el talle y un sombrero con una brillante cinta de seda que le caía hasta la cintura.

Las larguiruchas piernas de Judy y la arrugada batista de su vestido no tenían nada de pintoresco.

La señora Hassal abrió el candado del almacén. Los niños estallaron en un

coro de «¡Ohs!» y «¡Ahs!».

Baby no había visto en su vida tanto azúcar junto; por la expresión que tenía, no le habría importado nada perderse dentro del almacén durante una o dos horas.

—¡Y pasas! Había una enorme caja de madera llena hasta el borde. Unas cuarenta libras —dijo la señora Hassal cuando le preguntaron.

Bunty cogió apresuradamente un puñado y se lo metió en el bolsillo, aprovechando que los demás se habían detenido a mirar una montaña de velas.

—Hechas en casa. Sí, sí, por supuesto, hijos —dijo la anciana—. No

se me ocurriría jamás utilizar velas compradas, como tampoco usaría jabón comprado.

Les enseñó las grandes barras de un tono amarillo pálido, fragantes y olorosas, destinadas al aseo.

De las vigas colgaban apretadamente jamones y paletillas.

—Aquéllos son de carnero —dijo la señora Hassal, señalando una parte—. Los reservo para los ganaderos.

Pip quiso saber si aquellos víveres durarían mientras vivieran. Había suficientes. Pero se quedó atónito cuando oyó decir que cada seis meses había que llenar de nuevo el almacén.

—Hay entre veinte y treinta hombres en la hacienda, incluidos los guardas y los ganaderos que trabajan en las distintas zonas de la propiedad; pero ese número se duplica cuando llega la época de esquila o seleccionar el ganado, y eso sin contar los vagabundos que vienen a la caída del sol buscando un poco de comida y un sitio donde pasar la noche. Es como alimentar a un ejército, hijos míos —dijo—; y además tengo que ocuparme de todos vosotros..., sobre todo de Bunty.

Al decir esto último, sus ojillos grises miraron al pequeño.

—Si quieres, las dejas en su sitio —

dijo Bunty enfurruñado, sacándose del bolsillo media docena de pasas—. Con todas las que tienes, creí que no te importaría. En casa sólo tenemos un bote.

La anciana le acarició la cabeza, abrió una caja y le llenó las manos de higos secos y dátiles.

—¿Y tienes que guisar todos los días para todos esos hombres? —preguntó Meg, dudando que hubiera un horno suficientemente grande para hacerlo.

—Oh, no, querida —contestó la anciana—. No, no; cada uno se lo hace en su propia cabaña. Ni siquiera les damos el pan. Lo que sí les damos son

raciones de harina para que se lo hagan ellos mismos. También les proporcionamos una cantidad fija de carne, té, azúcar, tabaco, velas, jabón y dos o tres cosas más.

—¿Dónde guardáis la lana? —dijo Pip, que estaba por encima de ese tipo de menudencias—. No veo ningún cobertizo ni nada parecido.

La señora Hassal le contó que estaba a una milla riachuelo arriba. Allí se bañaba a las ovejas y se las trasquilaba cuando llegaba la estación adecuada. Pero hacía tanto calor que nadie, ni siquiera Pip, se animó a ir a verlo. Así que se fueron con el señor Hassal a los

establos de ladrillo y dejaron a la abuela con Esther, General y Baby.

Dentro, había tres o cuatro carruajes, pero los caballos estaban fuera, en el campo. Atravesaron el potrero y subieron por la ladera de la colina. Media docena de caballos contestaron al extraño silbido del señor Hassal; el resto eran criaturas indómitas, salvajes, que, ante la presencia de la gente, sacudieron al aire las crines y huyeron, internándose entre los árboles.

Pip, que presumía de entender de caballos, eligió uno gris que tenía las patas largas y la cabeza pequeña y hermosa; parecía muy veloz. Judy

escogió uno negro de ojos inquietos y enrojecidos, pero el señor Hassal se lo negó porque tenía un temperamento muy inestable, así que se tuvo que conformar con uno castaño que tenía el hocico suavemente satinado.

Con un susurro, para que no pudieran oírlo ni Pip ni Judy, Meg pidió «algo muy tranquilo», y el señor Hassal le dio un caballo que había tirado de la calesa de su mujer dieciocho años antes. Después, el padre de Esther les dijo que los animales estarían a su entera disposición mientras durara su estancia en Yarahappini, pero que, si querían disfrutar del paseo, lo mejor sería que

se limitarían a salir antes del desayuno o después de la hora del té; el resto del día hacía un calor insoportable para montar a caballo. Nell estaba francamente decepcionada con las ovejas. Había esperado encontrar montones de hermosas criaturas blancas como la nieve, que se dejarían acariciar, poner lacitos en el cuello y sacar a pasear.

La mañana del segundo día, Nell inspeccionó desde la cima de la colina potrero tras potrero, pero sólo vio una masa marrón que se movía con lentitud en cada uno de ellos; bajó corriendo a plena luz del sol para verlas de cerca.

—¡Qué vergüenza! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas al ver a aquellas criaturas gordas y fofas con los vellones sucios y descuidados.

—Espera un poco, hija mía —le dijo el señor Hassal—; ya verás cuando les demos un baño.

17 Selección de ganado en Yarrahappini

UNA noche, Pip no pudo pegar ojo, pensando en la selección de ganado del día siguiente. Como era un muchacho para el que la variedad era la sal de la vida, los primeros días había estado vagabundeando por la propiedad en

busca de una nueva ocupación. Al principio, había llegado a pensar que nunca se cansaría de cazar conejos. El señor Hassal le había dejado «la más preciosa de las escopetas» y Tettawonga le había acompañado el primer día, si bien es cierto que se había mostrado bastante desdeñoso ante el entusiasmo expresado por el muchacho después de haber cazado dos conejos.

—Por Baal, disparar. Muchos conejos en matorral, se van norte, se van sur, se van todas partes. Por Baal, alambre de púas, por Baal, envenenar. ¡Bah!

Pero Pip no se desanimó; por el

contrario, pensó que le había hecho un gran servicio al estado de Yarrahappini al librarle de aquellas dos criaturas marrones, suaves y veloces. Cuando llegó a casa, las exhibió con orgullo delante de sus hermanas, sacó brillo al arma, que estaba completamente limpia, y se preparó para volver a salir al día siguiente.

Cuando lo vio partir, Tettawonga se quitó la pipa de la boca y se echó a reír con una risa que se parecía al cacareo de una gallina y que no le hizo ninguna gracia a Pip.

—¡Mañana y mañana también!
Conejo corre rápidamente ahora.

Muchacho viene con escopeta grande, conejo se asusta, conejo se esconde...

Pip comprendió aquella jerigonza lo suficientemente bien como para saber que le estaba tomando el pelo, y le dijo airadamente:

—Cállate y deja de decir cosas raras.

Luego, se echó al hombro la escopeta, de la que no podía estar más orgulloso, y saltó la cerca de alambre con púas, dispuesto a acabar con aquellos roedores que, de otra manera, impedirían que el señor Hassal se hiciera rico.

Aquel día cazó cinco, cuatro el

siguiente y siete el otro, pero después se fue cansando poco a poco y se dedicó a perseguir aves, que era mucho más divertido, aunque menos positivo para el zurrón.

Los días estaban colmados de emociones, y, de no ser por el intenso calor, la felicidad habría sido completa durante aquel primer mes en Yarrahappini.

¡Y, encima, la selección de ganado!

La mañana del gran acontecimiento, el desayuno se sirvió muy temprano; hacia las siete y media ya casi habían acabado, y Pip, enfebrecido por la impaciencia, le decía al señor Hassal

que estaba seguro de que se les iba a hacer tarde y se lo iban a perder.

Judy había suplicado insistentemente que le permitieran asistir, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que no había nada que hacer. Incluso se llegó a poner en duda que fuera prudente permitir que Pip se enfrentara al peligro que iba inseparablemente unido a la selección del ganado salvaje que había sido conducido hasta allí desde muy lejos.

Pero Pip había conseguido salirse con la suya, y se vistió de una forma tan adecuada para la ocasión, que el señor Hassal no tuvo corazón para decirle que

no.

Bajó a desayunar con una camisa de cosaco y un par de viejos pantalones de estameña atados a la cintura por una correa de cuero, de la que colgaba airosamente un cuchillo de monte desenvainado y recién afilado. Por nada del mundo hubiera consentido en ponerse una chaqueta encima o en meter el cuchillo en su funda.

Las primeras luces del día llegaron a las escaleras del porche al mismo tiempo que el espléndido caballo del señor Hassal. El señor Gillet le esperaba ya, montado en un caballo ruano muy bien preparado; llevaba tres

látigos con empuñadura, dos largos y un tercero más corto, que le ofreció a Pip.

La cara del muchacho se iluminó.

—¡Hurra, Fizz! —gritó,

levantándose de la silla de montar y blandiendo el látigo por encima de su cabeza—. ¿No darías cualquier cosa por cambiarte conmigo?

Después clavó los talones en los flancos del animal y descendió a galope por la colina.

Cabalgaron una milla y media antes de llegar al corral del ganado, y allí fue el delirio.

El muchacho no tenía ni idea de dónde podían haber salido todos

aquellos hombres. Serían unos veinte o treinta, ganaderos, esquiladores —de su conversación se desprendía que no tenían empleo fijo—, dos aborígenes, además de Tettawonga, que permanecía fumando y mirándolo todo con una expresión plácida y soñolienta, y otros peones del rancho.

En el primer corral había quinientas cabezas de ganado que habían sido llevadas hasta allí la noche anterior. Aquello parecía un mar de cuernos y colas agitadas al viento como látigos. Los animales tenían unas cornamentas grandes, abiertas, de aspecto terrorífico, con las que se embestían furiosamente

entre sí al no poder atacar al enemigo común.

Durante unos instantes, Pip no se sintió con fuerzas para abandonar la seguridad que le proporcionaba el lomo de su caballo. El estruendo de cuernos y pezuñas y las violentas acometidas de los desesperados animales a la valla eran tales, que no le habría extrañado nada que ésta se hubiera venido abajo en cualquier momento.

Pero todos los hombres se habían sentado ya en la parte superior del cercado, desde donde dominaban a los enloquecidos animales, así que no le quedó más remedio que atar a un árbol

las bridas del caballo y proceder cautelosamente a seguir su ejemplo.

A una repentina señal del señor Hassal, los hombres bajaron al interior del recinto y se situaron la mitad a un lado y el resto al otro. Su objetivo era conseguir que uno o dos centenares de reses entraran en un corral contiguo que tenía la puerta completamente abierta. Pip estaba asombrado del valor de aquellos hombres. Por un momento, el corazón le dio un vuelco al ver cómo, uno tras otro, los animales trataban de cargar contra ellos, pero el aire se llenó con el chasquido de los poderosos látigos y las varas de los peones, y las

reses fueron retrocediendo hasta el centro con el morro chorreando sangre.

Luego, una enorme criatura negra, seguida por toda la manada, embistió violentamente contra la puerta con un rugido que pareció estremecer toda la llanura. Con la velocidad de un rayo, los hombres, chillando, gritando, restallando los látigos, formaron una barrera detrás para empujar a los animales hacia adelante. Pip, completamente fuera de sí, gritó entusiasmado. Después, volvió a contener la respiración. El señor Hassal y uno de los muchachos negros se arrastraron sigilosamente hacia la

puerta, por la que seguía entrando un tumultuoso mar de cuernos y lomos. Tras una docena de vigorosos golpes de los ganaderos, el último líder retrocedió momentáneamente, frenando a las reses que lo seguían.

Los dos hombres aprovecharon ese momento para correr los cerrojos, y el ganado quedó dividido en dos.

Otra vez dos filas de ganaderos, mugidos, sangre, cuernos, cuero, pezuñas y restallido de látigos en el aire, y entre cuarenta y cincuenta reses quedaron encerradas en un tercer corral. Era un lugar largo y estrecho con una puerta al final que conducía a la última

división.

Pip se enteró por medio del señor Gillet del objetivo de esta selección: algunas de las reses eran criaturas casi inservibles, que habían sido adjudicadas a un comprador por un par de libras por cabeza, sólo por los cuernos, la piel y la carne que se pudiera obtener de ellas. Otras, de primera calidad, eran gordas y estaban destinadas al matadero y al mercado de Sydney. Las últimas eran animales espléndidos, de gran valor para la reproducción o para participar en concursos, y había que llevarlas a un cercado distinto.

El hombre que estaba en la última

puerta hacía la selección definitiva. Armado con una vara gruesa y corta, iba decidiendo, con la velocidad del rayo, a qué clase pertenecía cada uno de los animales que el resto de los hombres iba empujando hacia él. Un fuerte golpe en el hocico, una serie de rápidos toques entre los dos ojos, y hasta el más violento de los animales se precipitaba ciegamente hacia donde los hombres querían. El trabajo continuó durante todo el día, y sólo cuando las cálidas sombras de color púrpura empezaron a caer sobre la llanura, los hombres aseguraron el último cerrojo, terminó la batalla y los animales quedaron

encerrados en la división correspondiente.

Pip comió suficiente carne en conserva y pan como para reventar, bebió más té del que jamás había dispuesto de una sola vez en todos sus catorce años de vida, se balanceó en la silla de montar intentando imitar, con más o menos éxito, a los hombres más veteranos, y pensó que si hubiera tenido una pipa negra, de aspecto siniestro, como la de Tettawonga y el resto de los ganaderos, habría sido completamente feliz. Habría alcanzado la mayoría de edad.

Llegó a casa rendido de cansancio y

entretuvo a sus hermanas y a Bunty con una narración muy expresiva de los acontecimientos del día, deteniéndose minuciosamente en sus propias proezas y en los múltiples y diversos peligros de los que había conseguido escapar.

Al día siguiente acompañó a caballo a Esther y Judy para ver la salida de las reses.

Lo mejor del contingente, que el señor Hassal había querido separar pero no vender, fue sacado por la puerta y conducido a sus antiguos terrenos y pastos.

Los «imperfectos», aproximadamente unos ciento cincuenta,

con media docena de ganaderos montados en los mejores caballos del lugar, fueron liberados de su encierro en un estado de frenética desesperación, reunidos y conducidos por la llanura hacia la carretera entre gritos y restallidos de látigos. Una o dos horas después se puso en camino el lote destinado a «carne», y la paz volvió a reinar en Yarrahappini.

Durante aquellos dos días de agitación y entusiasmo, los niños decidieron sus futuras profesiones; todas, por supuesto, relacionadas con el campo.

Pip sería ganadero, para dedicarse

durante toda la vida a marcar reses y seleccionar ganado; Judy sería su ayudante y Pip le dejaría montar a caballo y le daría un látigo tan largo como el suyo; a Meg le gustaría casarse con el colono más rico de Australia y organizar cacerías y «cosas así» a las que invitaría al gobernador y al primer ministro, y dar bailes a los que asistiría gente de todas partes; Nell decidió que, cuando le llegara la hora de sentar la cabeza, se dedicaría a hacer jabón y velas blancas y de colores; Baby prefería tener las praderas llenas de corderitos que nunca crecieran, que no se convirtieran en ovejas.

A Bunty no terminaba de entusiasmarle ninguna de las ideas.

—Yo quiero ser como el señor Gillet—dijo con ojos soñadores.

—¡Bah! Yo nada de libros ni números; dadme un terreno lleno de pasto y unos cuantos miles de ovejas—dijo Pip.

—¡Eso! ¡Eso!—convino Judy.

—¡Sois tontos!—dijo Bunty burlonamente—. El señor Gillet tiene las llaves del almacén... Acordaos de todos los higos y pasas que había.

18 *Excursión a Krangi-Bahtoo*

ESTHER había ido a un baile, pero no con un vestido de un delicado tono pastel con enormes mangas abullonadas, ni con el esbelto y hermoso cuello desnudo bajo el chal, ni había pasado de la oscuridad a una explosión de luces y música alegre.

Había ido a plena luz del día con

una falda tosca, una camisa azul y un sombrero de marinero.

Debajo del asiento de delante, ocupado por el señor Hassal, iba una caja con un maravilloso vestido de seda color narciso con un delicado plisado de gasa. Esther llevaba también un abanico de plumas en una sombrerera encima de las rodillas, zapatos y medias del mismo color y unas enaguas inmaculadas, cuya sola visión hacían suspirar a Meg deseando ser mayor.

Pero todavía faltaba mucho tiempo para que Esther se las pusiera.

El baile iba a tener lugar a la nada desdeñable distancia de cincuenta y

cinco millas a campo traviesa, así que tuvo que ponerse en camino bastante pronto para tener tiempo suficiente para «emperejilarse», como decía Pip.

Los niños, como compensación por no poder gozar de semejante placer, iban a hacer una excursión muy poco corriente.

En primer lugar, el sitio elegido estaba a unas catorce millas; y en segundo, no iban a hacer el viaje en las tartanas habituales, ni en caballos, sino en una carreta tirada por doce bueyes uncidos por yugos.

Uno de los jinetes fronterizos había comunicado que un magnífico eucalipto,

conocido de siempre por King Korre, había sido derribado durante un furioso vendaval. El señor Hassal dijo inmediatamente que, aunque fuera difícil, debían trasladarlo para hacer una especie de presa en el riachuelo, en Krangi-Bahtoo, lugar elegido para la excursión. El árbol derribado yacía a unas veinte millas del rancho; de modo que se dispuso que la carreta llevara a la expedición al lugar escogido, a unas catorce millas, fuera por el árbol, volviera con él, lo depositara cerca del riachuelo para la futura construcción y recogiera a los niños antes de la caída de la tarde.

De no haber tenido que acompañar a su hija al baile, el señor Hassal habría ido con ellos para ocuparse personalmente de todo. Así que puso la enorme carreta bajo la responsabilidad de cuatro hombres, dándoles instrucciones precisas para que recogieran por el camino a otros dos peones que les ayudarían en la tarea.

Krangi-Bahtoo era el nombre dado al nacimiento del riachuelo, que había horadado el terreno hasta convertirlo en una magnífica garganta entre escarpadas rocas y cantos rodados, por los que saltaban los canguros jugando al escondite con los cazadores. Había

imponentes eucaliptos que parecían perderse en el cielo, que cubría todo como un dosel.

Tettawonga les contó que el agua que caía había hecho una poza hermosa y profunda, y delicados helechos se habían ido deslizando poco a poco para ceñir su contorno y crecían espesas y vigorosas las palmeras. La polla de agua tenía en esos parajes su casa, el cisne negro anidaba entre los tupidos juncos y el pato salvaje solía dibujar en el firmamento oscuros zigzags. Entre los árboles, el pájaro diamante, el pájaro lira, el martín pescador y el talegalla llenaban el aire con su algarabía, ya que

no música. Y la serpiente negra, la serpiente marrón y la víbora se deslizaban silenciosamente entre las hojas caídas de los árboles, manteniéndose siempre alerta ante los posibles intrusos. Por eso, se puso una condición a la excursión, tan generosamente prometida:

«Todo el mundo podría ir en la carreta tirada por los bueyes, pero tendría que quedarse en la parte superior de la garganta, porque, si alguno se aventuraba a bajar, sería devuelto inmediatamente a Sydney».

Los niños prometieron obedecer fielmente. La señora Hassal, aunque

menuda de tamaño, sabía muy bien cómo hacerse obedecer.

Luego, prepararon un número increíble de cestas repletas de exquisitos manjares.

También fue el señor Gillet para dar a la expedición apariencia de seriedad y estar al tanto de que nadie cogiera una insolación.

Al subir a la carreta, donde ya le estaban esperando los siete, llevaba en un bolsillo un volumen de Heine para hacer frente a la larga y poco habitual jornada, un grueso libro de Tennyson en el otro y un fajo de periódicos ingleses debajo del brazo.

¿Los siete? Pues sí, los siete.

Judy se había negado en redondo a ir sin General y había prometido «por su vida» no dejar que le acechara ningún peligro.

El señor Gillet se quedó consternado cuando se enteró de que iban a ir todos, sin la sustracción de los más dispuestos a hacer travesuras o la adición de alguien cargado de autoridad que no fuera él mismo. Por un momento, desconfió de sus propias fuerzas ante una situación así.

Judy captó su mirada dubitativa.

—¿Está usted recitando poesías en voz baja, señor Gillet? —preguntó.

—¿Yo? —dijo mirándola asombrado —. Claro que no. ¿Qué le hace pensar eso, Judy?

—Lo puedo oír con toda claridad — dijo Judy—. Sus ojos lo están diciendo, y lo dice su oreja izquierda también, por no hablar de las puntas de sus bigotes.

—¡Judy! —la reprendió Meg, a quien algo hacía estar extrañamente silenciosa.

El señor Gillet fingió alarmarse. Cerró los ojos, se agarró la oreja y se tapó el bigote.

—¿Qué pueden estar diciendo? — dijo.

*Ojalá yo estuviera donde quiero;
entonces no estaría donde estoy;
pero donde estoy ahora es donde debo;
no puedo irme a otro sitio y no me voy.*

—Meg, me gustaría que dejaras de pisarme el pie.

Después de eso, incluso el señor Gillet se animó y se mostró más alegre y comunicativo, para demostrar que se estaba divirtiendo y pasándolo bien, y los bueyes, contagiados por el desbordante entusiasmo de los que iban tras ellos, empezaron a moverse un poco

más deprisa que las tortugas. Sin embargo, después de haberse arrastrado como unas diez millas, la lenta marcha y el calor que caía a plomo consiguieron calmarlos algo.

—Meg, aquel eucalipto plateado que no tiene hojas indica que hemos llegado ya.

Cómo se alegraron de poder, por fin, echar pie a tierra para desentumecerse y estirar un poco las piernas y los brazos. A nadie se le habría ocurrido pensar que un viaje arrastrados por bueyes podía convertirse en algo tan monótono, cansado y poco provechoso como aquél tras las dos primeras millas.

Luego, la carreta siguió su camino.

—Si no van un poco más deprisa, dudo mucho que podamos estar de vuelta antes de que el sol se ponga — comentó el señor Gillet—; ya es la hora de comer.

Se encontraban en una extensa pradera que descendía abruptamente hasta la garganta y las tierras pantanosas.

A un lado, daba sombra una franja de enormes árboles; al otro, una cerca de alambre con púas indicaba que aún no habían salido de Yarrahappini. Un poco más arriba, había una solitaria cabaña de corteza de árbol, en la que

vivía uno de los ganaderos.

Todos en bloque subieron hasta allí para hablar con él antes de que se uniera al resto de los hombres y ver de paso su casa por dentro.

No era más que una pequeña habitación con una chimenea de la que colgaban una sartén, una tetera, una taza y una cuchara. En un rincón había un camastro con un par de mantas azules, y en el centro de la habitación, una mesa de madera y una silla. Encima del hogar se podía ver una tosca alacena, hecha con una caja de jabón, que servía para guardar los víveres y provisiones. Suspendido de un clavo del techo, no

muy alto, había un mosquitero, y las moscas que zumbaban a su alrededor evidenciaban que dentro había carne. Las paredes estaban empapeladas con varios ejemplares de periódicos y revistas. Encima de la silla, donde lo había dejado su propietario, estaba un viejo *Daily Telegraph*.

El hombre era toda una sinfonía en marrón: marrones los ojos, hundidos; marrón el pelo de aspecto polvoriento; marrón la cuarteada piel quemada por el sol; marrón la descuidada barba, y marrones los pantalones de pana y la chaqueta.

Sin embargo, su pipa de arcilla

estaba negra, como si llevara fumando en ella más de veinte años.

—¿No le gustaría vivir más cerca de la casa? —le preguntó Meg—. ¿No está esto demasiado aislado?

—Ni hablar —dijo el hombre marrón como si sólo hablara para su pipa y su barba.

—¿Qué hace cuando no está fuera? —quiso saber Pip.

—Fumar.

—Pero ¿por las noches y los domingos?

—Fumar —dijo.

—Y el día de Navidá, ¿qué ez lo que hacez? —preguntó Baby.

—Fumar —contestó una vez más.

Judy se moría de curiosidad por saber cuánto tiempo llevaba viviendo en aquel reducido espacio, y todos se quedaron sin habla cuando le oyeron decir que, prácticamente, había pasado allí los últimos siete años.

—¿Y no se le ha olvidado hablar?
—preguntó Judy, impresionada.

Pero el hombre respondió, siempre dirigiéndose a su pipa, que estaba el gato.

Baby, que ya lo había descubierto bajo la lata de gasolina que hacía las veces de cubo, había recibido tres arañazos. Marrón como su dueño, era

delgado como un alambre y tenía una mirada huraña y unos orgullosos bigotes; sin embargo, entre los dos había un afecto de años.

El señor Gillet le dijo que el señor Hassal quería que fuera con el resto de los hombres y les ayudara a transportar el árbol.

El hombre se caló hasta las cejas el sombrero marrón y se dirigió hacia la carreta, que, arrastrándose lentamente por el polvoriento camino, estaba a punto de alcanzar la cima de la colina.

—Agua en tina, más cerca que riachuelo —murmuró para que se enterara su pipa antes de partir, y los

niños buscaron el aljibe y llenaron encantados sus teteras para tener agua durante la comida.

Los pollos y patos asados por la señora Hassal estaban muy buenos, aunque se achicharraban en el plato, como si el sol quisiera terminar de tostarlos. Las tartas de manzana y los pasteles de albaricoque desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, y de la macedonia de frutas que llevaban en dos frascos con tapa de rosca no quedó para contarle ni una sola cucharada.

El señor Gillet, atendiendo a una petición muy especial, había llevado ingredientes para hacer una torta y,

después de comer, se dispuso a prepararla para poder tenerla a la hora del té.

—¡Qué asco! —exclamó Judy—. ¡Se hace así! Yo no quiero ni probarlo.

La verdad es que fue elaborada con una rapidez pasmosa.

El señor Gillet se limitó a echar en un plato un poco de harina que llevaba en una bolsa, añadió luego una pizca de sal y un poco de agua; después, le dio forma a la masa y la dejó sobre las brasas, cubriéndola con cenizas.

—¡Qué porquería! —exclamó Nell arrugando la nariz.

Pero una vez que la masa estuvo

cocida, el señor Gillet la cogió y, con un soplido, le quitó de encima las cenizas... Y, ¡oh sorpresa!, apareció un pan ligero, crujiente, blanquísimo.

Así que se lo comieron y tomaron nota mentalmente para hacerlo en «Desorden» en todas y cada una de las excursiones que hicieran.

Luego, llenaron los platos de manjares y los dejaron en la alacena del hombre marrón. Por su parte, el señor Gillet puso encima de la silla, junto al gato, los periódicos ingleses que llevaba y que el hombre aún no había leído.

—Este *Telegraph* es de hace un mes —dijo con desaprobación, viendo cómo

Meg le sonreía por primera vez aquel día.

19 *Una cinta azul celeste para el pelo*

LA razón por la que nuestra gentil y pálida Meg se había mostrado tan poco dispuesta a sonreír tenía que ver precisamente con aquel hombre que no les hacía caso.

Durante aquel mes había surgido una

cálida amistad entre la muchacha de aspecto frágil, que miraba con sus serenos ojos azules un futuro que presentía hermoso, y el hombre cansado de la vida, que volvía la vista a un pasado tenebroso y nada alegre por culpa de sus propios errores.

Como a la señora Hassal no le gustaba que las dos niñas se alejaran solas, el señor Gillet las acompañaba todos los días a dar un paseo a caballo. Judy rara vez iba al paso y el corcel de Meg apenas podía ir a medio galope, así que el hombre se solía quedar con la tímida amazona.

—Me recuerda usted a una hermana

pequeña que tuve y que murió hace tiempo —le comentó una vez a Meg después de una larga conversación—. Quizá si estuviera viva, yo no sería tan despreciable.

Meg se puso colorada, y una mirada de vergüenza se asomó a sus ojos.

—Quizá eso le apene ahora —dijo Meg con un susurro que apenas pudo oír el hombre, y luego palideció ante su propio atrevimiento y se alejó cabalgando para ocultar su turbación.

En el camino de vuelta a casa, a Meg se le cayó la cinta azul celeste que ataba su dorada trenza. El señor Gillet desmontó del caballo y la recogió. Meg

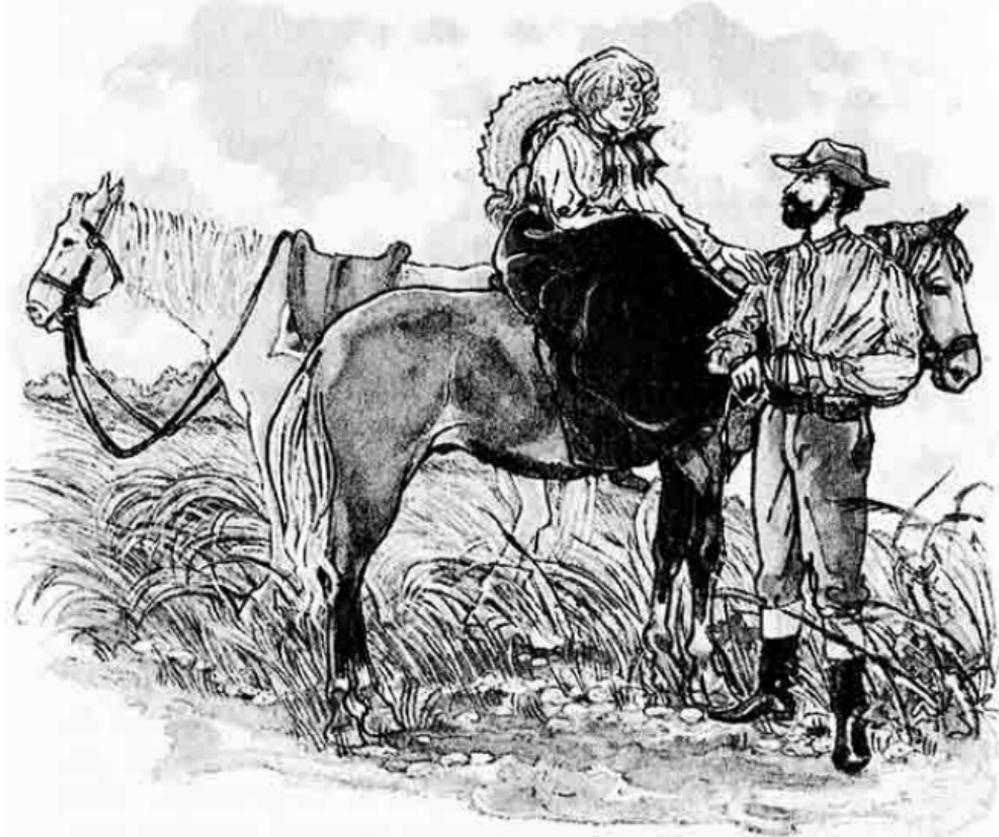
alargó la mano para recuperarla, pero el hombre deshizo el nudo y se la enrolló cuidadosamente en la muñeca.

—¿Puedo quedarme con ella? — preguntó en voz baja—. Será mi divisa. Sé muy bien lo que supone.

—Si usted quisiera... Si quisiera... —suspiró Meg. Y en ese preciso momento llegó Judy galopando y volvieron a casa los tres juntos.

Todo fue felicidad para Meg en los calurosos y largos días que siguieron a aquella tarde. Para una chica que empieza a vivir no puede haber sentimiento de placer más puro ni más profundo que el que proporciona la

sensación de estar influyendo positivamente en algún hombre o mujer mayor que ella, abrumado por la culpa y cansado de vivir. ¡Pobre Meg! En sus sueños de color de rosa se había imaginado que su protegido volvía a ser un hombre entre los hombres, a llevar la cabeza alta, a ocupar su lugar en el mundo, a regresar a su país y a reclamar desde él a la noble joven que, en su desbordante fantasía, Meg se representaba esperándole. Y todo porque ella, Meg Woolcot, había entrado en su vida y le había señalado el camino a seguir.



Un día, mientras se mecía en la hamaca que había en la parte de atrás del porche, todos sus castillos se vinieron abajo y sufrió un duro y amargo golpe.

A través de una espesa mata de pasionaria que tenía a la espalda, pudo oír a Tettawonga hablando con la cocinera.

—*Marsa* Gillet está otra vez de juerga —dijo riéndose con el lado de la boca que no tenía ocupado por la pipa.

Meg se incorporó horrorizada. Desde que estaba en Yarrahappini había oído aquella frase aplicada a demasiados hombres del rancho para no saber que se refería a una imprudente y tremenda borrachera.

—No me extraña —dijo la mujer—, llevaba ya muchos días sobrio para poder resistir más. Supongo que habrá

intentado aguantar hasta que se vayan los invitados, pero no ha podido. ¿Quién tiene las llaves?

—La señora Hassal —dijo Tettawonga—, tú ayudarla... ¡Por Baal! Los almacenes hoy... ¡ja, ja, ja!

¡Así que a eso era a lo que se había dedicado los tres días que llevaba sin verlo! Había oído comentar que se había desplazado a un rancho vecino para arreglar unos asuntos del señor Hassal, pero no se le había ocurrido que podía hacer una cosa así. El quinto día lo había visto de lejos en dos ocasiones: saliendo del almacén con el mismo aspecto de siempre, aunque quizá

ligeramente más encorvado, y fumando junto a la puerta de su casa.

El sexto día fue la excursión.

Meg ya no se podía sentir tan alegre y despreocupada como los demás, porque tenía el corazón lastimado y su confianza en la naturaleza humana se había resquebrajado.

«¡Qué débil —pensaba—, qué indigno!».

Toda su compasión fue barrida de golpe por la juvenil indignación que la invadía.

Por la mañana, cuando se saludaron, se limitaron a intercambiar un apretón de manos. Luego, durante el viaje, Meg

se mostró con él decididamente fría.

Después de comer, el grupo se dispersó. Judy cogió a General y se lo llevó a la arboleda para que no tomara mucho sol; Pip y Bunty se dedicaron a cazar saltamontes; Baby y Nell fueron a coger flores silvestres. Meg se arrodilló para recoger las cucharas y tenedores y meter la comida que había sobrado en las cestas. Había que evitar que se llenara de hormigas.

—Yo lo haré... Usted parece sofocada, Meg; siéntese a descansar un poco —dijo el señor Gillet.

—Gracias, pero prefiero hacerlo yo misma —contestó Meg con frialdad.

La muchacha no le miró, pero la tensión de sus labios permitió saber al señor Gillet que la luz que brillaba en sus ojos claros era de desprecio.

El hombre no volvió a ofrecerse; se sentó y se dedicó a observar, con una intraducible mirada en los ojos, cómo la muchacha recogía sus cosas. Cuando ya casi había terminado, el señor Gillet sacó algo del bolsillo.

—Tengo que devolvérsela —dijo, y le entregó la cinta azul cuidadosamente doblada, aunque todavía conservaba las arrugas por donde había estado anudada.

Meg la cogió sin levantar la vista, la estrujó entre sus manos y se la guardó en

el bolsillo.

—La verdad es que, a pesar de todo, confiaba en que me dijera que podía quedarme con ella —dijo él—, sólo como un talismán para el futuro, pero su expresión es demasiado severa para que pueda seguir alimentando cualquier esperanza, Meg.

—Sería tan inútil como lo ha sido hasta ahora —contestó Meg inflexiblemente. Pero sus manos temblaban y envolvió juntos los restos de pato y una tarta de mermelada.

—Entonces, ¿no me da otra oportunidad? —preguntó el señor Gillet.

—No serviría de nada —repitió

Meg, recogiendo sofocada los plátanos y las naranjas.

«No se da cuenta de lo mal que se ha portado, cree que debería perdonarle inmediatamente», pensó.

El señor Gillet vació lentamente la tetera, le puso la ennegrecida tapa y la envolvió en un periódico. Luego, volvió a mirar a Meg, y, una vez más, la forma en que el pelo le caía sobre la frente le recordó a su hermana pequeña ya muerta.

—Le suplico que me la dé otra vez, Meg —imploró.

Entre el corazón y la cabeza de Meg se desencadenó una pequeña batalla. El

primero, que era compasivo y caritativo, la incitaba a devolverle la cinta inmediatamente; la última le decía que había obrado mal y que tenía que demostrarle, con su conducta, su desaprobación, aunque al final terminara concediéndole lo que pedía. Y ganó la cabeza.

—Evidentemente, mi influencia no sirve para nada... Ese trozo de cinta no conseguirá que las cosas sean diferentes en el futuro —dijo con frialdad.

El señor Gillet se recostó en el árbol y bostezó, como si el asunto hubiera dejado de interesarle.

—Bueno —dijo—, en mi opinión,

tiene usted razón.

Meg se sintió desarmada.

—Claro que, si realmente quiere la cinta, puede quedarse con ella —dijo con altanería, sacándola del bolsillo y ofreciéndosela.

Pero él no hizo ningún esfuerzo por cogerla.

—Quédese con ella para ponérsela en el pelo, chiquilla —dijo—; después de todo, creo que no serviría para nada.

Meg continuó recogiendo las cosas con las mejillas encendidas y el señor Gillet llenó la pipa y se puso a fumar, mirándola distraídamente.

—Es extraño —comentó más como

una observación que dirigiéndose a ella —, pero las mujeres de aspecto más bondadoso suelen ser casi siempre las más severas.

Meg abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió nada, así que la cerró otra vez y se puso a contar los tenedores de la señora Hassal por cuarta vez.

—Me pregunto si le importaría que le diera un pequeño consejo, Meg, a cambio de los que usted me ha dado a mí —dijo. Se quitó la pipa de la boca y la examinó detenidamente, como si quisiera descifrar la inscripción que había niquelada.

—No, claro que no.

Meg depositó en el suelo el envoltorio y le miró con ojos sorprendidos y serenos.

—Dígame lo que quiera, no me importa.

El señor Gillet se incorporó y empezó a hablar, mientras jugueteaba con uno de sus tirantes.

—Usted tiene hermanos —dijo—. Algún día puede que alguno se desvíe por el mal camino..., porque sólo las mujeres como usted, Meg, y los ángeles pueden seguir siempre la senda del bien. No sea demasiado severa con él. No se esfuerce en mostrarle la diferencia entre

su inocencia y su maldad. Se dará cuenta él solo, y no le gustará que se lo haga notar. Intente ser comprensiva. Sea indulgente. Ya se sentirá suficientemente desgraciado. El mundo ya tiene su propia forma de demostrar que desapruueba la conducta de una persona y una interminable lista de palabras de desprecio... ¿Cree que no las utilizará si dejamos en sus manos el monopolio?

—¡Oh! —exclamó Meg. Tenía las mejillas encendidas y de su voz había huido toda dignidad.

El señor Gillet abrochó el tirante en el vacío y continuó en voz baja:

—Imagínese que Pip hace algo malo

algún día y el mundo le arroja piedras hasta machacarle. Y suponga que, sintiéndose desgraciado, busque refugio en sus hermanas. Y Meg, como la maldad le repugna, le tira unas cuantas piedras más para que el dolor le enseñe una lección que no se le olvide jamás. Pero Judy, como es su hermana y se encuentra en dificultades, le abraza y le anima, ayudándole a enfrentarse otra vez con el mundo sin dirigirle jamás una palabra o una mirada de reproche, pensando que ya ha tenido suficiente. ¿Cuál de las dos influirá más en él?

Los labios de la muchacha temblaron, y sus ojos miraron al suelo,

porque, si los hubiera levantado, las lágrimas habrían corrido por sus mejillas.

—¡Oh! —volvió a exclamar—. ¡Oh, qué tonta he sido...! ¡Oh!

Meg se cubrió la cara con las manos porque las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos le temblaban ya en las pestañas. El señor Gillet dejó la pipa y el tirante y la miró compasivamente.

—Le doblo la edad, soy lo suficientemente viejo como para ser su padre. Me perdonará que le haya dicho todo esto, ¿verdad? Estaba pensando en mi hermana, la que murió. Tenía también

otra, un año mayor, pero era muy severa..., sólo me dirigí una vez a ella. Actualmente es una de las mejores mujeres de Inglaterra, pero la expresión de su boca es dura. Meg, no podría soportar la idea de que usted se volviera así.

Media docena de gruesos lagrimones habían caído sobre los tenedores. Meg lloraba porque no podía resistir lo indigna que era. Primero fue Alan el que la reprendió hablándole de su hermana, y ahora era aquel hombre.

El señor Gillet interpretó mal su silencio.

—No tengo derecho a hablarle así,

porque en mi vida ha habido de todo menos bondad, ¿verdad, Meg? —dijo con una enorme tristeza.

Meg dejó caer los brazos desamparada.

—Oh, no, ¿cómo puede pensar eso? Lo que pasa es que soy indigna y despreciable —revolvió en su bolsillo y sacó la cinta, y continuó diciendo—: ¿La quiere usted otra vez? Oh, por favor, cójala, aunque sólo sea para que me sienta menos indigna. ¡Por favor, cójala!

Meg le miró con ojos llorosos y suplicantes, ofreciéndole la cinta.

El señor Gillet la cogió, alisó las arrugas y la metió en uno de los libros

que llevaba en el bolsillo.

—Dios la bendiga —dijo, y el tono de su voz hizo llorar a Meg.

20 *La pobre Judy*

CRUZANDO la pradera se acercaba dando saltos una pequeña figura; era Judy con su vestido rosa, que se le había quedado pequeño, y el pelo por la cara.

—Está usted haciendo méritos para coger una insolación. ¿Dónde está su sombrero, Judy? —le preguntó el señor Gillet.

Judy movió la cabeza, echándose hacia atrás la oscura maraña de pelo.

—Lamento comunicarles —dijo— que General se muere de ganas por un plátano y yo misma seré mujer muerta si no quedan naranjas.

Meg le acercó la bolsa de la fruta por encima del mantel e intentó ladearse el sombrero para que sus ojos no la delatasen.

Pero Judy había visto desde el principio las húmedas pestañas de su hermana.

—Sospecho que ha estado usted leyéndole esas estúpidas poesías y haciéndola llorar —dijo, y miró con agresividad primero al señor Gillet y luego al libro que descansaba sobre la

hierba—. Debería darle vergüenza. ¡Mira que hacer una cosa así en una excursión! Bueno, por lo menos, ha supuesto un ahorro de naranjas, es una suerte.

Cogió de la bolsa media docena de las más gordas y cuatro o cinco plátanos y se volvió a marchar dando saltos hacia la arboleda, donde la esperaba General.

Cuando llegó con la fruta, se lo encontró apaciblemente sentado en el suelo. Escarbaba en la tierra y se llevaba la mano a la boquita roja.

General levantó los ojos y le dirigió una encantadora sonrisa.

—¡Niño! —exclamó Judy,

precipitándose hacia él con uno de sus mejores saltos—. ¡Niño!

Le dio más de cincuenta besos; a veces, casi le dolía el cariño que sentía por aquel pequeño gordito y lleno de churretes.

Luego, lo sentó en sus rodillas, le quitó toda la tierra que pudo y le frotó la boca con el borde del vestido.

—Plátano —dijo el niño, forcejeando por volver a bajarse al suelo; Judy le peló un hermoso plátano y se lo puso en su rechoncha manita.

General le pegó un mordisco y estrujó el resto, encantado de que los trozos de plátano se escurrieran entre

sus dedos.

Luego, mientras Judy pelaba su quinta naranja, le restregó el plátano por el pelo y la cara.

Y, claro, Judy tuvo que regañarle, o por lo menos fingir que lo hacía, lo que venía a ser lo mismo. Luego, General le regañó a ella, y lo hizo sin miramientos.

La golpeó con un palito que se encontró, le dio varios pellizcos en la cara, le tiró del pelo, le saltó encima del pecho cuantas veces quiso, y todo con tanta convicción y entusiasmo que Judy tuvo que reírse, aunque le hiciera daño.

—¿Pupa? —preguntó por fin. Y Judy empezó a llorar lastimeramente, se tapó

la cara con las manos y sacudió los hombros. Luego, el pequeño le rodeó el cuello con sus brazos y le dijo «Ju-Ju» con voz asustada, le pellizcó las mejillas y le dio mil besos apasionados, llenándola de babas, para consolarla.

Más tarde jugaron a perseguirse. General se cayó más de veinte veces al suelo, se raspó las rodillas y las manos y se levantó tambaleándose, intentando mantener el equilibrio.

De repente, Judy se quedó quieta. Se le estaba metiendo una garrapata por la muñeca. Sólo le quedaban fuera del vestido las dos patas de atrás. Durante un buen rato tiró y tiró de ellas sin

ningún éxito. Finalmente, el animal se partió en dos, y Judy tuvo que dejar una parte dentro para que la abuela y la gasolina se encargaran de extraérsela cuando volvieran a casa.

Había dedicado unos dos o tres minutos a la delicada operación, y cuando levantó la vista vio que General se había alejado todo lo deprisa que le permitían sus piernas. Debía de creer que estaban jugando a echar una carrera. En el preciso instante en que Judy salió apresuradamente tras él, el pequeño se volvió a mirarla con sus ojos risueños y su cara traviesa; pero, sobre todo, sucia.

Y luego... ¡Dios mío!

Es tan penoso contarlo... Hasta aquí, mi pluma había sido feliz escribiendo, ¡pero ahora!

—¡Eh, granuja! —gritó Judy, fingiendo perseguirle. Después, el mundo entero pareció alzarse ante ella.

Vio que caía un árbol, una de esas enormes criaturas marchitas y sin hojas. Podrido hasta la médula, se había balanceado durante todo el día; pero, en ese momento, una ráfaga de viento barrió la explanada y lo derribó. Judy lanzó un grito desgarrador y se tiró al suelo, extendiendo los brazos hacia el chiquillo que, sonriente y feliz, corría directamente hacia la muerte.

El estruendo sacudió los árboles que había alrededor; el propio aire pareció hacerse añicos.

Todos oyeron el pavoroso grito y el estrépito que lo siguió.

Cómo les temblaban las rodillas... Qué caras tan pálidas tenían cuando se precipitaron hacia donde había sonado el ruido.

Levantaron el enorme tronco plateado con estrías de resina seca. Judy estaba boca abajo, con los brazos extendidos.

Y debajo de ella estaba General, un poco aturdido y sumamente asombrado, pero completamente ileso.

Meg lo abrazó durante unos instantes, pero luego lo depositó en el suelo y se reunió con los demás alrededor de Judy.

Qué pena daba ver la cabeza oscura, el cuerpo inmóvil dentro del vestido rosa totalmente arrugado, las manos pequeñas y delgadas extendidas.

—Judy... —dijo Pip con voz angustiada y suplicante.

Pero, por toda respuesta, oyó el rumor del viento entre las copas de los árboles y las agitadas respiraciones de sus hermanos.

El señor Gillet comprendió que, excepto él, no había nadie que pudiera

hacerse cargo de la situación. Acompañado por Pip, se dirigió hacia la cabaña del ganadero, descolgó la puerta de sus goznes de cuero y volvió con ella colina abajo.

—Voy a levantarla —dijo; pasó los brazos por debajo del cuerpo de Judy y la alzó con mucho, muchísimo cuidado. Luego, la depositó sobre la puerta boca arriba.

Judy gimió... ¡Oh, cómo gimió!

Pip, a quien el corazón le había dado un vuelco ante el primer signo de vida, estuvo a punto de volverse loco al oír los quejidos de agonía que se escapaban de la boca de su hermana.

Alzaron la improvisada camilla y la llevaron hasta la pequeña cabaña marrón que había en la cima de la colina.

Luego, el señor Gillet habló con Pip y Meg, que parecían aturcidos y asustados.

—Pasarán varias horas antes de que podamos conseguir ayuda, y ya son las cinco —dijo—. Pip, hay un doctor en Boolagri, a unas diez millas de camino. Ve a buscarle, vete corriendo. Yo volveré a la casa, Meg, aunque tardaré un regresar porque estamos a catorce millas. Traeré una tartana; incluso en el caso de que volviera, la carreta tirada

por bueyes es demasiado lenta e inestable. No deje de vigilarla, dele agua si la pide...; no puede hacer nada más.

—Se está muriendo —dijo Meg—. ¿Se va a morir?

El señor Gillet se detuvo a pensar en todo lo que podría pasar antes de que pudiera volver con ayuda y no se atrevió a dejarla sin que lo supiera.

—Creo que se ha roto la columna vertebral —dijo con calma—. Si es así, significa la muerte.

Pip bajó corriendo por el camino que conducía a casa del doctor.

Después de dar un par de órdenes, el

señor Gillet miró a Meg.

—Todo depende de usted; no se le ocurra venirse abajo —dijo—. No se mueva de aquí, no la pierda de vista.

Luego, se alejó hacia el camino.

Meg salió corriendo tras él.

—¿Se morirá antes de que usted vuelva, cuando esté yo sola?

Sus ojos le miraban aterrados.

—¡Sólo Dios lo sabe! —contestó el señor Gillet, y se dio la vuelta.

El tener que dejar sola a la joven en una situación tan horrible era más de lo que podía soportar.

—¡Dios mío, ayúdame! —imploró Meg, y volvió apresuradamente junto a

su hermana, sin mirar al cielo plumizo
—. ¡Ayúdame, Dios mío...! ¡Ayúdame,
ayúdame!

21 *Cuando el sol se puso*

¡QUÉ puesta de sol!

Abajo, al pie de la verde colina, había un cielo de color de fuego, salpicado de nubes purpúreas que se agrupaban en lo alto, allí donde el esplendor del día que moría se encontraba con el pálido azul. La oscuridad cayó sobre los árboles, cuyas

ramas, extendidas e inmóviles, se recortaban sobre un fondo anaranjado. El viento dejó de soplar, y el aire, plomizo y pesado, parecía asustado del extraño silencio que reinaba en el monte.

Y en la cima de la colina, justo en la puerta de la pequeña cabaña marrón, mirando con ojos muy abiertos el hermoso cielo, yacía Judy a punto de morir. Ahora estaba muy tranquila, aunque había estado charlando sin parar de mil y una cosas. Les había dicho que no le dolía absolutamente nada.

—Sólo me moriré si me mueven — dijo.

Meg permanecía a su lado, sentada en una pequeña elevación del terreno. No había apartado la vista ni un instante de la cara que reposaba sobre la almohada de impermeables, ni había abierto los pálidos labios para decir nada.

En el exterior, las siluetas inmóviles de los bueyes contrastaban con el cielo. Judy dijo que parecía el retrato de unos bueyes disecados. Luego intentó sonreír, pero Meg le dijo: «No», y se retorció de dolor.

Dos de los hombres partieron con inútiles mensajes de ayuda. Los demás se mantenían alejados, conversando en

voz baja.

No podían hacer nada; el hombre marrón estuvo hablando, cosa extraña en él.

Tranquilizó a General hasta que se durmió, y entonces lo acostó en el camastro y lo arropó con la manta azul. Luego, preparó té muy cargado y les pidió a los niños, con lágrimas en los ojos, que bebiesen un poco. Pero ninguno quiso. Baby se había quedado dormida en el suelo, abrazada con todas sus fuerzas a las botas con cordones de Judy.

Bunty estaba de pie, detrás de la improvisada camilla, con una expresión

de asombro dibujada en su pálido rostro. Tenía los ojos clavados en el pelo de Judy. No se atrevía a mirar su rostro, por miedo a lo que pudiera encontrar en él. Nell no paraba de moverse... Se dirigía hacia la valla para escudriñar desde allí el camino sobre el que caían pesadamente las sombras de la noche o se precipitaba hacia la parte de atrás de la cabaña, repitiendo insistentemente: «Haz que se ponga bien, Dios mío. Dios mío, haz que se ponga bien, haz que se ponga bien. Oh, ¿por qué no haces que se ponga bien?».

Las sombras que rodeaban la pequeña cabaña eran cada vez más

profundas, las siluetas de los bueyes se habían desvanecido y, al otro lado de la luz, sólo se vislumbraba una informe masa oscura. Aunque todavía quedaban algunas franjas de un amarillo intenso, el fuego se iba apagando detrás de los árboles. La llameante esfera del sol se había ocultado tras los confines del mundo, y un delicado velo de color púrpura cayó sobre la tierra.

Una estridente nota rompió el silencio, salvaje, lúgubre, sobrenatural. Enderezándose, Meg se estremeció. La frente de Judy se cubrió de sudor, sus ojos se dilataron, sus labios temblaron.

—Meg —dijo con un susurro que

cortó el aire—. ¡Oh, Meg, tengo miedo!
¡Tengo tanto miedo!

—¡Dios mío! —exclamó el corazón de Meg.

—Meg, reza algo. Meg, ayúdame, mira la oscuridad, Meg. Meg, no puedo morir. Oh, ¿por qué no vienen ya?

Nell corrió hacia la valla una vez más; luego, volvió a suplicar: «Haz que se ponga bien, Dios mío... ¡Oh, por favor, Dios mío!»

—Meg, no se me ocurre nada que rezar. ¿Por qué no rezas tú algo, Meg? Había varias ocasiones para el momento de la muerte en el misal..., pero no me acuerdo. Reza algo, Meg.

Meg movió los labios, pero no salió de ellos ni una sola palabra.

—Meg, ¡estoy muy asustada! Sólo se me ocurre «Gracias por lo que vamos a recibir», pero eso es para dar gracias, ¿no? Tampoco hay nada que pueda servir en el Padrenuestro. Ojalá hubiéramos ido a la catequesis, Meg. Mira la oscuridad, Meg; oh, Meg, dame la mano.

—En el cielo no... no... no habrá oscuridad —dijeron los labios de Meg. Cuando por fin pudieron hablar, sólo salió de ellos una frase indecisa, estereotipada.

—Aunque sea de oro y diamantes,

no quiero ir —Judy estaba llorando—. Oh, Meg, ¡quiero vivir! ¿A ti te gustaría morirme con sólo trece años, Meg? Piensa en lo sola que voy a estar sin todos vosotros. Meg, Pip, Baby, Nell.

Las lágrimas corrían por sus mejillas; su pecho subía y bajaba afanosamente.

—¡Oh, Meg, reza algo..., salmos..., no sé..., cualquier cosa!

Medio libro de salmos antiguos y modernos desfiló por la cabeza de Meg. ¿Cuál de todos aquellos salmos podría llevar un poco de paz a aquellos enfebrecidos ojos que no dejaban de mirarla asustados y suplicantes?

Y abrió la boca:

*Venid a Mí los que estáis fatigados
y Yo os daré reposo.*

¡Oh, bendito...!

—No estoy cansada, no quiero descansar —dijo Judy con impaciencia.

Meg volvió a intentarlo:

*Padre mío, mientras ando errabundo
por los fríos y lóbregos caminos de
este mundo,
que mi corazón sepa decirte en lo
profundo:
hágase tu voluntad.*

—Eso es para la gente mayor —dijo
Judy con voz cansada—. No creo que Él
espere que yo le diga una cosa así.

De repente, Meg se acordó del más
hermoso de todos los salmos y lo recitó
de principio a fin sin que la voz le
fallara:

*Permanece conmigo, que la tiniebla
crece*

y la tarde declina; conmigo permanece.

*Si huye todo consuelo, si falla todo
amigo,*

*Señor, sé Tú mi auxilio; permanece
conmigo.*

*Sobre mis ojos ciegos traza, Señor, tu
cruz,*

*haz brillar en mi noche tu refulgente
luz.*

*Las sombras se disipan. Tu día ya
amanece.*

*En la vida, en la muerte, conmigo
permanece.*

—¡Oh!, y, Judy, se me olvidaba: allí está mamá. No estarás sola. ¿Te acuerdas de sus ojos, Judy?

Judy se quedó tranquila, cada vez más tranquila. Cerró los ojos para no ver las sombras que se cernían a su alrededor.

Meg la abrazó y apoyó una mejilla en su frente; Nell le cogió las manos; Baby, los pies; Bunty posó con delicadeza los labios en su pelo. Y así la acompañaron hacia el Gran Valle, donde no hay luces, ni siquiera para alumbrar los indecisos pasos infantiles.

Las sombras eran frías y afligían sus corazones; sentían en sus frentes una

brisa procedente de un extraño mar; pero sólo aquella que iba a cruzarlo oía el rumor de las olas.

En el preciso momento en que sus pies tocaban el agua, apareció en la puerta una figura.

—¡Judy! —exclamó patéticamente; y Pip, abriéndose paso entre sus hermanos, se arrodilló a su lado.

—¡Judy, Judy, Judy!

La luz volvió a brillar en los ojos de Judy. Sus labios exangües le besaron una, dos veces; luego, le dio las dos manos para que se las cogiera y le ofreció su última sonrisa.

Después, el viento sopló sobre todos

ellos y, con un leve estremecimiento,
Judy se alejó de puntillas.

22 *Y último*

REGRESARON todos a casa: los seis niños y Esther, quien, a partir de ese momento, se volvió más silenciosa, más melancólica, debido al precio que se había pagado por la vida de su hijo. Hasta el mismo aire de Yarahappini parecía abrumarlos y oprimir sus corazones.

Por eso, cuando el capitán, que había llegado apresuradamente al

conocer el triste fin de su hija, les preguntó que si les gustaría volver a casa, todos dijeron que sí.

Había una explanada cubierta de hierba en la cima de una colina, justo detrás de la casa, y un grupo de árboles de un tono verde oscuro entonces pero flexibles y aureolados de amarillo cuando llegaba la primavera.

Allí dejaron a la pobre Judy; el señor Hassal había cercado el terreno con una valla blanca alta; la pequeña sepultura ocupaba un umbrío rincón.

El lugar parecía el diminuto cementerio de un país infantil, en el que sólo se había producido una muerte.

O un pequeño jardín con un arriate de flores.

A Meg le encantó que el túmulo estuviese orientado al este porque así el sol se ocultaría tras él. Cuando vivía, Judy no podía soportar los soles naranjas, púrpuras o de un amarillo intenso. Pero cuando el sol aparecía delicadamente por el este, la luz se difuminaba por todo el cielo en suaves rosas, temblorosos azules y brillantes grises, jamás en rayas de un amarillo intenso, que hacían que los ojos escocieran y se llenaran de lágrimas.

El último día, cuando fueron a despedirse, la luna bañaba la sepultura y

le daba un aspecto pálido y brillante.

Arrancaron uno o dos puñados de césped, y se dieron la vuelta. No lloró nadie. La blanca quietud de la lejana luna, las pálidas estrellas suspendidas en el cielo y la ligera brisa que acariciaba el brezo retuvieron sus lágrimas hasta que cerraron la puerta tras ellos, y dejaron a Judy sola en medio de la paz de la colina.

Después, volvieron a «Desorden» para recoger cada uno de ellos el hilo de su vida y continuar con la trama que, gracias a Dios, hay que tejer día a día, ya que si no los corazones se partirían sin más.

Meg había madurado; jamás volvería a ser tan cándida como lo había sido antes de que aquella encendida puesta de sol se clavara en su alma para siempre.

En sus ojos brillaba una luz más profunda. Había llorado tanto, que el llanto derramado terminó por enfocar su visión de la vida y la hizo más auténtica, más trascendental.

El primer domingo después de su vuelta, Nell y ella fueron a la iglesia. Aldith estaba unos cuantos bancos más allá, tan frívola como siempre. Llevaba un llamativo vestido y dirigía a los Courtney y a los Graham, que estaban

sentados detrás, sonrisas y miradas coquetas.

¡Cuánto se había alejado Meg de su antigua amiga! Parecía que habían pasado siglos desde la época en que lo único que le preocupaba era la última moda en accesorios para sombreros, el vuelo de las faldas «sombrilla» y el mejor remedio para conservar las manos blancas. Siglos desde que había arrastrado a flirtear a aquel tembloroso aprendiz de hombre. Siglos, casi, desde que había regalado la cinta azul, que estaba haciendo más bien del que ella pensaba, en Yarahappini.

Alan la miró desde su banco...: la

grácil figura vestida de negro, el dorado pelo recogido en una trenza que ya no se molestaba en rizar por las puntas, la sumisa inclinación de sus juveniles labios, la melancólica tristeza de sus ojos azules. Apenas pudo reconocer en ella a la alocada chiquilla que había escrito aquella nota y se había escapado sigilosamente para reunirse con su desgarrado hermano menor.

Cuando el oficio religioso terminó, le estrechó la mano; la humedad de sus ojos grises suplió el ramillete de palabras de simpatía que intentaba decir.

—Seamos siempre amigos, Meg — dijo cuando se separaron junto a la verja

de «Desorden».

—Sí, seámoslo —contestó ella.

Y aquella firme y franca amistad se convirtió en algo muy hermoso en sus vidas, fortaleciendo a Meg y haciendo más sociable al muchacho.

Pip recobró una vez más su espíritu risueño y animoso, como sucede con los chicos más encantadores gracias a sus jóvenes corazones; pero solía caer de vez en cuando en repentinos estados depresivos y desaparecía súbitamente en medio de un partido de criquet, o se levantaba de la mesa cuando el ruido era más ensordecedor.

Bunty tenía la cara tan churretosa

como siempre y las manos, si cabe, aún más sucias, porque le había dado por dedicarse a la mecánica y se pasaba el tiempo libre fabricando máquinas tipográficas —como las llamaba él— y terribles y maravillosos motores. Para ello aprovechaba los restos de una antigua estufa y varios pucheros y sartenes oxidados rescatados de la basura.

Pero ya no decía tantas mentiras; aquella triste puesta de sol había penetrado incluso en su joven corazón, y cada vez que se sentía tentado a decir «Yo no he sido, yo no he sido, la culpa no ha sido mía» aparecía ante él la

maraña de rizos oscuros de Judy igual que aquella noche en que no se atrevía a apartar sus ojos de ella.

Toda la atención de Baby estaba centrada en sus piernas, porque había pasado de llevar calcetines a llevar medias, y todo el que recuerde lo que supuso ese cambio en su propia vida comprenderá la importancia que tenía el acontecimiento para la chiquilla.

Nell crecía cada día más guapa; Pip tenía que esforzarse mucho para tratar de impedir que se volviera presumida. Si las recomendaciones y burlas fraternas servían para algo, sería tan poco vanidosa como si tuviera el pelo

rojo y la nariz ganchuda.

Esther decía que ojalá pudiera comprar en alguna parte unos cuantos años de más, una expresión más severa y respetabilidad en grandes cantidades. De ser así, quizá habría alguna posibilidad de que «Desorden» recuperara el poco emocionante nombre de «La Casa del Río», que era como se llamaba en realidad.

Pero, extrañamente, nadie se hizo eco de su deseo.

El capitán ya nunca volvió a fumar en el porche de la fachada lateral: cada vez que veía el descuidado jardín, se acordaba de la pequeña figura que, con

un traje rosa y un sombrero lleno de agujeros, se dedicaba a segar el césped con entusiasmo bajo la cegadora luz del sol. La muerte de Judy hizo a sus seis hijos más queridos para su corazón, aunque tampoco les demostró su cariño mucho más que hasta entonces.

General estaba cada día más rechoncho y encantador. No es ninguna exageración decir que todos le adoraban y mimaban, porque el don de la vida le había sido concedido dos veces, y en la segunda ocasión había sido un regalo de Judy y era, por tanto, inapreciable.

Durante estos dos últimos capítulos mi pluma se ha movido sobre el papel

lenta y fatigosamente; se niega a correr ligera y libre como antes, así que tendré que dejarla, o acabaré por ponerte triste.

Algún día, dentro de unos años, te volveré a contar, si te interesa, cosas de mi familia australiana.

Hasta entonces, adiós y buena suerte.

Notas

[1] Juego inglés en el que se utilizan una pelota pequeña y un bate de cincuenta y seis centímetros de largo. (*N. T.*) <<